A Enrique,
esta alma nueva.

Juan Ramón.

Madrid, abril, 1917.

Al Sr. Dr. D. Francisco Cainfiesta

AFECTO Y GRATITUD

R. D.

A mi queridísimo y admirado Salvador Rueda, enemigo de los ohtumbas
Recuerdo y Cariño

Rubén Darío

Madrid, 6 de Setiembre de 1898

MADRID, 22 DE OCTUBRE DE 1888.

Á D. RUBÉN DARÍO.

I

Todo libro que desde América llega á mis manos excita mi interés y despierta mi curiosidad: pero ninguno hasta hoy la ha despertado tan viva como el de Ud., no bien comencé á leerle.

Confieso que al principio, á pesar de la amable dedicatoria con que Ud. me envía un ejemplar, miré el libro con indiferencia. . . ., casi con desvío. El título *Azul*. . . . tuvo la culpa.

Víctor Hugo dice: *L'art c'est l'azur;* pero yo ni me conformo ni me resigno con que tal dicho sea muy profundo y hermoso. Para mí tanto vale decir que el arte es lo azul como decir que es lo verde, lo amarillo

ó lo rojo. ¿Por qué, en este caso, lo azul (aunque en francés no sea *bleu*, sino *azur*, que es más poético) ha de ser cifra, símbolo y superior predicamento que abarque lo ideal, lo etéreo, lo infinito, la serenidad del cielo sin nubes, la luz difusa, la amplitud vaga y sin límites, donde nacen, viven, brillan y se mueven los astros? Pero aunque todo esto y más surja del fondo de nuestro sér y aparezca á los ojos del espíritu, evocado por la palabra *azul*, ¿qué novedad hay en decir que el arte es todo esto? Lo mismo es decir que el arte es imitación de la naturaleza, como la definió Aristóteles: la percepción de todo lo existente y de todo lo posible, y su reaparición ó representación por el hombre en signos, letras, sonidos, colores ó líneas. En suma, yo por mas vueltas que le doy, no veo en eso de que *el arte es lo azul* sino una frase enfática y vacía.

Sea, no obstante, el arte azul, ó del color que se quiera. Como sea bueno, el color es lo que menos importa. Lo que á mí me dió mala espina fue la frase de Víctor Hugo, y el que usted hubiese dado por título á su libro la palabra fundamental de la frase. ¿Si será éste, me dije, uno de tantos y tantos como por todas partes, y sobre todo en Portugal y en la América española, han sido inficionados por Víctor Hugo? La manía de imitarle ha hecho verdaderos estragos, por-

que la atrevida juventud exagera sus defectos, y porque eso que se llama *genio*, y que hace que los defectos se perdonen y tal vez se aplaudan, no se imita cuando no se tiene. En resolución, ¿yo sospeché que era Ud. un Víctor Huguito, y estuve más de una semana sin leer el libro de Ud.

No bien le he leído, he formado muy diferente concepto. Usted es Ud.: con gran fondo de originalidad, y de originalidad muy extraña. Si el libro impreso en Valparaiso, este año de 1888, no estuviese en muy buen castellano, lo mismo pudiera ser de un autor francés, que de un italiano, que de un turco ó un griego. El libro está impregnado de espíritu cosmopolita. Hasta el nombre y apellido del autor, verdaderos ó contrahechos y fingidos hacen que el cosmopolitismo resalte más. Rubén es judaico, y persa es Darío: de suerte que, por los nombres, no parece sino que Ud. quiere ser ó es de todas los países, castas y tribus.

El libro *Azul*.... no es en realidad un libro; es un folleto de 132 páginas; pero tan lleno de cosas y escrito por estilo tan conciso, que da no poco en qué pensar y tiene bastante que leer. Desde luego se conoce que el autor es muy joven: que no puede tener más de veinticinco años, pero que los ha aprovechado mara-

villosamente. Ha aprendido muchísimo, y en todo lo que sabe y expresa muestra singular talento artístico ó poético.

Sabe con amor la antigua literatura griega; sabe de todo lo moderno europeo. Se entrevé, aunque no hace gala de ello, que tiene el concepto cabal del mundo visible y del espíritu humano, tal como este concepto ha venido á formarse por el conjunto de observaciones, experiencias, hipótesis y teorías más recientes. Y se entrevé también que todo esto ha penetrado en la mente del autor, no diré exclusivamente, pero sí principalmente, á través de libros franceses. Es más: en los perfiles, en los refinamientos, en las exquisiteces del pensar y del sentir del autor, hay tanto de francés, que yo forjé una historia á mi antojo para explicármelo. Supuse que el autor, nacido en Nicaragua, había ido á París á estudiar para médico ó para ingeniero, ó para otra profesión; que en París había vivido seis ó siete años, con artistas, literatos, sabios y mujeres alegres de por allá; y que mucho de lo que sabe lo había aprendido de viva voz, y empíricamente, con el trato y roce de aquellas personas. Imposible me parecía que de tal manera se hubiese impregnado el autor del espíritu parisiense novísimo, sin haber vivido en París durante años.

VII

Extraordinaria ha sido mi sorpresa cuando he sabido que Ud., según me aseguran sujetos bien informados, no ha salido de Nicaragua sino para ir á Chile, en donde reside desde hace dos años á lo más. ¿Cómo, sin el influjo del medio ambiente, ha podido Ud. asimilarse todos los elementos del espíritu francés, si bien conservando española la forma que auna y organiza estos elementos, convirtiéndolos en sustancia propia?

Yo no creo que se ha dado jamás caso parecido con ningún español peninsular. Todos tenemos un fondo de españolismo que nadie nos arranca ni á veinticinco tirones. En el famoso abate Marchena, con haber residido tanto tiempo en Francia, se ve el español: en Cienfuegos es postizo el sentimentalismo empalagoso á lo Rousseau, y el español está por bajo. Burgos y Reinoso son afrancesados y no franceses. La cultura de Francia, buena y mala, no pasa nunca de la superficie. No es más que un barniz transparente, detrás del cual se descubre la condición española.

Ninguno de los hombres de letras de esta Península, que he conocido yo, con más espíritu cosmopolita, y que más largo tiempo han residido en Francia, y que han hablado mejor el francés y otras lenguas extranjeras, me ha parecido nunca tan compenetrado del

espíritu de Francia como Ud. me parece: ni Galiano, ni don Eugenio de Ochoa, ni Miguel de los Santos Alvarez. En Galiano había como una mezcla de anglicismo y de filosofismo francés del siglo pasado; pero todo sobrepuesto y no combinado con el ser de su espíritu que era castizo. Ochoa era y siguió siendo siempre archi y ultraespañol, á pesar de sus entusiasmos por las cosas de Francia. Y en Alvarez, en cuya mente bullen las ideas de nuestro siglo, y que ha vivido años en París, está arraigado el ser del hombre de Castilla, y en su prosa recuerda el lector á Cervantes y á Quevedo, y en sus versos á Garcilaso y á León, aunque, así en versos como en prosa, emita él siempre ideas más propias de nuestro siglo que de los que pasaron. Su chiste no es el *esprit* francés, sino el *humor* español de las novelas picarezcas y de los autores cómicos de nuestra peculiar literatura.

Veo, pues, que no hay autor en castellano más francés que Ud. Y lo digo para afirmar un hecho, sin elogio y sin censura. En todo caso, más bien lo digo como elogio. Yo no quiero que los autores no tengan carácter nacional; pero yo no puedo exigir de Ud. que sea nicaragüense, porque ni hay ni puede haber aún historia literaria, escuela y tradiciones literarias en Nicaragua. Ni puedo exigir de Ud. que sea literariamen-

te español, pues ya no lo es políticamente, y está además separado de la madre patria por el Atlántico, y más lejos, en la república donde ha nacido, de la influencia española, que en otras repúblicas hispano-americanas. Estando así disculpado el galicismo de la mente, es fuerza dar á Ud. alabanzas á manos llenas por lo perfecto y profundo de ese galicismo: porque el lenguaje persiste español, legítimo y de buena ley, y porque si no tiene Ud. carácter nacional, posee carácter individual.

En mi sentir, hay en Ud. una poderosa individualidad de escritor, ya bien marcada, y que, si Dios da á Ud. la salud que yo le deseo y larga vida, ha de desenvolverse y señalarse más con el tiempo en obras que sean gloria de las letras hispano-americanas.

Leídas las 132 páginas de *Azul*. . . . , lo primero que se nota es que está Ud. saturado de toda la más flamante literatura francesa. Hugo, Lamartine, Musset, Baudelaire, Leconte de Lisle, Gauthier, Bourget, Sully, Proudhomme, Daudet, Zola, Barbey de Aurevilly, Catulo Méndez, Rollinat, Goncourt, Flaubert y todos los demás poetas y novelistas han sido por Ud. bien estudiados y mejor comprendidos. Y Ud. no imita á ninguno: ni es Ud. romántico, ni naturalista, ni *neurótico*, ni decadente, ni simbólico, ni parnasiano. Usted

lo ha revuelto todo: lo ha puesto á cocer en el alambique de su cerebro, y ha sacado de ello una rara quinta esencia.

Resulta de aquí un autor nicaragüense, que jamás salió de Nicaragua sino para ir á Chile, y que es autor tan á la moda de París y con tanto *chic* y distinción, que se adelanta á la moda y pudiera modificarla ó imponerla.

En el libro hay *Cuentos en prosa* y seis composiciones en verso. En los cuentos y en las poesías, todo está cincelado, burilado, hecho para que dure, con primor y esmero, como pudiera haberlo hecho Flaubert ó el parnasiano más atildado. Y, sin embargo, no se nota el esfuerzo, ni el trabajo de la lima, ni la fatiga del rebuscar: todo parece espontáneo y fácil y escrito al correr de la pluma, sin mengua de la concisión, de la precisión y de la extremada elegancia. Hasta las rarezas estravagantes y salidas de tono, que á mí me chocan, pero que acaso agraden en general, están hechas adrede. Todo en el librito está meditado y criticado por el autor, sin que su crítica previa ó simultánea de la creación perjudique al brío apasionado y á la inspiración del que crea.

Si se me preguntase qué enseña su libro de Ud. y de qué trata, respondería yo sin vacilar: no enseña nada.

y trata de nada y de todo. Es obra de artista, obra de pasatiempo, de mera imaginación. ¿Qué enseña ó de qué trata un dije, un camafeo, un esmalte, una pintura ó una linda copa esculpida?

Hay, sin embargo, notable diferencia en toda escultura, pintura, dije y hasta música, y cualquier objeto de arte cuyo *material* es la palabra. El mármol, el bronce y el sonido no diré yo que sutilizando mucho no puedan significar algo de por sí; pero la palabra, no sólo puede significar, sino que forzosamente significa ideas, sentimientos, creencias, doctrinas y todo el pensamiento humano. Nada más factible, á mi ver (acaso porque soy poco agudo,) que una bella estátua, un lindo dije, un cuadro primoroso, sin trascendencia ó sin símbolo; pero ¿cómo escribir un cuento ó unas coplas sin que deje ver el autor lo que niega, lo que afirma, lo que piensa y lo que siente? El pensamiento en todas las artes pasa con la forma desde la mente del artista á la sustancia ó materia del arte; pero en el arte de la palabra, además del pensamiento que pone el artista en la forma, la sustancia ó materia del arte es pensamiento también, y pensamiento del artista. La única materia extraña al artista es el Diccionario con las reglas gramaticales que siguen las voces en su combinación; pero como ni palabras ni com-

binaciones de palabras pueden darse sin sentido, de aquí que materia y forma sean en poesía y en prosa creación del escritor ó del poeta: sólo quedan fuera de él, digámoslo así, los signos huecos, ó sea abstrayendo lo significado.

De esta suerte se explica cómo, con ser su libro de Ud. de pasatiempo, y sin propósito de enseñar nada, en él se ven patentes las tendencias y los pensamientos del autor sobre las cuestiones más trascendentales. Y justo es que confesemos que los dichos pensamientos no son ni muy edificantes ni muy consoladores.

La ciencia de experiencia y de observación ha clasificado cuanto hay, y ha hecho de ello hábil inventario. La crítica histórica, la lingüística y el estudio de las capas que forman la corteza del globo han descubierto bastante de los pasados hechos humanos que antes se ignoraban; de los astros que brillan en la extensión del éter se sabe muchísimo; el mundo de lo imperceptiblemente pequeño se nos ha revelado merced al microscopio: hemos averiguado cuántos ojos tiene tal insecto y cuantas patitas tiene tal otro: sabemos ya de qué elementos se componen los tejidos orgánicos, la sangre de los animales y el jugo de las plantas: nos hemos aprovechado de agentes que antes se sustraían al poder humano, como la electricidad; y

gracias á la estadística, llevamos minuciosa cuenta de cuanto se engendra y de cuanto se devora; y si ya no se sabe, es de esperar que pronto se sepa, la cifra exacta de los panecillos, del vino y de la carne que se come y se bebe la humanidad de diario.

No es menester acudir á sabios profundos: cualquiera sabio adocenado y medianejo de nuestra edad conoce hoy, clasifica y ordena los fenómenos que hieren los sentidos corporales, auxiliados estos sentidos por instrumentos poderosos que aumentan su capacidad de percepción. Además se han descubierto, á fuerza de paciencia y de agudeza, y por virtud de la dialéctica y de las matemáticas, gran número de leyes que dichos fenómenos siguen.

Natural es que el linaje humano se haya ensoberbecido con tamaños descubrimientos é invenciones; pero, no solo en torno y fuera de la esfera de lo conocido y circunscribiéndola, sino también llenándola, en lo esencial y sustancial, queda un infinito inexplorado, una densa é impenetrable obscuridad, que parece más tenebrosa por la misma contraposición de la luz con que ha bañado la ciencia la pequeña suma de cosas que conoce. Antes, ya las religiones con sus dogmas, que aceptaba la fe, ya la especulación metafísica con la gigante máquina de sus brillantes siste-

mas, encubrían esa inmensidad incognocible, ó la explicaban y la daban á conocer á su modo. Hoy priva el empeño de que no haya ni metafísica ni religión. El abismo de lo incognocible queda así descubierto y abierto, y nos atrae y nos da vértigo, y nos comunica el impulso, á veces irresistible, de arrojarnos en él.

La situación, no obstante, no es incómoda para la gente sensata de cierta ilustración y fuste. Prescinden de lo trascendente y de lo sobrenatural para no calentarse la cabeza ni perder el tiempo en balde. Esta inclinación les quita no pocas aprensiones y cierto miedo, aunque á veces les infunde otro miedo y sobresalto fastidiosos. ¿Cómo contener á la plebe, á los menesterosos, hambrientos é ignorantes, sin ese freno que ellos han desechado con tanto placer? Fuera de este miedo que experimentan algunos sensatos, en todo lo demás no ven sino motivo de satisfacción y parabienes.

Los insensatos, en cambio, no se aquietan con el goce del mundo, hermoseado por la industria é inventiva humanas, ni con lo que se sabe, ni con lo que se fabrica, y anhelan averiguar y gozar más.

El conjunto de los seres, el universo, todo cuanto alcanzan á percibir la vista y el oído, ha sido, como idea, coordinado metódicamente en una anaquelería ó

casillero para que se comprenda mejor: pero ni este orden científico, ni el orden natural, tal como los insensatos le ven, los satisface. La molicie y el regalo de la vida moderna los han hecho muy descontentadizos. Y así ni del mundo tal como es, ni del mundo tal como le concebimos, se forma idea muy aventajada. Se ven en todo faltas, y no se dice lo que dicen que dijo Dios: *que todo era bueno*. La gente se lanza con más frecuencia que nunca á decir que todo es malo; y en vez de atribuir la obra á un artífice inteligentísimo y supremo, la supone obra de un prurito inconsciente de fabricar cosas que hay *ab eterno* en los átomos, los cuales tampoco se sabe á punto fijo lo que sean.

Los dos resultados principales de todo ello en la literatura de última moda son:

1.° Que se suponga á Dios lo que no se le miente siquiera para insolentarse con él, ya con reniegos y maldiciones, ya con burlas y sarcasmos.

Y 2.° Que en ese infinito tenebroso é incognoscible provoca la imaginación, así como en el éter nebuloso el semillero de astros, fragmentos y escombros de religiones muertas, con los cuales procura formar algo como ensayo de nuevas creencias y de renovadas mitologías.

Estos dos rasgos van impresos en su librito de Ud. —El pesimismo, como remate de toda descripción de lo que conocemos, y la poderosa y lozana producción de seres fantásticos, evocados ó sacados de las tinieblas de lo incognoscible, donde vagan las ruinas de las destrozadas creencias y supersticiones vetustas.

Ahora será bien que yo cite muestras y pruebe que hay en su libro de Ud., con notable elegancia, todo lo que afirmo; pero esto requiere segunda carta.

JUAN VALERA.

29 de Octubre de 1888.

Á DON RUBÉN DARÍO.

II

En la cubierta del libro que me ha enviado Ud. veo que ha publicado Ud. ya, ó anuncia la publicación de otros varios, cuyos títulos son: *Epístolas y Poemas*, *Rimas*, *Abrojos*, *Estudios críticos*, *Albumes y abanicos*, *Mis conocidos* y *Dos años en Chile*. Anuncia también dicha cubierta que prepara Ud. una novela, cuyo solo título nos da en las narices del alma (pues si hay ojos del alma ó tiene el alma ojos, bien puede tener narices) con un tufillo á pornografía. La novela se titula: *La carne*.

Nada de esto, con todo, me sirve hoy para juzgar

á Ud., pues yo nada de esto conozco. Tengo que contraerme al libro *Azul*....

En este libro no sé que debo preferir: si la prosa ó los versos. Casi me inclino á ver mérito igual en ambos modos de expresión del pensamiento de Ud. En la prosa hay más riqueza de ideas; pero es más afrancesada la forma. En los versos la forma es más castiza. Los versos de Ud. se parecen á los versos españoles de otros autores, y no por eso dejan de ser originales: no recuerdan á ningún poeta español, ni antiguo, ni de nuestros días.

El sentimiento de la naturaleza raya en Ud. en adoración panteística. Hay en las cuatro composiciones (*á* ó más bien *en* las cuatro estaciones del año) la más gentílica exuberancia de amor sensual, y en este amor, algo de religioso. Cada composición parece un himno sagrado á Eros, himno que, á veces, en la mayor explosión de entusiasmo, el pesimismo viene á turbar con la disonancia, ya de un ay de dolor, ya de una carcajada sarcástica. Aquel sabor amargo, que brota del centro mismo de todo deleite, y que tan bien experimentó y expresó el ateo Lucrecio,

medio de fonte leporum
Surgit amari aliquid, quod in ipsis floribus angat.

acude á menudo á interrumpir lo que Ud. llama

La música triunfante de mis rimas.

Pero, como en Ud. hay de todo, noto en los versos, además del ansia del deleite y además de la amargura de que habla Lucrecio, la sed de lo eterno, esa aspiración profunda é insaciable de las edades cristianas, que el poeta pagano quizá no hubiera comprendido.

Ud. pide siempre más al hada, y....

El hada entonces me llevó hasta el velo
Que nos cubre las ansias infinitas,
La inspiración profunda
Y el alma de las liras.
Y lo rasgó. Y allí todo era aurora.

Pero aun así, no se satisface el poeta, y pide más al hada.

Tiene Ud. otra composición, la que lleva por título la palabra griega *Anagke*, donde el cántico de amor acaba en un infortunio y en una blasfemia. Suprimiendo la blasfemia final, que es burla contra Dios, voy á poner aquí el cántico casi completo.

Y dijo la paloma:
Yo soy feliz. Bajo el inmenso cielo,

XX

En el árbol en flor, junto á la poma
Llena de miel, junto al retoño suave
Y húmedo por las gotas de rocío,
Tengo mi hogar. Y vuelo,
Con mis anhelos de ave.
Del amado árbol mío
Hasta el bosque lejano,
Cuando al himno jocundo
Del despertar de Oriente,
Sale el alba desnuda, y muestra al mundo
El pudor de la luz sobre su frente.
Mi ala es blanca y sedosa;
La luz la dora y baña
Y céfiro la peina.
Son mis piés como pétalos de rosa.
Yo soy la dulce reina
Que arrulla á su palomo en la montaña.
En el fondo del bosque pintoresco
Está el alerce en que formé mi nido;
Y tengo allí bajo el follaje fresco,
Un polluelo sin par, recién nacido.
Soy la promesa alada.
El juramento vivo;
Soy quien lleva el recuerdo de la amada
Para el enamorado pensativo;

XXI

Yo soy la mensajera
De los tristes y ardientes soñadores,
Que va á revolotear diciendo amores
Junto á una perfumada cabellera.
Soy el lirio del viento.
Bajo el azul del hondo firmamento
Muestro de mi tesoro bello y rico
Las presas y galas:
El arrullo en el pico.
La caricia en las alas
Yo despierto á los pájaros parleros
Y entonan sus melódicos cantares:
Me poso en los floridos limoneros
Y derramo una lluvia de azahares.
Yo soy toda inocente, toda pura.
Yo me esponjo en la ansias del deseo.
Y me estremezco en la íntima ternura
De un roce, de un rumor, de un aleteo.
¡Oh inmenso azul! Yo te amo. Porque á Flora
Das la lluvia y el sol siempre encendido:
Porque, siendo el palacio de la Aurora.
También eres el techo de mi nido.
¡Oh inmenso azul! Yo adoro
Tus celajes risueños,
Y esa niebla sutil de polvo de oro

XXII

Donde van los perfumes y los sueños.
Amo los velos tenues, vagarosos,
De las flotantes brumas.
Donde tiendo á los aires cariñosos
El sedeño abanico de mis plumas.
¡Soy feliz! Porque es mía la floresta.
Donde el misterio de los nidos se halla;
Porque el alba es mi fiesta
Y el amor mi ejercicio y mi batalla.
Feliz, porque de dulces ansias llena,
Calentar mis polluelos es mi orgullo;
Porque en las selvas vírgenes resuena
La música celeste de mi arrullo;
Porque no hay una rosa que no me ame,
Ni pájaro gentil que no me escuche,
Ni garrido cantor que no me llame!....
—¿Sí?—dijo entonce un gavilán infame,
Y con furor se la metió en el buche.

Suprimo, como dije ya, los versos que siguen, y que no pasan de ocho, donde se habla de la risa que le dió á Satanás de resultas del lance y de lo pensativo que se quedó el señor en su trono.

Entre las cuatro composiciones en las estaciones del año, todas bellas y raras, sobresale la del verano. Es

un cuadro simbólico de los dos polos sobre los que rueda el eje de la vida: el amor y la lucha; el prurito de destrucción y el de reproducción. La tigre virgen en celo está magistralmente pintada, y mejor aun acaso el tigre galán y robusto que llega y la enamora.

Al caminar se vía
Su cuerpo ondear con garbo y bizarría.
Se miraban los músculos hinchados
Debajo de la piel. Y se diría
Ser aquella alimaña
Un rudo gladiador de la montaña.

Los pelos erizados
Del labio relamía. Cuando andaba,
Con su peso chafaba
La hierba verde y muelle,
Y el ruido de su aliento semejaba
El resollar de un fuelle.

Síguense la declaración de amor, el *sí* en lenguaje de tigres y los primeros halagos y caricias. Después..... el amor en su plenitud, sin los poco decentes pormenores en que entran Rollinat y otros en casos semejantes.

Despues el misterioso
Tacto, las impulsivas
Fuerzas que arrastran con poder pasmoso,
Y ¡oh gran Pan! el idilio monstruoso
Bajo las vastas selvas primitivas.

El príncipe de Gales, que andaba de caza por allí con gran séquito de monteros y jauría de perros, viene á poner trágico fin al idilio.

El príncipe mata á la tigre de un escopetazo. El tigre se salva, y luego en su gruta tiene un extraño sueño:

Que enterraba las garras y los dientes
En vientres sonrosados
Y pechos de mujer; y que engullía
Por postres delicados
De comidas y cenas,
Como tigre goloso entre golosos,
Unas cuantas docenas
De niños, tiernos, rubios y sabrosos.

No parece sino que, en sentir del poeta, tendría menos culpa el tigre, aunque fuese ser responsable, devorando mujeres y niños, que el príncipe matando ti-

gres. El efecto del poeta se extiende casi por igual sobre tigres y sobre príncipes, á quienes un determinismo fatal mueve á matarse *recíprocamente*, como el ratón y el gato de la fábula de Alvarez.

Los cuentos en prosa son más singulares aun. Parecen escritos en París, y no en Nicaragua ni en Chile. Todos son brevísimos. Ud. hace gala de laconismo. *La Ninfa* es quizá el que más me gusta. La cena en la quinta de la cortesana está bien descrita. El discurso del sabio prepara el ánimo del lector. Los límites, que talvez no existan, pero que todos imaginamos, trazamos y ponemos entre lo natural y sobre natural, se esfuman y desaparecen. San Antonio vió en el yermo un hipocentauro y un sátiro. Alberto Magno habla también de sátiros que hubo en su tiempo. ¿Por qué ha de ser esto falso? ¿Por qué no ha de haber sátiros, famos y ninfas? La cortesana anhela ver un sátiro vivo: el poeta, una ninfa. La aparición de la ninfa desnuda al poeta, en el parque de la quinta, á la mañana siguiente, en la umbría apartada y silenciosa, entre los blancos cisnes del estanque, está pintada con tal arte que parece verdad.

La ninfa huye y queda burlado el poeta; pero en el almuerzo, dice luego la cortesana:

—"El poeta ha visto ninfas."

"Todos la contemplaron asombrados, y ella me miraba como una gata y se reía, se reía, como una chicuela á quien se le hiciesen cosquillas."

El velo de la reina Mab es precioso. Empieza así:

"La reina Mab, en su carro hecho de una sola perla, tirado por cuatro coleópteros de petos dorados y alas de pedrería, caminando sobre un rayo de sol, se coló un día por la ventana de una buhardilla, donde estaban cuatro hombres flacos, barbudos é impertinentes, lamentándose como unos desdichados."

Eran un pintor, un escultor, un músico y un poeta. Cada cual hace su lastimoso discurso, exponiendo aspiraciones y desengaños. Todos terminan en la desesperación.

"Entonces la reina Mab, del fondo de su carro, hecho de una sola perla, tomó un velo azul, casi impalpable, como formado de suspiros ó de miradas de ángeles rubios y pensativos. Y aquel velo era el velo de los sueños, de los dulces sueños que hacen ver la vida de color de rosa. Y con él envolvió á los cuatro hombres flacos, barbudos é impertinentes. Los cuales cesaron de estar tristes, porque penetró en ellos la esperanza, y en su cabeza el sol alegre, con el diablillo de la vanidad, que consuela en sus profundas decepciones á los pobres artistas."

Hay en el libro otros varios cuentos, delicados y graciosos, donde se notan las mismas calidades. Todos estos cuentos parecen escritos en París.

Voy á terminar hablando de los dos más trascendentales: *El rubí* y *La canción del oro.*

El químico Fremy ha descubierto, ó se jacta de haber descubierto, la manera de hacer rubíes. Uno de los gnomos roba uno de estos rubíes artificiales del medallón que pende del cuello de cierta cortesana, y le lleva á la extensa y profunda caverna donde los gnomos se reunen en conciliábulo. Las fuerzas vivas y creadoras de la naturaleza, la infatigable inexhausta fecundidad del alma tierra están simbolizadas en aquellos activos y poderosos enanillos que se burlan del sabio y demuestran la falsedad de su obra. "La piedra es falsa, dicen todos: obra de hombre ó de sabio, que es peor."

Luego cuenta el gnomo más viejo la creación del verdadero primer rubí. Es un hermoso *mito*, que redunda en alabanza de Amor y de la madre Tierra, "de cuyo vientre moreno brota la savia de los troncos robustos, y el oro y el agua diamantina y la casta flor de lis: lo puro, lo fuerte, lo infalsificable. Y los gnomos tejen una danza frenética y celebran una orgía sagrada, ensalzando á la mujer, de quien sue-

len enamorarse, porque es espíritu y carne: toda amor.

La canción del oro sería el mejor de los cuentos de Ud. si fuera cuento, y sería el más elocuente de todos si no emplease en él demasiado una *ficelle*, de que se usa y de que se abusa muchísimo en el día.

En la calle de los palacios, donde todo es esplendor y opulencia, donde se ven llegar á sus moradas, de vuelta de festines y bailes, á las hermosas mujeres y á los hombres ricos, hay un mendigo extraño, hambriento, tiritando de frío, mal cubierto de harapos. Este mendigo tira un mordisco á un pequeño mendrugo de pan bazo: se inspira y canta la canción del oro.

Todo el sarcasmo, todo el furor, toda la codicia, todo el amor desdeñado, todos los amargos celos, toda la envidia que el oro engendra en los corazones de los hambrientos, de los menesterosos y de los descamisados y perdidos, están expresados en aquel himno en prosa.

Por esto afirmo que sería admirable la canción del oro si se viese menos la *ficelle:* el método ó traza de la composición, que tanto siguen ahora los prosistas, los poetas y los oradores.

El método es crear algo por superposición ó aglutinación, y no por organismo.

El símil es la base de este método. Sencillo es no mentar nada sin símil: todo es como algo. Luego se ha visto que salen de esta manera muchísimos *comos*, y en vez de los *comos* se han empleado los *eses* y las *esas*. Ejemplo: la tierra: esa madre fecunda de todos los vivientes; el aire, ese manto azul que envuelve el seno de la tierra, y cuyos flecos son las nubes; el cielo, ese campo sin límites por donde giran las estrellas, etc. De este modo es fácil llenar mucho papel. A veces los *eses* y las *esas* se suprimen, aunque es menos enfático y menos francés, y solo se dice: el pájaro, flor del aire; la luna, lámpara nocturna, hostia que se eleva en el templo del espacio, etcétera.

Y por último, para dar al discurso más animación y movimiento, se ha discurrido hacer enumeración de todo aquello que se semeja en algo al objeto de que queremos hablar. Y terminada la enumeración, ó cansado el autor de enumerar, pues no hay otra razón para que termine, dice: eso soy yo: eso es la poesía: eso es la crítica: eso es la mujer, etc. Puede también el autor, para prestar mayor variedad y complicación á su obra, decir lo que no es el objeto que describe antes de decir lo que es. Y puede decir lo que no es como quien pregunta. Fórmula: ¿Será esto, será aquello, será lo de más allá? No; no es nada de eso. Lue-

go....la retahila de cosas que se ocurran. Y por remate. Eso es.

Este género de retórica es natural, y todos le empleamos. No se critica aquí el uso, sino el abuso. En el abuso hay algo parecido al juego infantil de apurar una letra. "Ha venido un barco cargado de...." Y se va diciendo (si v. gr. la letra es b) de baños, de buzos, de bolos, de berros, de bromas....

Las composiciones escritas según este método retórico tienen la ventaja de que se pueden acortar y alargar *ad libitum*, y de que se pueden leer al revés lo mismo que al derecho, sin que apenas varíe el sentido.

En mis peregrinaciones por países extranjeros, y harto lejos de aquí, conocí yo y traté á una señora muy entendida, cuyo marido era poeta; y ella había descubierto en los versos de su marido que todos se leían y hacían sentido empezando por el último verso y acabando por el primero. Querían decir algunos maldicientes que ella había hecho el descubrimiento para burlarse de los versos de la cosecha de casa; pero yo siempre tuve por seguro que ella, cegada por el amor conyugal, ponía en este sentido indestructible, léanse las composiciones como quiera que se lean, un primor raro que realzaba el mérito de ellas.

Me ha corroborado en esta opinión un reciente escrito de D. Adolfo de Castro, quien descubre y aplaude en algunos versos de Santa Teresa, casi como dón celeste ó gracia divina, esa prenda de que se lean al revés y al derecho, resultando idéntico sentido.

La verdad del caso, considerado y ponderado todo con imparcial circunspección, es que tal modo retórico es ridículo cuando se toma por muletilla, ó sirve de pauta para escribir; pero si es espontáneo, está muy bien: es el lenguaje propio de la pasión.

Figurémonos á una madre, joven, linda y apasionada, con un niño rubito y gordito y sonrosado de dos años que está en sus brazos. Mientras ella le brinca y él le sonría, ella le dirá natural y sencillamente interminable lista de nombres de objetos, algunos de ellos disparatados. Le llamará ángel, diablillo, mono, gatito, chuchumeco, corazón, alma, vida, hechizo, regalo, rey, príncipe y mil cosas más. Y todo estará bien, y nos parecerá encantador, sea el que sea el orden en que se ponga. Pues lo mismo puede ser toda composición, en prosa ó verso, por el estilo, con tal que no sea buscado ni frecuente este modo de componer.

El modelo más egregio del género, el ejemplar arquetipo, es la letanía. La Virgen es puerta del cielo,

estrella de la mañana, torre de David, arca de la alianza, casa de oro, y mil cosas más, en el orden que se nos antoje decirlas.

La canción del oro es así: es una letanía, solo que es infernal en vez de ser célica. Es por el gusto de la letanía que Baudelaire compuso al demonio; pero, conviniendo ya en que la canción del oro es letanía, y letanía infernal, yo me complazco en sostener que es de las más poéticas, ricas y enérgicas que he leído. Aquello es un diluvio de imágenes, un desfilar tumultuoso de cuanto hay, para que encomie el oro y predique sus excelencias.

Citar algo es destruir el efecto que está en la abundancia de cosas que en desorden se citan y acuden á cantar el oro, "misterioso y callado en las entrañas de la tierra, y bullicioso cuando brota á pleno sol y á toda vida; sonante como coro de tímpanos, feto de astros, residuo de luz, encarnación de éter: hecho sol, se enamora de la noche, y, al darle el último beso, riega su túnica con estrellas como con gran muchedumbre de libras esterlinas. Despreciado por Jerónimo, arrojado por Antonio, vilipendiado por Macario, humillado por Hilarión, es carne de ídolo, dios becerro, tela de que Fidias hace el traje de Minerva. De él son las cuerdas de la lira, las cabelleras de las más tier-

nas amadas, los granos de la espiga, y el peplo que al levantarse viste la olímpica aurora."

Me había propuesto no citar nada, y he citado algo, aunque poco. La composición es una letanía inorgánica, y sin embargo, ni la ironía, ni el amor y el odio, ni el deseo y el desprecio simultáneos, que el oro inspira al poeta en la inopia (achaque crónico y epidémico de los poetas,) resaltan bien sino de la plenitud de cosas que dice del oro, y que se suprimen aquí por amor á la brevedad.

En resolución, su librito de Ud., titulado *Azul*.... nos revela en Ud. á un prosista y á un poeta de talento.

Con el *galicismo mental* de Ud. no he sido sólo indulgente, sino que le he aplaudido por lo perfecto. Con todo, yo aplaudiría muchísimo más, si con esa ilustración francesa que en Ud. hay se combinasen la inglesa, la alemana, la italiana, y ¿por qué no la española también? Al cabo, el árbol de nuestra ciencia no ha envejecido tanto que aun no pueda prestar jugo, ni sus ramas son tan cortas ni están tan secas que no puedan retoñar como mugrones del otro lado del Atlántico. De todos modos, con la superior riqueza y con la mayor variedad de elementos, saldría de su cerebro de Ud. algo menos exclusivo y con más altos,

puros y serenos ideales: algo más *azul* quel el azul de su libro de Ud.: algo que tirase menos á lo *verde* y á lo *negro*. Y por cima de todo, se mostrarían más claras y más marcadas la originalidad de Ud. y su individualidad de escritor.

JUAN VALERA

AZUL....

POR

RUBEN DARIO

PRÓLOGO DE EDUARDO DE LA BARRA.

L'art c'est l'azur.
Victor Hugo.

¡Qué cofre tan artístico! ¡Qué libro tan hermoso!
¿Quién me lo trajo?

Ah! la Musa joven de alas sonantes y corazón de fuego, la Musa de Nicaragua, la de las selvas seculares que besa el sol de los trópicos y arrullan dos océanos.

XXXVI

Qué hermosas páginas de deliciosa lectura, con prosa como versos, con versos como música! Qué libro! todo luz, todo perfume, todo juventud y amor.

Es un regalo de hadas: es la obra de un poeta. Pero de un poeta verdadero, siempre inspirado, siempre artista, sea que suelte al aire las alas azules de sus rimas, sea que talle en rubíes y diamantes las facetas de su prosa.

Rubén Darío es, en efecto, un poeta de esquisito temperamento artístico que aduna el vigor á la gracia; de gusto fino y delicado, casi diría aristocrático; neurótico y por lo mismo original; lleno de fosforescencias súbitas de novedades y sorpresas; con la cabeza poblada de alas, fantasías, quimeras y ensueños, y el corazón ávido de amor, siempre abierto á la esperanza.

Si el ala negra de la muerte antes no lo toca, si las fogosidades del numen no lo consumen ó despeñan, Rubén Darío llegará á ser una gloria americana, qué tal es la fuerza y ley de su estro juvenil!

En la portada de su libro, sobre la tapa de su cofre cincelado brilla la palabra Azul.... misteriosa como es el océano, profunda como el cielo azul, soñadora como los ojos azul–cielo.

L'art c'est l'azur! dijo el gran poeta.

Sí; pero aquel azul de las alturas que desprende un rayo de sol para dorar las espigas y las naranjas, que redondea y sazona las pomas, que madura los racimos y colora las mejillas satinadas de la niñez.

Sí, el arte es el azul, pero aquel azul de arriba que desprende un rayo de amor para encender los corazones y ennoblecer el pensamiento y engendrar las acciones grandes y generosas.

Eso es el ideal, eso el azul con irradiaciones inmortales, eso lo que contiene el cofre artístico del poeta.

Y aquellas alas de mariposa azul de qué nos sirven? preguntarán los que nacieron sin alas. De qué sirve eso que flota en el vago azul de los sueños?

Contesta el poeta:

Pour des certains êtres sublimes, plaire c'est servir.

II.

Abramos el cofre Azul de Rubén para examinar sus joyas, no con la balanza y gafas del judío, no con las minúcias analíticas del gramático, sino para contemplarlas á la amplia luz de la síntesis artística capaz de abarcar en una mirada el conjunto de la obra, y de comprender la idea y el sentimiento que inspiraron al autor.

XXXVIII

El poeta más original y filosófico de España,—Campoamor,—dice: que, la obra poética se ha de juzgar por la novedad del asunto, la regularidad del plan, el método con que se le desarrolla y su finalidad trascendente. Y agrega: "á un artista no se le puede pedir más que su idea y su estilo, y, generalmente, para ser grande le basta solo su estilo."

No pensaron así los griegos. Para ellos el mérito de la obra estriba en el *asunto*, antes que en el estilo; en la idea poética, no en su ropaje. La clámide no hace al hombre.

Eran adoradores de la bella forma; pero más de las justas proporciones, es decir, del plan y su desarrollo.

El *asunto*,—que comprende el argumento y la acción,—es sin duda, lo primero. Dada la idea, la poesía la reviste de un cuerpo, la humaniza, la hace interesante para todos los hombres, ó, como dice el padre de las doloras:—la idea se convierte en *imagen*, hay en seguida que darle *carácter* humano, y después, *universalizarla*, si es posible.

Creemos además, que la poesía debe cultivarse como medio de mejorar, deleitando el espíritu y elevándolo, y entonces, las brillantes fruslerías de los versos, las alas azules de mariposa, se convertirán en estrella que guía, en alas de águila que levantan.

La regla sería:—la ficción para hacer resaltar la verdad; el esplendor de la imaginación propia alumbrando la razón ajena y avivando la conciencia, la imiagen para esculpir el pensamiento que inclina á la virtud y eleva la inteligencia.

Hé aquí en pocas palabras las miras de nuestra poética, y á ellas ajustamos nuestro criterio. Quien quiera aceptarlas, aplíquelas, si le agrada, al libro que le presentamos. El libro saldrá airoso de la prueba.

Apuntamos estas bases de criterio para los jóvenes estudiosos que quieran comprender este libro en su valor artístico; no las aplicamos porque no es nuestro objeto, ni el lugar de hacerlo.

III.

Pero estas no son por cierto, para los lindos ojos de las curiosas, astros errantes que recorrerán gozosos las poéticas páginas del Azul....

Yo les enseñaré á juzgar de las obras de arte con el corazón, como á ellas les gusta y acomoda. ¿Queréis saber cómo, lindas curiosas?—Oid.

Si la lectura del libro, ó la contemplación del lienzo y del mármol,—os produce una sensación de agra-

do, ó de alegría; si voluntariamente exclamais, qué lindo! tened por seguro que la obra es bella y, por tanto, poética. Si no podeis abandonar el drama ó la novela, y vuestros dedos de marfil y rosa vuelven y vuelven una página tras otras para que las devoren los ojos hechizados, ah! entonces, el autor acertó á ser interesante, lo que es un gran mérito y un triunfo. Si el corazón os late más de prisa, si un suspiro se os escapa, si una lágrima rueda sobre el libro, si lo cerrais y os quedais pensativa, ah! entonces, bella lectora, no os quepa duda, por allí ha pasado un alma poética derramando el nardo penetrante de su sentimiento.

La obra que deleitando, consiga dar luz á la mente y palpitaciones al corazón helado, si aviva la conciencia, si mueve á las acciones nobles y generosas, si enciende el entusiasmo por lo bueno, lo bello y lo verdadero, si se indigna contra las deformidades del vicio y las injusticias sociales y hace que nos interesemos por todos los que sufren, decid que es obra elocuente y eminentemente poética.

Bajo las apariencias graciosas de la ficción suele ocultarse la fuerza de estas grandes enseñanzas, y entonces la obra llega á las altas cumbres del arte.

Aplicad, lindas lectoras, aplicad estas reglas del sentimiento á las armonías Azules de Rubén Darío, y

vuestro juicio será certero. Vuestros ojos, lo sé, derramarán más de una lágrima, vuestros labios gozosos dirán qué lindo! qué lindo!.... y luego os quedaréis pensativas, como traspuestas, como flotando en el país encantado de los sueños azules.

IV.

Dejadme hacer un poco como vosotras. Pues que se trata de un poeta y no de un filósofo, queden á un lado la escuadra y el compás del retórico. Quiero estimar por su aroma á la flor, al astro por su luz, al ave por su canto.

Venid conmigo, palomas blancas y garzas morenas; para vosotras hablo ahora.

Nada de filosofía, nada de finalidades trascendentes, ni de abstracciones sensibilizadas, humanizadas y universalizadas. Eso, estoy seguro, hiere vuestros tímpanos delicados hechos para la música y el amor.

Conversemos del poeta; pero, sin murmurar, si es posible. Escuchadme.

Rubén Darío es de la escuela de Víctor Hugo; más, tiene á veces el aticismo y la riqueza ornamental de

Paul de St. Víctor, y la atrayente ingenuidad del italiano d'Amicis, tan llena de aire y de sol. Describe los bohemios del talento como lo haría Alphonse Daudet, y pinta la naturaleza con la unción, el colorido y frescura de los autores de *Pablo y Virginia* y de la criolla *María*.

Os sonreís pensando, qué tiene de común Víctor Hugo, el relámpago y el trueno, con los idilios americanos de St. Piérre y de Isaacs, y con las escenas parisienses del autor de *Sapho*?

Son en verdad, estilos y temperamentos muy diversos, más nuestro autor de todos ellos tiene rasgos, y no es ninguno de ellos. Ahí precisamente está su originalidad. Aquellos ingenios, aquellos estílos, todos aquellos colores y armonías, se aunan y funden en la paleta del escritor centro-americano, producen una nota nueva, una tinta suya, un rayo genial y distintivo que es el sello del poeta. De aquellos diferentes metales que hierven juntos en la hornalla de su cerebro, y en que él ha arrojado su propio corazón, al fin se ha formado el bronce de sus Azules.

Su originalidad incontestable está en que todo lo amalgama, lo funde y lo armoniza en un estilo suyo, nervioso, delicado, pintoresco, lleno de resplandores súbitos y de graciosas sorpresas, de giros inesperados,

de imágenes seductoras, de metáforas atrevidas, de epítetos relevantes y oportunísimos y de palabras bizarras, exóticas aun, más siempre bien sonantes.

V.

Acaso se apega demasiado á la forma; pero, esa es su manera: y, luego, que él no descuida el fondo. Acaso....

Chit!.... Acercaos más, lindas muchachas, estrechad vuestra ureda como las ninfas campestres en torno del viejo Anacreonte, y escuchadme.

Sabéis? Su hermosa Musa tiene un defecto!

—Cual? Cual?

—El ser demasiado hermosa!

—Ah!.... Oh!.... Bah!.... Bah!....

—Dejadme concluir: y presumida!.... qué dirías de la muchacha que untara de bermellón sus mejillas frescas y rozagantes? Qué, de la niña que vistiera perpétuamente de baile por parecer mejor?

—Y eso á qué viene?

—Vais á ver. El poeta tiene su flaco: esmalta y enflora demasiado sus bellísimos conceptos, abusa del colorete, del polvo de oro, de las perlas irrisadas, de

los abejéos azules.... y sin necesidad; mientras más sobrio de luces y colores, más natural es y más encantador. Siempre el estilo ático fue más estimado que el estilo rodio por los hombres de buen gusto. La elegancia no consiste en el exceso de adornos, ni en la profusión de halajas.

Pero, eso no es nada. Él sabe hacer elegante su riqueza y aceptable su colorete: el peligro es para sus imitadores, que creen tener sus vuelos, porque salpican sus salsas literarias con el áureo polvo, y su estro, porque se recargan de falsa pedrería como serafines de aldea.

Sigamos murmurando, como los críticos.... Sabéis?....

—Qué más, maestro?

—El poeta tiene otro flaco.... Os reís!.... Eh!—callaré....

—No! no! Hablad, por favor!....

Darío adora á Víctor Hugo y también á Cátulo Méndez. Junto al gran anciano, *leader* un día de los románticos, coloca en su afecto á la secta moderna de los simbolistas y decadentes, esos idólatras del espejo en la frase, de la palabra relumbrosa y de las aliteraciones bizantinas.

Víctor Hugo tenía el soplo gigantesco de Homero

y de Isaías. El torbellino de su inspiración producía su pensamiento exhuberante, que no podía vaciarse en los moldes estrechos de la Academia, y él, entonces, impelido por necesidad imperiosa, se creaba su propia lengua, con la audacia del genio. Para derramar su pensamiento fulgurante, tomaba cuanto hallaba á la mano: sonido, color, letra, palabra, suspiro, desgarramiento, no importa qué; cuantos acentos é inflexiones toman la voz humana y la magna voz de la naturaleza entera, bosque, nube, océano; cuantas maneras de expresar puedan imaginarse; cuantas combinaciones alcancen á idearse, todo era bueno para él, todo era suyo, todo elemento de su lengua, y todo se plegaba dócilmente á su pensamiento y obedecía á su voluntad soberana.

Eso pudo Víctor Hugo, porque suyo era el verbo creador, porque él era el genio. El verbo puede crearse su propia carne, como el caracol su concha; pero la carne sola jamás creará al verbo, y como la estátua, existirá sin alma.

La luz produce los colores; los colores no encienden la luz.

Los poetas neuróticos de París, que se llaman los *decadentes*, quieren hacer como Víctor Hugo, y torturan la lengua, la sacan de quicio, la retuercen y la dan

extrañas formas y giros; pero poco se curan del pensamiento. No bajará para ellos el Espíritu en forma de lenguas de fuego!

Darío tiene bastante talento para escapar á la Sirena de la moda que lo atrae al escollo.... Pero, cuidado! Góngora también tenía talento....

En sus poéticas páginas, en prosa y en verso, el pensamiento relampaguea á cada paso; pues él quiere más, y las palabras desplegadas en guerrilla avanzan á fogonazos.

No se abandona á su talento, busca el efecto, busca el éxito en la novedad, y el relámpago se asocia al polvorazo, lo grande natural á lo pequeño artificial, Víctor Hugo á Verlain, la *Leyenda de los Siglos* á los *Poemas Saturninos*.

Hé ahí el bermellón; como si el colorete en algo favoreciera las rosas de la juventud.

Fuera el oropel! fuera lo artificial, oh, jóvenes, y soplará un aire sano sobre las letras como sobre las flores del campo!

VI.

Cierto!.... Mas, quiénes son esos *decadentes* de que hablais? Cómo es que nuestro poeta sacrifica en sus altares?

—Os lo diré. Las letras como las flores, como las frutas, como los pueblos, suelen sufrir epidemias que las devastan y desfiguran.

Comprendo bien que el pensamiento puede ajustarse á su forma y armonizar con ella. Alma bella en cuerpo bello, es el ideal.

Pues bien, hay ocasiones en que el exagerado amor á la forma ha perjudicado al pensamiento y producido esas deformidades epidémicas en la literatura, que suelen encontrar fervorosos partidarios y hasta imponerse á un pueblo y á una época entera. Pasada la moda se la encuentra ridícula, y nadie comprende como vino ni qué ceguera la hizo aceptable.

Y si no, ahí están para probarlo aquellas fiebres que han invadido las literaturas europeas, comenzando por el *euphuismo*, introducido por John Lilly en la corte de Isabel de Inglaterra; el *marinismo*, que invade la Italia con sus *concetti;* al propio tiempo que el *gongorismo* hace estragos en las letras castellanas, y la lengua *preciosa* en las francesas. Ni la sesuda Alemania escapó á aquellas plagas, pues el poeta Lohenstein les llevó el contagio poco después. El Hotel Rambouillet, centro culto y perfumado, creó el "estilo galante," que degeneró en el *preciosismo*, y de su *Salón azul*, donde por primera vez se unían la aristocracia

de cuna y la del talento, salió también el *Adonis* de Marini, aquel terrible decadente llamado á Francia por María de Médicis.

Nacen estas plagas del prurito de crear nuevos dialectos poéticos, que no corresponden á nuevas ideas ni á nuevos sentimientos; nacen de sobreponer por moda lo ficticio á lo natural, lo convencional á lo verdadero, la factura del mosaico paciente á los esplendores del genio.

En Francia, tras de los románticos—emancipadores exagerados de lo convencional clásico, que reinaba desde los días de Ronsard y su pléyade—brotaron los parnasianos, simbolistas y *decadentes*. Los románticos tienen razón de ser: representan la revolución en las letras. Con el chaleco colorado en reemplazo del gorro frígio, marcharon contra la tiranía de Boileau y de La Harpe, y dieron á las letras un rumbo más humano y más propio de nuestro tiempo y nuestra civilización. Pero, qué buscan los *decadentes?* qué nos traen de nuevo? cuál es su razón de ser?

Queréis conocerlos? Os los voy á presentar.

No se sabe á punto fijo de dónde vienen, ni creo que ellos sepan mejor á dónde van; y en esto se parecen un poco á los gitanos.

Vienen de los hermanos Goncourt? Nacieron de las

Flores del Mal de Baudelaire? O acaso son imitadores bastardos de Víctor Hugo, que á falta de genio quieren parecérsele por las rarezas del lenguaje? Descenderían, por ventura, estos zíngaros, de Ramses el Grande? Todo puede ser!

Sea como fuere, ello es que la escuela modernísima de los *decadentes* busca con demasiado empeño el valor musical de las palabras y descuida su valor ideológico. Sacrifica las ideas á los sonidos y se consagra, como dicen sus adeptos, á la *instrumentación poética*.

Los *decadentes* no sólo olvidan el significado recto de los vocablos, sino que los enlazan sin sometimiento á ninguna ley sintáxica, con tal que de ello resulte alguna belleza á su manera, la cual bien puede ser una algarabía para los no iniciados en sus gustos.

A los que así proceden los llamó *decadentes* el buen sentido público, y ellos, como pasa tantas veces, del apodo hicieron una divisa.

Los poetas neuróticos de esta secta hacen vida de noctámbulos y ocurren á los excitantes y narcóticos para enloquecer sus nervios, y así procurarse visiones y armonías y ensueños poéticos. Acuden á la ginebra y al ajenjo, al opio y á la morfina, como Poe y Musset, como los turcos y los chinos. El deseo de singularizarse es su motor, la neurosis su medio.

Tales son los *decadentes*, los de la instrumentación poética! Divina locura! Caso curioso de la patología literaria! . . . .

En estos neuróticos debe operarse cierta inversión de los sentidos, pues que en su vocabulario especial confunden los sonidos con los colores y los sabores, como pasa bajo el imperio de la sugestión himnótica.

Comprendo que la chispa eléctrica sea luz azuleja para el ojo, crepitación para el oído, escozor para la mano, acidez para el paladar, y aun concibo que tenga olor, si se le hace caer en los nervios del olfato. Comprendo que el alma, libre del fardo de la materia, tenga una noción única, y, por tanto, más perfecta, de la chispa eléctrica, aunando las cinco nociones elementales diversas que los sentidos le proporcionan, tal como de la fusión de los colores del espectro resulta el rayo de luz. Comprendo que las sensaciones recibidas por los sentidos tengan grandes analogías y estrechas relaciones entre sí, desde que todas no son más que modos de movimiento, y sólo se diferencian en la rapidez de las vibraciones. Pero lo que no comprendo es que hombres despiertos y metidos en el estuche de su cuerpo vivo, me digan: que el clarín suena rojo, que llega á herir su tímpano el aroma azul de las violetas, que ven con el paladar y que oyen por

la nariz!.... Y menos comprendo todavía, ni admito, la necesidad de amoldar la lengua á tan extravagante discordia de los sentidos, á nombre de la divina *instrumentación!*

Y no creais, mis señoras, que exagero. Los *decadentes* no son desprevenidos y tienen su Código. Han ya reducido á preceptos las incoherencias de sus sueños morfinizados en el *Tratado del Verbo.*

Establécese allí que cada letra tiene un color, cada color corresponde á un instrumento músico y cada instrumento simboliza una pasión ó un modo de ser. Así, por ejemplo:

La A es negra, lo negro es el órgano, el órgano expresa la duda, la monotonía y la simpleza. (sic)

La E es blanca, lo blanco es el harpa, el harpa es la serenidad, etc.. etc.

De las combinaciones de letras, según ellos, nacen los diversos matices del sonido, del color y del sentimiento. Hé aquí pues, la cábala judía aplicada á las bellas letras.

Como el niño que juega inconsciente al borde del precipicio, así estos poetas decadentes sonríen junto al abismo, en aquella triste penumbra vaga que separa la razón de la demencia.

Las aliteraciones, las combinaciones de letras y so-

nidos que ellos miran como nuevas, en su parte racional eran conocidas por el viejo Homero y usadas por Virgilio. Las armonías que ellos buscan con tan raro ahinco, otros las encontraron ya sin salir de lo razonable, y es lo que los retóricos, desde Aristóteles hasta hoy, comprenden en la armonía de los sonidos musicales, la armonía imitativa y la armonía que establece el acuerdo entre la idea y las palabras con que se la da expresión.

No hay, pues, tal novedad.

VII.

Es Rubén Darío *decadente?*

Él lo cree así; yo lo niego.

Él lo cree, porque poetiza la nueva escuela; porque siente las atracciones de la forma, como todas las imaginaciones tropicales; porque tiene fiebre de originalidad.

Yo lo niego, porque no le encuentro las extravagancias características de la escuela decadente, por más que tenga las inclinaciones. Lo niego, porque él no ensarta palabras para aparentar ideas, sino que tiene el divino numen que lo salva de las atracciones del abismo, como las alas al águila.

Ay de los incautos que pretendan seguirlo!

La poética decadente de Darío es al *Tratado del Verbo* lo que el hombre al mono. Ella está consignada en un hermoso estudio que consagró á Cátulo Méndez, donde él mismo se pinta de cuerpo entero y descubre los procedimientos que emplea.

Dice allí en són de reproche, que Julio Janín consideraba un absurdo, una locura, pretender pintar el color de un sonido, el perfume de un astro, algo como aprisionar el alma de las cosas."

Otros encuentran que "hay un exceso de arte, un abandono del fondo, del verbo, por la envoltura opulenta...." (Oid!).... "Ah! y esos desbordamientos de oro, esas frases kaleidoscópicas, esas combinaciones armoniosas en períodos rítmicos, ese abarcar un pensamiento en engastes luminosos, todo eso es sencillamente admirable!"

Sí, admirable, mientras el gusto sano lo vivifique, mientras el grande arte de la palabra no degenere en neuróticas orquestaciones!—

Darío va en busca "de lo bello, del encaje, del polvo áureo;" quiere juntar la grandeza á los esplendores de la idea en el cerco burilado de una buena combinación de letras.... quiere "poner luz y color en un engaste, aprisionar el secreto de la música en la

trampa de plata de la retórica, hacer rosas artificiales que huelan á primavera...." Y todo eso hace, en efecto.

De él diremos, como él de Cátulo Méndez, que es un poeta de exquisito temperamento artístico, delicadísimo y bizarro; que escribe en prosa y casi rima; admirable fraseador que esmalta y enflora sus cuentos, y que para distinguirse tiene el sello de su estilo, de su manera de escribir como burilando en oro, como en seda, como en luz.

Va más lejos aun, y elogia en Méndez "el instinto que tiene de encontrar el valor hermoso de una consonante que martillea sonoramente á una vocal, y su gusto por la raiz griega, por la base exótica, siempre que sea vibrante, expresiva, melodiosa."

Cátulo Méndez como Goutier, su suegro, es un parnasiano, pero con ribetes de simbolista decadente.

Darío es un poeta *sui géneris*, con más facetas que el Ko-hi-noor de la india, y con más nervios y caprichos que Sara Bernhardt.

Su admiración por los primores y rarezas de la frase, su inclinación y gusto por los pequeños secretos del colorido de las palabras y armonías literales, han hecho, sin duda, que él se crea *decadente*.

No lo es, dijimos, porque no tiene las extravagan-

cias de la escuela. Sus mismas sorpresas, novedades, rarezas de forma, son tan delicadas, tan hijas del talento, que se las perdonarían hasta los más empecinados hablistas. Suele haber raíces exóticas en su vocabulario, suelen deslizarse algunos graciosos galicismos; pero es correcto, y si anda siempre á caza de novedades, jamás olvida el buen sentido, ni pierde el instinto de la rica lengua de Castilla al amoldar las palabras á su orquestación poética. No así en las cláusulas de su florido lenguaje: ellas tienen más el corte francés moderno, brusco, breve, nervioso, que el desarrollo grave, amplio, majestuoso, de la frase castellana.

Sus *bizarrerías*, como él suele decir, hijas legítimas son de una organización nerviosa, de la sangre juvenil, y sobre todo, de la viveza y esmalte de estas imaginaciones maduradas en los climas ardientes.

Sin embargo, no se puede desconocer su tendencia á los decadentes. Veo que tiene un pie sobre ese plano inclinado; si eso se hace de moda, temeré que la moda lo empuje y precipite.

Ah! la Moda!.... Conocéis sus caprichos locos y su imperio. Por culpa de ella, ahí tenéis á nuestro poeta lírico enflautado en su larga levita y en el tubo lustroso de su sombrero, en vez de llevar flotando á

la espalda el blanco albornoz de los beduinos, de holgados pliegues, airoso y elegante. El Yemen lo creería su hijo; el camello lo reconocería; tañería la guzla mora adornada con flores de granado, y las mujeres de ojos negros arrojarían jazmines á sus plantas.

Quiera Alah que no caiga en el abismo!

Lo que es por hoy, este bellísimo libro *Azul*, con arabescos como los de la Alhambra, proclama la estirpe de su autor, y prueba que no es él un *decadente*.

Si él lo dice, no se lo creais! Pura bizarrería! pura orquestación poética!

Vale más que eso.—El es él, el poeta de Nicaragua, el que baña su frente en un nimbo de oro cuando sueña sus *azules*, y conversa con las hadas cuando modula sus rimas y canciones.

Ecce homo! . . . .

VIII

—Veamos la obra!

Allá en el fondo del Ática, cuando del viejo coro religioso de las fiestas dionisiacas comenzaba á desprenderse la tragedia, cuando Esquilo meditaba su Prometeo, el pueblo murmuraba en torno del altar

del dios, un poco olvidado: Nada por Dionisio! Nada para Dionisio!....

Como el pueblo ateniense, dirá acaso mi buen amigo Rubén, al ver que dejo correr la pluma charladora por donde menos pensaba, y para nada me ocupo de su nuevo libro.

Ciertamente, darlo á conocer era mi intención al sentarme á escribir este Prólogo: pero me acontece como á un buen amigo mío, improvisador sin fin ni fondo, que se sentó á escribir una décima y le salió comedia!.... Mas, pues tengo aún dos cuartillas blancas sobre la mesa, hagamos algo por Dionisio para que el pueblo no murmure.

Recorramos la reducida pero rica galería de sus lienzos y acuarelas, de sus mosaicos y camafeos, de sus bronces y filigranas.

Venid, bellas ninfas, adoradoras del arte; venid y admirad conmigo sobre el *Azul* joyante de esta prosa, el divino centelleo del *Año lírico*, lira de brillantes sobre mullido cojín de raso azul.—Entrad!

XI

Queréis ver y palpar lo que el viejo autor de las doloras llama la universalidad de una idea?

Aquí tenéis estos tres cuadros,—una pequeña trilogia:—*El rey burgués*, *El velo de la reina Mab*, *La canción del Oro*. Miradlos bien.

Veis?—El protagonista es el Poeta, siempre el Poeta, sólo, desconocido, abandonado, hambriento, casi un mendigo, y sin embargo, como Colón lleva un mundo en la cabeza. El burgués hecho rey, dueño del oro y del mando, ve al poeta y lo coloca más abajo que sus lacayos, allá, entre sus pájaros, donde dará vuelta sin cesar al manubrio de un organillo!.... Es noche de crudo invierno; la sala del festín arde como una ascua de oro; por sus ventanas salen bocanadas de luz y explosiones de alegría; ahí se goza y se ríe, ahí se aplauden locamente las hinchadas necedades de un retórico!.... Y afuera, ¡oh sarcasmo! la nieve, el hambre, la desesperación.... el Poeta que muere á la luz de las estrellas melancólicas.

Habéis comprendido? Ese poeta, ese genio que pasa desconocido al lado de los grandes de su tiempo, que vive sufriendo y muere de pena y de frío, tiene muchos nombres, se llama Homero, Camoens, Tasso, Schakespeare, Miguel Cervantes.... Comparad estas frentes humildes tocadas por el dedo de Dios, con las altivas testas coronadas por mano del hombre ó del capricho!....

Ahí tenéis la eterna historia del oro *burgués* aplastando al talento, y del estro encadenado á la miseria; ahí tenéis la *universalización* de la idea expresada poéticamente.

Este viejo cuento, narrado con gracia nueva y encantadora, es una tela que merece marco de oro. No es verdad, hermosa lectora? Pero, qué diantre!.... Os quedais pensativa! Vuestra frente delicada se dobla al peso de graves pensamientos?.... Ah! es que eso nace del fondo mismo del cuadro, que el autor, por una amarga ironía ha llamado *cuento alegre!*

Campoamor quiere que la idea poética se haga imagen para que la veamos, y en seguida se humanice para que la sintamos. La imagen es el cuento mismo, y no me tengáis por viejo murmurador si os agrego, que aquí esa humanización es.... nuestro poeta en persona!.... Chit!....Sólo para vosotras.... Imaginadlo enjaulado en el pandemonium de la Aduana de Valparaiso, tratando de fardos, contando barricas; alineando números en negras columnas! Imposible! Y hay, sin embargo, que dar vuelta al manubrio!.... Ah! creedme, yo lo comprendo.... pero, al menos, él, lleno de juventud, lleva en el pecho la esperanza....!

La esperanza! sí, esa es la ninfa ilusión que él vió

en su *Cuento parisiense*, tan sabroso, tan graciosamente bello como la ninfa misma que allí veis, esa que surge del cristal tembloroso de las aguas con una sonrisa picaresca. Pero no divaguemos.

Volvamos á nuestro Poeta muerto de pena y de frío: vamos á verlo resucitar en el cielo de la fantasía.

¿Conocéis á la diminuta reina Mab, aquella que Shakespeare pasea por el país de los sueños y de los enamorados, donde vagan Romeo y Julieta? Ella,—el hada gentil que baja por un rayo de sol, en su pequeño carro hecho de una sola perla y tirado por cuatro coleópteros empenachados, de bruñidos capacetes y trasparentes alas,—ella, ella será la que emancipe al Poeta. Al menos, conseguirá siquiera adormecerlo, engañará su dolor, lo hará olvidar sus penas. ¿Sabéis cómo? Mirad el lienzo: allí la veis; compasiva y tierna envuelve al Poeta en su velo azul, casi impalpable, y tan tenue como la sombra de una ilusión. Ese velo encantado trae consigo los dulces sueños, y hace ver la vida de color de rosa. ¿Comprendeis ahora?

Dante borró la esperanza y creó el infierno. *Lasciate ogni' speranza!* . . . . Arrojad la divina esperanza sobre la noche, y tendréis el día.

Eso hizo la reina Mab.

Desgraciadamente, ese velo delicado se rompe y se

evapora al soplo brutal de la realidad, fría, y dura y tremenda.

La hora de los desengaños no tarda.—El harapiento con trazas de mendigo, el peregrino, el poeta, despierta bruscamente al sentir que le escupe al rostro el desprecio de los palacios, llenos de lacayos galoneados, y el crujir insolente de la seda meretricia.

Y aquella especie de mendigo se sonríe y se yergue. Sobre su frente dantesca se amontonan las sombras como las nubes en torno de la montaña, y brillan sus ojos con los relámpagos de la indignación, y su lengua, como la de Juvenal, estalla al fin en rayos vengadores! Esa es la sátira acerada contra las corrupciones de la riqueza, esa la *Canción del Oro*, mezcla de gemido, ditirambo y carcajada, que el poeta da al viento de la noche, y que en ecos quejumbrosos prolongan las tinieblas sobrecogidas.

Mas, por desgracia, estas voces vengadoras no llegan al oído sordo de los poderosos, ni á su corazón, más duro que el bronce, más duro que la bóveda del Banco, y á prueba de generosas compasiones.

Qué se hizo el poeta? Ya no está la reina Mab!.... El velo azul no existe.... la *Canción del Oro* fue dispersada al viento del olvido.... Acaso no habrá algún epílogo para nuestra trilogia? Recorramos la ga-

lería.... Ah!.... Ah!.... sí lo hay!.... El poeta se ha hecho bohemio, y hoy vive en la vieja Lutecia, en ese París que aspira á ser el cerebro del mundo porque es su corazón. Ahí está. Le reconozco á pesar de su metamórfosis.

Del país de las hadas hemos pasado, pues, á la prosa de la vida, y nos hallamos en el café Plombier, en plena bohemia, bock en mano y la pipa en la boca.... Allí se agitan revueltos, grupos de estudiantes y artistas, de perdidos y pensadores, cabezas fosforescentes donde hay algo, frentes juveniles que buscan afanosas el viejo laurel verde.

Allí está aquel Garcín, querido entre todos, triste, soñador, buen bebedor de ajenjo, bravo improvisador, y, como bohemio, un Bayardo sin miedo ni tacha. Ya lo veis, ha cambiado de traje y de escenario, pero es el mismo poeta anónimo á quien el rey burgués dejó morirse de hambre, el artista á quien Mab envolvió en su velo, el mendigo que lanzó á los aires como una saeta de fuego, su estridente *Canción del Oro.*

La bohemia lo llama el *Pájaro Azul.* Él hace madrigales y coje violetas silvestres para Nini, su linda vecina.

Mas, el idilio candoroso y dulce es bruscamente interrumpido por la muerte de Nini.

LXIII

Garcínsonríe tristemente, se despide de sus amigos como en broma, pero con palabras misteriosas, y en seguida pone fin al idilio saltándose los sesos.

Así, pues, el epílogo de esta lucha trágica del genio con el destino, remata con el suicidio, heroica cobardía, sublime necedad! El oro y la ceguera humana lo combaten, la esperanza lo consuela, el amor lo levanta, pero, al fin, como el epicuriano Lucrecio, corta las amarras de la negra barca y se engolfa meditabundo en el piélago de la eternidad.

Aguardad, que hay algo aun más sombrío y más humano en esta galería *d'élite;* algo digno del lápiz de Goya. Se diría que es un episodio caído de la cartera de Víctor Hugo, algo como una página de los *Miserables* ó de los *Trabajadores del Mar*, suavizada por la pluma de d'Amicis.

—Mostradnos, pues, el pequeño prodigio.

—Ahí lo tenéis. Se intitula *El Fardo.* No es verdad que esa tela hace estremecer el alma? Es hermosamente sombría; tiene los sacudimientos de la tragedia y llena los ojos de lágrimas silenciosas.

Baja la tarde; á orillas del mar azul y pérfido, un viejo jornalero inválido cuenta la triste suerte de su hijo, uno de los hércules anónimos de nuestras playas. Él era el sustento del pobre rancho; él trabaja-

ba sin descanso al sol y al viento, á veces con el agua á la cintura, para llevar un mendrugo á su madre anciana, y para algo más.... para enriquecer á los ricos. Él se reía de la muerte y desafiaba el peligro, más un día la muerte lo cogió en su trampa horrible y lo aplastó.—Cómo?—Un fardo pesadísimo se balanceaba pendiente del brazo colosal de un pescante que lo alzaba sobre el abismo. De repente cruje la madera, las cadenas rechinan, estallan las gruesas cuerdas con estrépito, y aquella masa brutal cae y aplasta al hombre del trabajo como á un vil gusano!.... Sombría imagen del pueblo, víctima del fardo ajeno, y sufriendo siempre en silencio!

Lloráis?.... Pasemos á otra cosa....

Aire de primavera; olor á rosas: cuadro de amor, señoritas!....

El pintor lo llama, *Palomas blancas y garzas morenas*.... Yo le daría otro nombre....

—Cuál? Cuál?.... Veamos!

—*Claro de luna y rayo de sol.*

Nada más fresco ni más delicado, nada más humano ni más divinamente escrito.

Ese par de acuarelas entrelazadas en un medallón, y que se completan y armonizan: ese poema del primer amor sentido por un niño y expresado por un

hombre, por sí solo bastaría á formar una reputación literaria.

Qué!.... muchacha coqueta, con que te tapas los ojos para no ver, y atisbar á hurtadillas por entre los dedos!....

Eh! dejad á los clérigos del *Estandarte* la gloria de tejer fajas púdicas para la Venus de Milo, y buscar desvíos místicos para las sanas palpitaciones de la madre naturaleza!....

Lo bello, lo verdadero y lo bueno, son las tres hipostasis de la santa trinidad del arte, tres colores distintos producidos por un solo rayo de luz divina. Lo bello tiene que ser verdadero; no puede dejar de ser bueno.

Creeríais hacer buena obra condenando la verdad de esta belleza? Condenad entonces la naturaleza misma!

El cuadro del primer beso forma artísticamente la transición natural de los *Cuentos* al *Año lírico*, de la prosa elegante y cadenciosa á los versos de divina estirpe.

Pero, un momento más; echad aún un vistazo sobre estas otras pinturas. Aquí está la niña clorótica que se muere sin saber de qué, arrebatada por una hada benéfica al *palacio del Sol*, donde encuentra sus colores perdidos y recobra la alegría.

LXVI

Ved más allá aquellos pequeños gnomos fornidos, de luengas barbas grises, con el hacha al cinto y caperuzas encarnadas. Mundo fantástico, mundo alemán de Cobolt y Níquel, de gnomos que conocen el secreto de las montañas y saben en qué entraña de la tierra está escondido el tesoro de los Nibelungos. Agitado y revuelto hierve ese submundo de los pigmeos, porque el hombre, en su audacia creciente, ha osado sacar de sus crisoles el zafiro y los rubíes, que ellos custodian noche y día en sus yacimientos seculares. ¿Queréis saber la leyenda del rojo rubí, de ese brillante como el ojo sanguinolento de una divinidad infernal?—Escuchad al viejo gnomo; él os la va á contar. . . .

*

Nos provocan al pasar estas dos *panoplias*, como han dado nuestros pintores en llamar á las colecciones de esbozos y bocetos que encuadran en un mismo marco, ó en algún tablero acuartelado, á la manera de los viejos escudos de armas.

Ésta es El Álbum porteño; la otra, el Santiaguino.

Aquí tenéis á Ricardo en busca de impresiones y

panoramas sube á los cerros de este Valle del Paraíso, que no es paraíso ni es valle. Sigue una vía tortuosa de casas trepantes, escalonadas del pié del cerro á la cumbre, graciosas, alegres, pintorescas, unas como blancos palomares entre la verdura, otras como castillos aéreos asomados al abismo.

Mientras más se sube, como pasa en la vida, mayores horizontes se abarcan, más crece el cielo y más el mar. Y en las calles ascendentes del Cerro Alegre y en la estéril soledad del Camino de Cintura, Ricardo ve, medita, y escribe después, lo que pocos ven, menos meditan y ninguno ha escrito.

Veamos lo que él ha visto.

En el jardín de esa casita inglesa, ahí tenéis á Mary cogiendo flores de la mañana, rubia, aérea y fresca.... creación delicadísima hecha de una feliz pincelada y digna de tentar á un Fortuny. Luego, al lado de esa acuarela sonrosada y lila, un paisage chileno á lo Rugendas, representando al huaso de nuestros campos y su buey; gordo éste, resignado, paciente, y rumiando filosóficamente su pasto y su destino. Más allá, al rojizo resplandor de la fragua, los cíclopes de delantal de cuero, que forjan el hierro incandescente al compás de sus martillos.—Ah! acá tenéis la *Virgen de la Paloma*, creación murillesca, con su niño en los brazos. El bam-

bino agita las manecitas y las piernas rollizas, y muestra en sus movimientos "querer asir la blanca paloma, bajo la cúpula inmensa del cielo azul. . . ." Ahí teneis, en el rincón, en el último término, esa cabeza que asoma á medio bosquejar; bajo sus sienes artísticas se siente palpitar el pensamiento, y se ve algo como el aleteo de millares de mariposas prontas á derramarse por los aires. Es un autoretrato: está ahí al fin como una firma.

Recorramos ahora el *Album Santiagués;* más no creáis, extraviados por el nombre, que el artista fué en romería á Santiago de Compostela en busca de sus cuadros. No, nada de eso; se trata de nuestras vistas santiaguinas, de nuestra alameda de Santiago de Chile, con su sin par Cordillera de pórfidos abigarrados y de nieve, blanca á la mañana, rosicler á la tarde; con sus árboles, sus palacios, sus fuentes y sus estátuas; con sus filas interminables de lujosos carruajes charolados; con sus paseantes ajustados al último corte parisiense, y su exhibición dominguera de lindas mujeres ávidas de mirar y de ser miradas. Tras de esta vista de conjunto, aquel segundo cartón del *panneau* nos introduce al misterioso retrete de una dama santiaguina. Delante de su tocador ensaya un traje Pompadour á la manera de las marquesitas empolvadas

de Watteau, y ensaya al mismo tiempo las armas de su gracia conquistadora. Va al baile de fantasía.... Estará irresistible....

Aquí tenéis una *naturaleza muerta;* allá un estudio al carbón, una dama misteriosa con el manto á los ojos; orando en la penumbra del templo; más allá un risueño paisaje de la Quinta Normal, con sauce confidente, y á su amparo una feliz pareja,—acaso una cita!—y luego, un capricho de luz, un rayo de luna que resbala sobre la frente pálida del soñador incorregible y va á perderse en la bruma nocturna.

Tal es el *Azul* á vuelo de pájaro.

X.

Estoy cansado; sentémonos un momento.

¿Cuál creéis que es la prenda más sobresaliente del autor de estos cuentos?

—Su inspiración!....

—Su fantasía!....

—Su originalidad!....

—Su elegancia!....

—Eh! me refiero á otra cosa.

Rubén Darío tiene el don de la armonía bajo todas sus formas. Ya es la armonía imitativa, que nace como sabéis, de la acertada combinación de las palabras, cual aquella "agua glauca y oscura que chapoteaba musicalmente bajo el viejo muelle", y "el raso y el moaré que con su roce ríen".... Cito de memoria, por no darme el trabajo de la elección donde á cada paso brotan expontáneas las preciosas onomatopeyas.

Fuera de la armonía imitativa hay aquí en grado supremo, aquella otra, que convierte la lengua en una flauta suave y sonora; y hay la gran armonía, la más artística de todas, la que consiste en el perfecto acuerdo entre la idea y su expresión, de manera que parezcan ambas nacidas á la par y la una para la otra.

Agregad á estas tres faces de la armonía, las melodías del lenguaje sometido á la ley del metro y del ritmo, y sabréis en qué nuestro poeta es maestro como pocos. El don de la armonía es uno de los secretos que tiene para encantarnos.

XI.

En el *Año lírico* hay pocas pero escogidas composiciones.

Nada más delicado que su canto de Primavera; nada más espléndido que su *Estival*.

En la *Prímaveral*, suelto y gracioso romance que huele á rosas, es notable la armonía entre el tema desarrollado y las imágenes, figuras, tropos, epítetos y combinaciones de sonidos que se emplean. Corre por toda la composición un aire fresco y embalsamado de primavera y juventud, que alegra el alma y templa los nervios, como si realmente nos halláramos en la estación florida de los primeros amores.

Pocas, muy pocas composiciones del género ha producido la musa juvenil de América que á esta se igualen.

Yo, apenas si retocaría un solo verso para dar mejor colocación á los acentos, y diría:

Dame que aprieten mis manos
las tuyas de rosa y seda,
y rie y muestren tus lábios
su húmeda púrpura fresca.

Así, este octosílabo dactílico llevaría sus acentos, como es debido, en las sílabas 1ª, 4ª y 7ª.

Tras de los toques de aroma y color campestres, propios de la savia que sube, y las yemas que revien-

tan, y los botones que se abren, y del amor que jermina en nidos y corazones; tras del dulce reclamo á la amada, propio del mes de flores y de un alma de poeta, viene aquel final espléndido de perfil griego, que hace rematar tan elegante composición en una anacreóntica perfecta.

Oh, y la Estival! Qué nervio y qué estro! Qué admirable talento pictórico!.... No trepido en afirmar que este es uno de los más bellos trozos descriptivos del Parnaso Castellano.

El estío está simbolizado en los amores de dos tigres de Bengala. La real hembra aparece sola en escena "con su lustrosa piel manchada á trechos." Una sensación extraña la agita....

Salta de los repechos
de un ribazo, al tupido
carrizal de un bambú; luego, á la roca
que se yergue á la entrada de su gruta.
Allí lanza un rugido,
se agita como loca,
y eriza de placer su piel hirsuta.

La fiera virgen ama.
Es el mes del ardor. Parece el suelo

rescoldo; y en el cielo
el sol inmensa llama.
. . . . . .
Siéntense vahos de horno,
y la selva africana
en alas del bochorno
lanza bajo el sereno
cielo, un soplo de sí. La tigre ufana
respira á pulmón lleno,
y al verse hermosa, altiva, soberana,
le late el corazón, se le hincha el seno.

Esta es la introducción, este el medio ambiente encendido en que la escena va á tener lugar.

Las coqueterías felinas de aquella fiera que ensaya las uñas de marfil en la roca, que se lame y repule, que agita nerviosa el inquieto felpudo rabo, que husmea, busca, va.... y exhala como un suspiro salvaje, no son por cierto perdidas. Sus efluvios vuelan, y luego,

un rugido callado
escuchó. Con presteza
volvió la vista de uno y otro lado.
Y chispeó su ojo verde y dilatado

cuando miró de un tigre la cabeza
surgir sobre la cima de un collado.
El tigre se acercaba.
Era muy bello.
Gigantesca la talla, el pelo fino,
apretado el hijar, robusto el cuello.
. . . . . .
Al caminar se vía
su cuerpo ondear con garbo y bizarría.
Se miraban los músculos hinchados
debajo de la piel. Y se diría,
ser aquella alimaña
un rudo gladiador de la montaña.
. . . . . .

Pero á este paso tendría que citarlo todo. Leedlo, leedlo, y encontraréis razón á mi entusiasmo. La pintura del tigre á la manera de Leconte de l'Isle, como lo es el encuentro de las fieras, y la llegada inesperada del príncipe de Gales que va de caza. Detiénese al ver aquellas fieras temibles que se acarician sin sentir lo que pasa á su lado; avanza, apunta, hace fuego y al estruendo

El tigre sale huyendo
Y la hembra queda, el vientre desgarrado.

Oh! va á morir.... pero antes, débil, yerta,
chorreando sangre por la herida abierta,
con ojo dolorido
miró á aquel cazador; lanzó un gemido
como un ay! de mujer....y cayó muerta.

Aquí cierra naturalmente el cuadro, y siempre nos parecerá pegadizo el trozo final.

Por la propiedad quisiéramos que la escena pasara en la India, cuna de tigres bengaleses, y soto de caza de los príncipes de Inglaterra, y no en la selva africana, elegida por error. Por la misma razón suprimiríamos aquel kanguro, que salta huyendo por el ramaje *oscuro*, llevado á tierra de tigres reales por la sola atracción del consonante.

Pero, estos son lunares fáciles de remediar, y en nada amenguan el mérito de la obra.

Los cantos que Darío consagra al Otoño y al Invierno están cuajados de bellezas como nuestro cielo austral de estrellas. Renuncio á contarlas.

El *Pensamiento* de Armand Silvestre es á las otras composiciones lo que la hoja á los pétalos, y *Anaghe* es la oda más delicada y bella á la Paloma que pueda darse, deslucidapor un final desgraciado, que debe suprimirse sin vacilar.

Si el autor quiere después del canto de felicidad completar su idea, si quiere pintarnos la desgracia acechando al que sonríe, si quiere encarnar en el gavilán devorando á la paloma la imagen de la *fatalidad* (que es lo que *anagke* significa,) maneje de otra manera su conclusión.

A él no le es lícito dejar de ser artista, ni un solo momento.

Anagke comienza así:

Y dijo la paloma:
Yo soy feliz. Bajo el inmenso cielo,
en el árbol en flor, junto á la poma
llena de miel, junto al retoño suave
y húmedo por las gotas de rocío,
tengo mi hogar. . . .
. . . . . .
Soy feliz! porque es mía la floresta,
donde el misterio de los nidos se halla;
porque el alba es mi fiesta
y el amor mi ejercicio y mi batalla.
Feliz, porque de dulces ansias llena
calentar mis polluelos es mi orgullo;
porque en las selvas vírgenes resuena
la música celeste de mi arrullo.

LXXVII

Porque no hay una rosa que no me ame,
ni pájaro gentil que no me escuche,
ni garrido cantor que no me llame.
—Sí? dijo entonce un gavilán infame.
Y con furor se la metió en el buche.

Este último es un verso plebeyo que desdice de los demás, tan donosos y bien nacidos. Al menos, me hace mal efecto. Pero, lo que sí debo confesar que encuentro inadmisible bajo todo punto de vista, es el siguiente desgraciadísimo final, que puede y debe suprimirse, por innecesario á la obra, por antiartístico y por blasfemo:

Sí; notadlo bien, señorita, yo, libre-pensador, yo, á quien sin conocer llaman *ateo* las buenas monjas de *Dos Corazones*, no acepto estas intemperancias dañinas al arte.

Continúa el poeta:

Entónces el buen Dios allá en su trono,
(mientras Satán, para distraer su encono
aplaudía á aquel pájaro zahareño,)—
se puso á meditar. Arrugó el ceño,
y pensó, al recorrer sus vastos planes,
y recorrer sus puntos y sus comas,

que cuando crió palomas
no debía haber criado gavilanes.

Apropósito de esto, me permitís, amigas mías, una última digresión ántes de despedirnos? –Sea!

Habéis de saber que don Alfonso el Sabio, rey muy dado á la astronomía, como que escribió las *Tablas Alfonsies* que de los astros tratan, ofuscado por los errores á que lo indujo el sistema de Tolomeo, culpaba al Creador de los desórdenes é incongruencias que creía encontrar en el mecanismo del universo. La crítica que el buen rey creía hacer al Autor de los cielos, en realidad la hacía á Tolomeo, á quien él seguía, como á los árabes sus maestros. Así quienes lo culpan del aparente desorden moral é injusticias de esta baja tierra, lo que en realidad condenan es su propia, falsa concepción de las cosas.

No sabemos explicarnos por qué el halcón devora á la paloma, y nuestra ignorancia se retuerce contra el Creador del cielo y de la tierra, origen de la justicia y fuente de todo bien.

Admiremos la obra amemos á su Autor. Sin eso no hay arte. Lo bello, lo verdadero, lo bueno, brotan del seno de la naturaleza, como la luz, el calor y la vida brotan del sol. *L'art c'est l'azur.*

Sois poetas? amais el arte?— donde hallaréis mejor modelo ni mejor maestro que en esa santa, y buena y sabia naturaleza, siempre bella, siempre riente, siempre productora, siempre virgen y madre, de cuyo seno nace el arte griego, como Venus de las espumas, como Minerva del cerebro de Jove?

Buscad en la naturaleza el secreto de la poesía. Ella os dará los elementos inertes y los elementos vivos de los afectos. Ella es cielo, aire y tierra; ella es hombre y mujer, luz y amor, ciencia y virtud, color y armonía.... escala misteriosa que remata en Dios.

Por favor, lindas lectoras, suprimid ese degraciado final. Si el autor no lo hace, suprimidlo por él, en prueba de cariño y de agradecimiento por el goce estético que os habrá producido la lectura de tan lindo libro; por los ensueños que os habrá producido la contemplación del precioso cofre artístico que lleva grabado en la tapa como un misterio la palabra Azul..... y guarda dentro las joyas régias del *Año lírico*.

Y decidme ahora, corazones sensibles, capaces de sentir las nobles emociones del arte, ¿no es verdad que el autor de este pequeño libro es un gran poeta?

La envidia se pondrá pálida: Nicaragua se encogerá de hombros, que nadie es profeta en su tierra; pero, el porvenir triunfante se encargará de coronarlo.

Vosotras que me creeis, porque sabéis sentir y presentir, saludad al poeta á su paso, como las vírgenes Sulamitas á David el cantor, y no temáis engañaros, que él lleva consigo las tres palabras de pase para el templo de la inmortalidad:

Eros—Lumen—Numen.

E. DE LA BARRA.

C. E. de la Real Academia Española.

CUENTOS EN PROSA

EL REY BURGUÉS

CUENTO ALEGRE

¡Amigo! el cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Un cuento alegre.... así como para distraer las brumosas y grises melancolías, hélo aquí:

* * *

Había en una ciudad inmensa y brillante un rey muy poderoso, que tenía trajes caprichosos y ricos, esclavas desnudas, blancas y negras, caballos de largas crines, armas flamantísimas, galgos rápidos y mon-

teros con cuernos de bronce, que llenaban el viento con sus fanfarrias. ¿Era un rey poeta? No, amigo mío: era el Rey Burgués.

* * *

Era muy aficionado á las artes el soberano, y favorecía con gran largueza á sus músicos, á sus hacedores de ditirambos, pintores, escultores, boticarios, barberos y maestros de esgrima.

Cuando iba á la floresta, junto al corzo ó jabalí herido y sangriento, hacía improvisar á sus profesores de retórica, canciones alusivas; los criados llenaban las copas del vino de oro que hierve, y las mujeres batían palmas con movimientos rítmicos y gallardos. Era un rey sol, en su Babilonia llena de músicas, de carcajadas y de ruido de festín. Cuando se hastiaba de la ciudad bulliente, iba de caza atronando el bosque con sus tropeles; y hacía salir de sus nidos á las aves asustadas, y el vocerío repercutía en lo más escondido de las cavernas. Los perros de patas elásticas iban rompiendo la maleza en la carrera, y los cazadores inclinados sobre el pescuezo de los caballos,

hacían ondear los mantos purpúreos y llevaban las caras encendidas y las cabelleras al viento.

* * *

El rey tenía un palacio soberbio donde había acumulado riquezas y objetos de arte maravillosos. Llegaba á él por entre grupos de lilas y extensos estanques, siendo saludado por los cisnes de cuellos blancos, antes que por los lacayos estirados. Buen gusto. Subía por una escalera llena de columnas de alabastro y de esmaragdina, que tenía á los lados leones de mármol, como los de los tronos salomónicos. Refinamiento. A mas de los cisnes, tenía una vasta pajarera, como amante de la armonía, del arrullo, del trino; y cerca de ella iba á ensanchar su espíritu, leyendo novelas de M. Ohnet, ó bellos libros sobre cuestiones gramaticales, ó críticas hermosillescas. Eso sí: defensor acérrimo de la corrección académica en letras, y del modo lamido en artes; alma sublime amante de la lija y de la ortografía.

* * *

¡Japonerías! ¡Chinerías! por lujo y nada más. Bien podía darse el placer de un salón digno del gusto de un Goncourt y de los millones de un Creso: quimeras de bronce con las fauces abiertas y las colas enroscadas, en grupos fantásticos y maravillosos; lacas de Kioto con incrustaciones de hojas y ramas de una flora monstruosa, y animales de una fauna desconocida; mariposas de raros abanicos junto á las paredes; peces y gallos de colores; máscaras de jestos infernales y con ojos como si fuesen vivos; partesanas de hojas antiquísimas y empuñaduras con dragones devorando flores de loto; y en conchas de huevo, túnicas de seda amarilla, como tejidas con hilos de araña, sembradas de garzas rojas y de verdes matas de arroz; y tibores, porcelanas de muchos siglos, de aquellas en que hay guerreros tártaros con una piel que les cubre hasta los riñones, y que llevan arcos estirados y manojos de flechas.

Por lo demás, había el salón griego, lleno de mármoles: diosas, musas, ninfas y sátiros; el salón de los tiempos galantes, con cuadros del gran Watteau y de Chardin; dos, tres, cuatro, ¿cuántos salones?

Y Mecenas se paseaba por todos, con la cara inundada de cierta majestad, el vientre feliz y la corona en la cabeza, como un rey de naipe.

* * *

Un día le llevaron una rara especie de hombre ante su trono, donde se hallaba rodeado de cortesanos, de retóricos y de maestros de equitación y de baile.

—¿Qué es eso? preguntó.

Señor, es un poeta.

El rey tenía cisnes en el estanque, canarios, gorriones, senzontes en la pajarera: un poeta era algo nuevo y estraño. Dejadle aquí.

Y el poeta:

Señor, no he comido.

Y el rey:

Habla y comerás.

Comenzó:

* * *

—Señor, ha tiempo que yo canto el verbo del porvenir. He tendido mis alas al huracán, he nacido en el tiempo de la aurora: busco la raza escojida que de-

be esperar con el himno en la boca y la lira en la mano, la salida del gran sol. He abandonado la inspiración de la ciudad malsana, la alcoba llena de perfumes, la musa de carne que llena el alma de pequeñez y el rostro de polvos de arroz. He roto el arpa adulona de las cuerdas débiles, contra las copas de Bohemia y las jarras donde espumea el vino que embriaga sin dar fortaleza; he arrojado el manto que me hacía parecer histrión, ó mujer, y he vestido de modo salvaje y espléndido: mi harapo es de púrpura. He ido á la selva, donde he quedado vigoroso y ahito de leche fecunda y licor de nueva vida; y en la ribera del mar áspero, sacudiendo la cabeza bajo la fuerte y negra tempestad, como un ángel soberbio, ó como un semi-dios olímpico, he ensayado el yambo dando al olvido el madrigal.

He acariciado á la gran naturaleza, y he buscado al calor del ideal, el verso que está en el astro en el fondo del cielo, y el que está en la perla en lo profundo del océano. He querido ser pujante! Porque viene el tiempo de las grandes revoluciones, con un Mesías todo luz, todo agitación y potencia, y es preciso recibir su espíritu con el poema que sea arco triunfal, de estrofas de acero, de estrofas de oro, de estrofas de amor.

Señor, el arte no está en los fríos envoltorios de mármol, ni en los cuadros lamidos, ni en el excelente señor Ohnet! Señor! el arte no viste pantalones, ni habla en burgués, ni pone los puntos en todas las íes. Él es augusto, tiene mantos de oro, ó de llamas, ó anda desnudo, y amasa la greda con fiebre, y pinta con luz, y es opulento, y da golpes de ala como las águilas, ó zarpazos como los leones. Señor, entre un Apolo y un ganso, preferid el Apolo, aunque el uno sea de tierra cocida y el otro de marfil.

¡Oh, la poesía!

Y bien! Los ritmos se prostituyen, se cantan los lunares de las mujeres, y se fabrican jarabes poéticos. Además, señor, el zapatero critica mis endecasílabos, y el señor profesor de farmacia pone puntos y comas á mi inspiración. Señor, ¡y vos lo autorizais todo esto! . . . . El ideal, el ideal . . . .

El rey interrumpió:

Ya habéis oído. ¿Que hacer?

Y un filósofo al uso:

Si lo permitís, señor, puede ganarse la comida con una caja de música; podemos colocarle en el jardín, cerca de los cisnes, para cuando os paseéis.

—Sí,—dijo el rey,—y dirigiéndose al poeta:—Daréis vueltas á un manubrio. Cerraréis la boca. Haréis

sonar una caja de música que toca valses, cuadrillas y galopas, como no prefiráis moriros de hambre. Pieza de música por pedazo de pan. Nada de jerigonzas, ni de ideales. Id.

Y desde aquel día pudo verse á la orilla del estanque de los cisnes, al poeta hambriento que daba vueltas al manubrio: tiririrín, tiririrín.... avergonzado á las miradas del gran sol! Pasaba el rey por las cercanías? Tiririrín, tiririrín....! Había que llenar el estómago? Tiririrín! Todo entre las burlas de los pájaros libres que llegaban á beber rocío en las lilas floridas; entre el zumbido de las abejas, que le picaban el rostro y le llenaban los ojos de lágrimas.... lágrimas amargas que rodaban por sus mejillas y que caían á la tierra negra!

Y llegó el invierno, y el pobre sintió frío en el cuerpo y en el alma. Y su cerebro estaba como petrificado, y los grandes himnos estaban en el olvido, y el poeta de la montaña coronada de águilas, no era sino un pobre diablo que daba vueltas al manubrio, tiririrín!

Y cuando cayó la nieve se olvidaron de él, el rey y sus vasallos; á los pájaros se les abrigó, y á él se le dejó al aire glacial que le mordía las carnes y le azotaba el rostro.

Y una noche en que caía de lo alto la lluvia blanca de plumillas cristalizadas, en el palacio había festín, y la luz de las arañas reía alegre sobre los mármoles, sobre el oro y sobre las túnicas de los mandarines de las viejas porcelanas. Y se aplaudían hasta la locura los brindis del señor profesor de retórica, cuajados dáctilos, de anapestos y de pirriquios, mientras en las copas cristalinas hervía el champaña con su burbujeo luminoso y fugaz. Noche de invierno, noche de fiesta! Y el infeliz cubierto de nieve, cerca del estanque, daba vueltas al manubrio para calentarse, tembloroso y aterido, insultado por el cierzo, bajo la blancura implacable y helada, en la noche sombría, haciendo resonar entre los árboles sin hojas la música loca de las galopas y cuadrillas; y se quedó muerto.... pensando en que nacería el sol del día venidero, y con él el ideal.... y en que el arte no vestiría pantalones sino manto de llamas, ó de oro.... Hasta que al día siguiente, lo hallaron el rey y sus cortesanos, al pobre diablo de poeta, como gorrión que mata el hielo, con una sonrisa amarga en los labios, y todavía con la mano en el manubrio.

* * *

Oh, mi amigo! el cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Flotan brumosas y grises melancolías....

Pero cuánto calienta el alma una frase, un apretón de manos á tiempo! Hasta la vista!

LA NINFA

CUENTO PARISIENSE

En el castillo que últimamente acaba de adquirir Lesbia, esta actriz caprichosa y endiablada que tanto ha dado que decir al mundo por sus extravagancias, nos hallábamos á la mesa hasta seis amigos. Presidía nuestra Aspasia, quien á la sazón se entretenía en chupar como niña golosa, un terrón de azúcar húmedo, blanco entre las yemas sonrosadas. Era la hora del chartreuse. Se veía en los cristales de la mesa como una disolución de piedras preciosas, y la luz de los candelabros se descomponía en las copas medio vacías, donde quedaba algo de la púrpura del borgoña, del oro hirviente del champaña, de las líquidas esmeraldas de la menta.

Se hablaba con el entusiasmo de artistas de buena pasta, tras una buena comida. Éramos todos artistas, quien más, quien menos, y aun había un sabio obeso que ostentaba en la albura de una pechera inmaculada, el gran nudo de una corbata monstruosa.

Alguien dijo:—Ah, sí, Fremiet! —Y de Fremiet se pasó á sus animales, á su cincel maestro, á dos perros de bronce que, cerca de nosotros, uno buscaba la pista de la pieza, y otro como mirando al cazador, alzaba el pescuezo y arbolaba la delgadez de su cola tiesa y erecta. Quién habló de Mirón? El sabio, que recitó en griego el epigrama de Anacreonte: Pastor lleva á pastar más lejos tu boyada, no sea que creyendo que respira la vaca de Mirón, la quieras llevar contigo.

Lesbia acabó de chupar su azúcar, y con una carcajada argentina:

—Bah! Para mí, los sátiros. Yo quisiera dar vida á mis bronces, y si ésto fuese posible, mi amante sería uno de esos velludos semi-dioses. Os advierto que más que á los sátiros adoro á los centauros; y que me dejaría robar por uno de esos monstruos robustos, sólo por oír las quejas del engañado, que tocaría su flauta lleno de tristeza.

El sabio interrumpió:

—Bien! los sátiros y los faunos, los hipocentáuros y las sirenas, han existido, como las salamandras y el ave Fénix.

Todos reímos; pero entre el coro de carcajadas, se oía irresistible, encantadora, la de Lesbia, cuyo rostro encendido, de mujer hermosa, estaba como resplandeciente de placer.

* * *

—Sí,—continúo el sabio—con qué derecho negamos los modernos, hechos que afirman los antiguos? El perro jigantesco que vió Alejandro, alto como un hombre, es tan real, como la araña Kraken que vive en el fondo de los mares. San Antonio Abad, de edad de noventa años fué en busca del viejo ermitaño Pablo que vivía en una cueva. Lesbia, no te rías. Iba el santo por el yermo, apoyado en su báculo, sin saber dónde encontrar á quien buscaba. A mucho andar, sabéis quién le dió las señas del camino que debía seguir? Un centáuro, medio hombre y medio caballo—dice un autor—hablaba como enojado; huyó tan velozmente, que presto le perdió de vista el santo; así iba galopando el monstruo, cabellos al aire y vientre á tierra.

En ese mismo viaje, San Antonio vió un sátiro "hombrecillo de extraña figura, estaba junto á un arroyuelo, tenía las narices corvas, frente áspera y arrugada, y la última parte de su contrahecho cuerpo remataba con pies de cabra."

—Ni más ni menos—dijo Lesbia—M. de Cocureau, futuro miembro del Instituto!

Siguió el sabio:

—Afirma San Jerónimo, que en tiempo de Constantino Magno se condujo á Alejandría un sátiro vivo, siendo conservado su cuerpo cuando murió.

Además, vióle el emperador en Antioquía.

Lesbia había vuelto á llenar su copa de menta, y humedecía la lengua en el licor verde como lo haría un animal felino.

—Dice Alberto Magno, que en su tiempo cogieron á dos sátiros en los montes de Sajonia. Enrico Zormano asegura que en tierras de Tartaria había hombres con solo un pié, y solo un brazo en el pecho. Vincencio vió en su época un monstruo que trajeron al rey de Francia; tenía cabeza de perro: (Lesbia reía) los muslos, brazos y manos tan sin vello como los muestros; (Lesbia se agitaba como una chicuela á quien hiciesen cosquillas) comía carne cocida y bebía vino con todas ganas.

—Colombine! gritó Lesbia—Y llegó Colombine, una falderilla que parecía un copo de algodón. Tomóla su ama, y entre las explosiones de risa de todos:

—Toma, el mónstruo que tenía tu cara!

Y le dió un beso en la boca, mientras el animal se extremecía é inflamaba las naricitas como lleno de voluptuosidad.

—Y Filegón Traliano—concluyó el sabio elegantemente—afirma la existencia de dos clases de hipocentauros: una de ellas como elefantes. Además....

—Basta de sabiduría—dijo Lesbia. Y acabó de beber menta.

Yo estaba feliz. No había desplegado mis labios.—Oh—exclamé—para mí, las ninfas! Yo desearía contemplar esas desnudeces de los bosques y de las fuentes, aunque como Acteón, fuese despedazado por los perros. Pero las ninfas no existen.

Concluyó aquel concierto alegre, con una gran fuga de risas, y de personas.

Y qué! me dijo Lesbia—quemándome con sus ojos de fauna y con voz callada como para que solo yo la oyera—las ninfas existen, tú las verás!

* * *

Era un día primaveral. Yo vagaba por el parque del castillo, con el aire de un soñador empedernido. Los gorriones chillaban sobre las lilas nuevas, y atacaban á los escarabajos que se defendían de los picotazos con sus corazas de esmeralda, con sus petos de oro y acero. En las rosas el carmín, el bermellón, la onda penetrante de perfumes dulces: más allá las violetas, en grandes grupos, con su color apacible y su olor á virgen. Después, los altos árboles, los ramajes tupidos llenos de mil abejeos, las estátuas en la penumbra, los discóbolos de bronce, los gladiadores musculosos en sus soberbias posturas gímnicas, las glorietas perfumadas cubiertas de enredaderas, los pórticos, bellas imitaciones jónicas, cariátides todas blancas y lascivas, y vigorosos telamones del orden atlántico, con anchas espaldas y muslos jigantescos. Vagaba por el laberinto de tales encantos cuando oí un ruido, allá en lo oscuro de la arboleda, en el estanque donde hay cisnes blancos como cincelados en alabastro, y otros que tienen la mitad del cuello del color del ébano, como una pierna alba con media negra.

Llegué más cerca. Soñaba? Oh Numa! Yo sentí lo que tú, cuando viste en su gruta por primera vez á Egeria.

Estaba en el centro del estanque, entre la inquietud de los cisnes espantados, una ninfa, una verdadera ninfa, que hundía su carne de rosa en el agua cristalina. La cadera á flor de espuma parecía á veces como dorada por la luz opaca que alcanzaba á llegar por las brechas de las hojas. Ah! yo ví lirios, rosas, nieve, oro: ví un ideal con vida y forma y oí entre el burbujeo sonoro de la linfa herida, como una risa burlesca y armoniosa, que me encendía la sangre.

De pronto huyó la visión, surgió la ninfa del estanque, semejante á Citerea en su onda, y recogiendo sus cabellos que goteaban brillantes, corrió por los rosales, tras las lilas y violetas, más allá de los tupidos arbolares, hasta perderse, ay, por un recodo; y quedé yo, poeta lírico, fauno burlado, viendo á las grandes aves alabastrinas como mofándose de mí, tendiéndome sus largos cuellos en cuyo extremo brillaba bruñida el ágota de sus picos.

* * *

Después, almorzábamos juntos aquellos amigos de la noche pasada, entre todos, triunfante, con su pechera y su gran corbata oscura, el sabio obeso, futuro miembro del Instituto.

Y de repente, mientras todos charlaban de la última obra de Fremiet en el salón, exclamó Lesbia con su alegre voz parisiense:

Té! como dice Tartarín: ¡el poeta ha visto ninfas! .... —La contemplaron todos asombrados, y élla me miraba, me miraba como una gata, y se reía, como una chiquilla á quien se le hiciesen cosquillas.

PALOMAS BLANCAS

Y GARZAS MORENAS

Mi prima Inés era rubia como una alemana. Fuímos criados juntos, desde muy niños, en casa de la buena abuelita que nos amaba mucho y nos hacía vernos como hermanos, vigilándonos cuidadosamente, viendo que no riñésemos. Adorable, la viejecita, con sus trajes á grandes flores, y sus cabellos crespos y recogidos, como una vieja marquesa de Boucher!

* * *

Inés era un poco mayor que yo. No obstante, yo

aprendí á leer antes que ella; y comprendía —lo recuerdo muy bien—lo que ella recitaba de memoria, maquinalmente, en una pastorela, donde bailaba y cantaba delante del niño Jesús, la hermosa María y el señor San José: todo con el gozo de las sencillas personas mayores de la familia, que reían con risa de miel, alabando el talento de la actrizuela.

Inés creería. Yo también; pero no tanto como ella. Yo debía entrar á un colegio, en internado terrible y triste, á dedicarme á los áridos estudios del bachillerato, á comer los platos clásicos de los estudiantes, á no ver el mundo—¡mi mundo de mozo!—y mi casa, mi abuela, mi prima, mi gato,—un excelente romano que se restregaba cariñosamente en mis piernas y me llenaba los trajes negros de pelos blancos.

Partí.

Allá en el colegio mi adolescencia se despertó por completo. Mi voz tomó timbres aflautados y roncos; llegué al período ridículo del niño que pasa á joven. Entonces, por un fenómeno especial, en vez de preocuparme de mi profesor de matemáticas, que no logró nunca hacer que yo comprendiese el binomio de Newton, pensé —todavía vaga y misteriosamente—en mi prima Inés.

Luego tuve revelaciones profundas. Supe muchas

cosas. Entre ellas, que los besos eran un placer exquisito.

Tiempo.

Leí *Pablo y Virginia*. Llegó un fin de año escolar, y salí en vacaciones, rápido como una saeta, camino de mi casa. Libertad!

* * *

Mi prima.—pero, Dios santo, en tan poco tiempo! —se había hecho una mujer completa. Yo delante de ella me hallaba como avergonzado, un tanto serio. Cuando me dirigía la palabra, me ponía á sonreirle con una sonrisa simple.

Ya tenía quince años y medio Inés. La cabellera, dorada y luminosa al sol, era un tesoro. Blanca y levemente amapolada, su cara era una creación murillesca, si veía de frente. A veces, contemplando su perfil, pensaba en una soberbia medalla siracusana, en un rostro de princesa. El traje, corto antes, había descendido. El seno, firme y esponjado, era un ensueño oculto y supremo; la voz clara y vibrante, las pupilas azules, inefables; la boca llena de fragancia de vida y de color de púrpura. Sana y virginal primavera!

La abuelita me recibió con los brazos abiertos. Inés se negó á abrazarme, me tendió la mano. Después no me atreví á invitarla á los juegos de antes. Me sentía tímido. Y qué! ella debía sentir algo de lo que yo. Yo amaba á mi prima!

Inés, los domingos iba con la abuela á misa, muy de mañana.

Mi dormitorio estaba vecino al de ellas. Cuando cantaban los campanarios su sonora llamada matinal, ya estaba yo despierto.

Oía, oreja atenta, el ruido de las ropas. Por la puerta entreabierta veía salir la pareja que hablaba en voz alta. Cerca de mí pasaba el frufrú de las polleras antiguas de mi abuela y del traje de Inés, coqueto, ajustado, para mí siempre revelador.

Oh, Eros!

* * *

—Inés....

—....?

Y estábamos solos, á la luz de una luna argentina, dulce, una bella luna de aquellas del país de Nicaragua!

La dije todo lo que sentía, suplicante, balbuciente, echando las palabras, ya rápidas, ya contenidas, febril, temeroso. Sí! se lo dije todo: las agitaciones sordas y extrañas que en mí experimentaba cerca de ella, el amor, el ansia, los tristes insomnios del deseo, mis ideas fijas en ella allá en mis meditaciones del colegio; y repetía como una oración sagrada la gran palabra: el amor! Oh, ella debía recibir gozosa mi adoración. Creceríamos más. Seríamos marido y mujer....

Esperé.

La pálida claridad celeste nos iluminaba. El ambiente nos llevaba perfumes tibios que á mí se me imaginaban propicios para los fogosos amores. Cabellos áureos, ojos paradisíacos, labios encendidos y entreabiertos!

De repente, y con un mohín:

—Vé! la tontería....

Y corrió, como una gata alegre adonde se hallaba la buena abuela, rezando á la callada sus rosarios y responsorios.

Con risa descocada de educanda maliciosa, con aire de locuela:

—Eh, abuelita! ya me dijo....

Ellas, pues, ya sabían que yo debía "decir!"

Con su reír interrumpía el rezo de la anciana que se quedó pensativa acariciando las cuentas de su camándula. Y yo que todo lo veía, á la husma, de lejos, lloraba, sí, lloraba lágrimas amargas, las primeras de mis desengaños de hombre!

* * *

Los cambios fisiológicos que en mí se sucedían y las agitaciones de mi espíritu, me conmovían hondamente. Dios mío! Soñador, un pequeño poeta como me creía, al comenzarme el bozo, sentía llenos de ilusiones la cabeza, de versos los labios, y mi alma y mi cuerpo de púber tenían sed de amor. Cuándo llegaría el momento soberano en que alumbraría una celeste mirada el fondo de mi ser, y aquel en que se rasgaría el velo del enigma atrayente?

Un día, á pleno sol, Inés estaba en el jardín regando trigo, entre los arbustos y las flores, á las que llamaba sus amigas: unas palomas albas, arrulladoras, con sus buches níveos y amorosamente musicales. Llevaba un traje —siempre que con ella he soñado la he

visto con el mismo—gris, azulado, de anchas mangas, que dejaban ver casi por entero los satinados brazos alabastrinos, los cabellos los tenía recogidos y húmedos, y el vello alborotado de su nuca blanca y rosa, era para mí como luz crespa. Las aves andaban á su alrededor curucuqueando, é imprimían en el suelo oscuro la estrella acarminada de sus patas.

Hacía calor. Yo estaba oculto tras los ramajes de unos jasmineros. La devoraba con los ojos. Por fin se acercó por mi escondite, la prima gentil! Me vió trémulo, enrojecida la faz, en mis ojos una llama viva y rara y acariciante, y se puso á reir cruelmente, terriblemente. Y bien! Oh, aquello no era posible. Me lancé con rapidez frente á ella. Audaz, formidable debía de estar, cuando ella retrocedió como asustada, un paso.

—Te amo!

Entonces tornó á reir. Una paloma voló á uno de sus brazos. Ella la mimó dándole granos de trigo entre las perlas de su boca fresca y sensual. Me acerqué más. Mi rostro estaba junto al suyo. Los cándidos animales nos rodeaban. Me turbaba el cerebro una onda invisible y fuerte de aroma femenil. Se me antojaba Inés una paloma hermosa y humana, blanca y sublime; y al propio tiempo llena de fuego, de ardor,

un tesoro de dichas! No dije más. La tomé la cabeza y la dí un beso, en una mejilla, un beso rápido, quemante de pasión furiosa. Ella un tanto enojada, salió en fuga. Las palomas se asustaron y alzaron el vuelo, formando un opaco ruido de alas sobre los arbustos temblorosos. Yo abrumado, quedé inmóvil.

* * *

Al poco tiempo partía á otra ciudad. La paloma blanca y rubia no había, ay! mostrado á mis ojos el soñado paraíso del misterioso deleite.

* * *

Musa adiente y sacra para mi alma, el día había de llegar! Elena, la graciosa, la alegre, ella fué el nuevo amor. Bendita sea aquella boca, que murmuró por primera vez cerca de mí las inefables palabras!

Era allá, en una ciudad que está á la orilla de un lago de mi tierra, un lago encantador, lleno de islas floridas, con pájaros de colores.

Los dos solos estábamos cogidos de las manos, sentados en el viejo muelle, debajo del cual el agua glauca y oscura chapoteaba musicalmente. Había un crepúsculo acariciador, de aquellos que son la delicia de los enamorados tropicales. En el cielo opalino se veía una diafanidad apacible que disminuía hasta cambiarse en tonos de violeta oscuro, por la parte del oriente, y aumentaba convirtiéndose en oro sonrosado en el horizonte profundo, donde vibraban oblícuos, rojos y desfallecientes los últimos rayos solares. Arrastrada por el deseo, me miraba la adorada mía y nuestros ojos se decían cosas ardorosas y extrañas. En el fondo de nuestras almas cantaban un unísono embriagador como dos invisibles y divinas filomelas.

Yo extasiado veía á la mujer tierna y ardiente; con su cabellera castaña que acariciaba con mis manos, su rostro color de canela y rosa, su boca cleopatrina, su cuerpo gallardo y virginal; y oía su voz queda muy queda, que me decía frases cariñosas, tan bajo, como que solo eran para mí, temerosa quizás de que se las llevase el viento vespertino. Fija en mí, me inundaban de felicidad sus ojos de Minerva, ojos ver-

des, ojos que deben siempre gustar á los poetas. Luego, erraban nuestras miradas por el lago, todavía lleno de vaga claridad. Cerca de la orilla, se detuvo un gran grupo de garzas. Garzas blancas, garzas morenas, de esas que cuando el día calienta, llegen á las riberas á espantar á los cocodrilos, que con las anchas mandíbulas abiertas, beben sol sobre las rocas negras. Bellas garzas! Algunas ocultaban los largos cuellos en la onda ó bajo el ala, y semejaban grandes manchas de flores vivas y sonrosadas, móviles y apacibles. A veces una, sobre una pata, se alisaba con el pico las plumas, ó permanecía inmóvil, escultural ó hieráticamente, ó varias daban un corto vuelo, formando en el fondo de la ribera llena de verde, ó en el cielo, caprichosos dibujos, como las bandadas de grullas de un parasol chino.

Me imaginaba junto á mi amada, que de aquel país de la altura, me traerían las garzas muchos versos desconocidos y soñadores. Las garzas blancas las encontraba más puras y más voluptuosas, con la pureza de la paloma y la voluptuosidad del cisne; garridas con sus cuellos reales, parecidos á los de las damas inglesas que junto á los pajecillos rizados se ven en aquel cuadro en que Shakespeare recita en la corte de Londres. Sus alas, delicadas y albas, hacen pensar en

derfallecientes sueños nupciales: todas,—bien dice un poeta, -como cinceladas en jaspe.

Ah, pero las otras tenían algo de más encantador para mí! Mi Elena se me antojaba como semejante á ellas, con su color de canela y de rosa, gallarda y gentil.

Ya el sol desaparecía arrastrando toda su púrpura opulenta de rey oriental. Yo había halagado á la amada tiernamente con mis juramentos y frases melífluas y cálidas, y juntos seguíamos en un lánguido dúo de pasión inmensa. Habíamos sido hasta ahí dos amantes soñadores, consagrados místicamente uno á otro.

De pronto y como atraídos por una fuerza secreta, en un momento inexplicable, nos besamos en la boca, todos trémulos, con un beso para mí sacratísimo y supremo: el primer beso recibido de labios de mujer. Oh, Salomón, bíblico y real poeta! tú lo dijiste como nadie: *Mel et lac sub lingua tua.*

Aquel día no soñamos más.

* * *

Ah, mi adorable, mi bella, mi querida garza more-

na! Tú tienes en los recuerdos que en mi alma forman lo más alto y sublime, una luz inmortal.

Porque tú me revelaste el secreto de las delicias divinas, en el inefable primer instante de amor.

EN CHILE

ALBUM PORTEÑO

I

EN BUSCA DE CUADROS

Sin pinceles, sin paleta, sin papel, sin lápiz, Ricardo, poeta lírico incorregible, huyendo de las agitaciones y turbulencias, de las máquinas y de los fardos, del ruido monótono de los tranvías y el chocar de los caballos con su repiqueteo de caracoles sobre las piedras; de las carreras de los corredores frente á la Bolsa; del tropel de los comerciantes; del grito de los vendedores de diarios; del incesante bullicio é inacabable hervor de este puerto; en busca de impresiones y de cuadros, subió al cerro Alegre, que, gallar-

do como una gran roca florecida, luce sus flancos verdes, sus montículos coronados de casas risueñas escalonadas en la altura, rodeadas de jardines, con ondeantes cortinas de enredaderas, jaulas de pájaros, jarras de flores, rejas vistosas y niños rubios de caras angélicas.

Abajo estaban las techumbres del Valparaiso que hace transacciones, que anda á pié como una ráfaga, que puebla los almacenes é invade los bancos, que viste por la mañana terno crema ó plomizo, á cuadros, con sombrero de paño, y por la noche bulle en la calle del Cabo con lustroso sombrero de copa, abrigo al brazo y guantes amarillos, viendo á la luz que brota de las vidrieras, los lindos rostros de las mujeres que pasan.

Mas allá, el mar, acerado, brumoso, los barcos en grupo, el horizonte azul y lejano. Arriba, entre opacidades, el sol.

Donde estaba el soñador empedernido, casi en lo más alto del cerro, apenas si se sentían los extremecimientos de abajo. Erraba él á lo largo del Camino de Cintura, é iba pensando en idilios, con toda la augusta desfachatez de un poeta que fuera millonario.

Había allí aire fresco para sus pulmones, casas sobre cumbres, como nidos al viento, donde bien podía

darse el gusto de colocar parejas enamoradas; y tenía además, el inmenso espacio azul, del cual,—él lo sabía perfectamente,—los que hacen los salmos y los himnos pueden disponer como les venga en antojo.

De pronto escuchó—"Mary! Mary!" Y él, que andaba á caza de impresiones y en busca de cuadros, volvió la vista.

II

ACUARELA

Había cerca un bello jardín, con más rosas que azaleas y más violetas que rosas. Un bello y pequeño jardín con jarrones, pero sin estátuas; con una pila blanca, pero sin surtidores, cerca de una casita como hecha para un cuento dulce y feliz.

En la pila un cisne chapuzaba revolviendo el agua, sacudiendo las alas de un blancor de nieve, enarcando el cuello en la forma del brazo de una lira ó del asa de una ánfora, y moviendo el pico húmedo y con tal lustre como si fuese labrado en una ágata de color de rosa.

En la puerta de la casa, como extraída de una no-

vela de Dickens, estaba una de esas viejas inglesas, únicas, solas, clásicas, con la cofia encintada, los anteojos sobre la nariz, el cuerpo encorvado, las mejillas arrugadas, más con color de manzana madura y salud rica. Sobre la saya oscura, el delantal.

Llamaba:

—Mary!

El poeta vió llegar una joven de un rincón del jardín, hermosa, triunfal, sonriente; y no quiso tener tiempo sino para meditar en que son adorables los cabellos dorados cuando flotan sobre las nucas marmóreas y en que hay rostros que valen bien por un alba.

Luego todo era delicioso. Aquellos quince años entre las rosas:—quince años, sí, los estaban pregonando unas pupilas serenas de niña, un seno apenas erguido, una frescura primaveral, y una falda hasta el tobillo, que dejaba ver el comienzo turbador de una media de color de carne;—aquellos rosales temblorosos que hacían ondular sus arcos verdes, aquellos durazneros con sus ramilletes alegres donde se detenían al paso las mariposas errantes llenas de polvo de oro, y las libélulas de alas cristalinas é irisadas; aquel cisne en la ancha taza, esponjando el alabastro de sus plumas, y zabulléndose entre espumajeos y burbujas, con voluptuosidad, en la trasparencia del agua; la ca-

sita limpia, pintada, apacible, de donde emergía como una onda de felicidad; y en la puerta la anciana, un invierno, en medio de toda aquella vida, cerca de Mary, una virginidad en flor.

Ricardo, poeta lírico que andaba á caza de cuadros, estaba allí con la satisfacción de un goloso que paladea cosas exquisitas.

Y la anciana y la joven:

—Qué traes?

—Flores.

Mostraba Mary su falda llena como de iris hechos trizas, que revolvía con una de sus manos gráciles de ninfa, mientras sonriendo su linda boca purpurada, sus ojos abiertos en redondo dejaban ver un color de lapizlázuli y una humedad radiosa.

El poeta siguió adelante.

III

PAISAJE

A poco andar se detuvo.

El sol había roto el velo opaco de las nubes y bañaba

de claridad áurea y perlada un recodo de camino. Allí unos cuantos sauces inclinaban sus cabelleras verdes hasta rozar el césped. En el fondo se divisaban altos barrancos y en ellos tierra negra, tierra roja, pedruscos brillantes como vidrios. Bajos los sauces agobiados ramoneaban sacudiendo sus testas filosóficas—oh, gran maestro Hugo! unos asnos; y cerca de ellos un buey, gordo, con sus grandes ojos melancólicos y pensativos donde ruedan miradas y ternuras de éxtasis supremos y desconocidos, mascaba despacioso y con cierta pereza la pastura. Sobre todo flotaba un vaho cálido, y el grato olor campestre de las yerbas chafadas. Veíase en lo profundo un trozo de azul. Un huaso robusto, uno de esos fuertes campesinos, toscos hércules que detienen un toro, apareció de pronto en lo más alto de los barrancos. Tenía tras de sí el vasto cielo. Las piernas, todas músculos, las llevaba desnudas. En uno de sus brazos traía una cuerda gruesa y arrollada. Sobre su cabeza, como un gorro de nutria, sus cabellos enmarañados, tupidos, salvajes.

Llegóse al buey en seguida y le echó el lazo á los cuernos. Cerca de él, un perro con la lengua de fuera, acezando, movía el rabo y daba brincos.

—Bien!—dijo Ricardo.

Y pasó.

IV

AGUA FUERTE

Pero para dónde diablos iba?

Y se encontró en una casa cercana de donde salía un ruido metálico y acompasado.

En un recinto estrecho, entre paredes llenas de hollín, negras, muy negras, trabajaban unos hombres en la forja. Uno movía el fuelle que resoplaba, haciendo crepitar el carbón, lanzando torbellinos de chispas y llamas como lenguas pálidas, áureas, azulejas, resplandecientes. Al brillo del fuego en que se enrojecían largas barras de hierro, se miraban los rostros de los obreros con un reflejo trémulo. Tres yunques ensamblados en toscas armazones resistían el batir de los machos que aplastaban el metal candente, haciendo saltar una lluvia enrojecida. Los forjadores vestían camisas de lana de cuellos abiertos, y largos delantales de cuero. Alcanzábaseles á ver el pescuezo gordo y el principio del pecho velludo; y salían de las mangas holgadas los brazos gigantescos, donde, como en los de Amico, parecían los músculos redondas piedras de las que deslavan y pulen los torrentes. En aquella

BIBLIOTECA NACIONAL

negrura de caverna, al resplandor de las llamaradas, tenían tallas de cíclopes. A un lado, una ventanilla dejaba pasar apenas un haz de rayos de sol. A la entrada de la forja, como en un marco oscuro, una muchacha blanca comía uvas. Y sobre aquel fondo de hollín y de carbón, sus hombros delicados y tersos que estaban desnudos, hacían resaltar su bello color de lis, con un casi imperceptible tono dorado.

V

LA VIRGEN DE LA PALOMA

Anduvo anduvo.

Volvía ya á su morada. Dirigíase al ascensor cuando oyó una risa infantil, armónica, y él, poeta incorregible, buscó los labios de donde brotaba aquella risa.

Bajo un cortinaje de madreselvas, entre plantas olorosas y maceteros floridos, estaba una mujer pálida, augusta, madre, con un niño tierno y risueño. Sosteníale en uno de sus brazos, el otro lo tenía en alto, y en la mano una paloma, una de esas palomas albísimas que arrullan á sus pichones de alas tornasola-

das, inflando el buche como un seno de virgen, y abriendo el pico de donde brota la dulce música de su caricia.

La madre mostraba al niño la paloma, y el niño en su afán de cogerla, abría los ojos, estiraba los bracitos, reía gozoso; y su rostro al sol tenía como un nimbo; y la madre con la tierna beatitud de sus miradas, con su esbeltez solemne y gentil, con la aurora en las pupilas y la bendición y el beso en los labios, era como una azucena sagrada, como una María llena de gracia, irradiando la luz de un candor inefable. El niño Jesús, real como un Dios infante, precioso como un querubín paradisíaco, quería asír aquella paloma blanca, bajo la cúpula inmensa del cielo azul.

Ricardo descendió, y tomó el camino de su casa.

VI

LA CABEZA

Por la noche, sonando aún en sus oídos la música del Odeón, y los parlamentos de Astol; de vuelta de las calles donde escuchara el ruido de los coches y la triste melopea de los tortilleros, aquel soñador se en-

contraba en su mesa de trabajo, donde las cuartillas inmaculadas estaban esperando las silvas y los sonetos de costumbre, á las mujeres de los ojos ardientes.

Uf!....

Qué silvas! Qué sonetos! La cabeza del poeta lírico era un orgía de colores y de sonidos. Resonaban en las concavidades de aquel cerebro martilleos de cíclope, himnos al són de tímpanos sonoros, fanfarrias bárbaras, risas cristalinas, gorjeos de pájaros, batir de alas y estallar de besos, todo como en ritmos locos y revueltos. Y los colores agrupados, estaban como pétalos de capullos distintos confundidos en una bandeja, ó como la endiablada mezcla de tintas que llena la paleta de un pintor....

Además....

II

ALBUM SANTIAGUES

I

ACUARELA

Primavera. Ya las azucenas floridas y llenas de miel han abierto sus cálices pálidos bajo el oro del sol. Ya los gorriones tornasolados, esos amantes acariciadores, adulan á las rosas frescas, esas opulentas y purpuradas emperatrices; ya el jazmín, flor sencilla, tachona los tupidos ramajes, como una blanca estrella sobre un cielo verde. Ya las damas elegantes visten sus trajes claros, dando al olvido las pieles y los abrigos invernales. Y mientras el sol se pone, sonrosando las nieves con una claridad suave, junto á los árboles de la Alameda que lucen sus cumbres resplandecientes en un polvo de luz, su esbeltez solemne y sus hojas nuevas, bulle un enjambre humano, á ruido de

música, de cuchicheos vagos y de palabras fugaces.

Hé aquí el cuadro. En primer término está la negrura de los coches que explende y quiebra los últimos reflejos solares; los caballos orgullosos con el brillo de sus arneces, con sus cuellos estirados é inmóviles de brutos heráldicos; los cocheros taciturnos, en su quietud de indiferentes, luciendo sobre las largas libreas los botones metálicos flamantes; y en el fondo de los carruajes, reclinadas como odaliscas, erguidas como reinas, las mujeres rubias de los ojos soñadores, las que tienen cabelleras negras y rostros pálidos, las rosadas adolescentes que ríen con alegría de pájaro primaveral; bellezas lánguidas, hermosuras audaces, castos lirios albos y tentaciones ardientes.

En esa portezuela está un rostro apareciendo de modo que semeja el de un querubín; por aquella ha salido una mano enguantada que se dijera de niño, y es de morena tal que llama los corazones; más allá se alcanza á ver un pié de Cenicienta con zapatito oscuro y media lila, y acullá, gentil con sus gestos de diosa, bella con su color de marfil amapolado, su cuello real y la corona de su cabellera, está la Venus de Milo, no manca, sino con dos brazos, gruesos como los muslos de un querubín de Murillo, y vestida á la última moda de París, con ricas telas de Prá.

Más allá está el oleaje de los que van y vienen; parejas de enamorados, hermanos y hermanas, grupos de caballeritos irreprochables; todo en la confusión de los rostros, de las miradas, de los colorines, de los vestidos, de las capotas; resaltando á veces en el fondo negro y aceitoso de los elegantes Dumas, una cara blanca de mujer, un sombrero de paja adornado de colibríes, de cintas ó de plumas, ó el inflado globo rojo, de goma, que pendiente de un hilo lleva un niño risueño, de medias azules, zapatos charolados y holgado cuello á la marinera.

En el fondo, los palacios elevan al azul la soberbia de sus fachadas, en las que los álamos erguidos rayan columnas hojosas entre el abejeo trémulo y desfalleciente de la tarde fugitiva.

II

UN RETRATO DE WATTEAU

Estáis en los misterios de un tocador. Estáis viendo ese brazo de ninfa, esas manos diminutas que empolvan el haz de rizos rubios de la cabellera espléndida. La araña de luces opacas derrama la languidez de su girándula por todo el recinto. Y hé aquí que

al volverse ese rostro, soñamos en los buenos tiempos pasados. Una marquesa contemporánea de dama de Maintenón, solitaria en su gabinete, da las últimas manos á su tocado.

Todo está correcto: los cabellos que tienen todo el Oriente en sus hebras, empolvados y crespos: el cuello del corpiño, ancho y en forma de corazón, hasta dejar ver el principio del seno firme y pulido: las mangas abiertas que muestran blancuras incitantes: el talle ceñido, que se balancea, y el rico faldellín de largos vuelos, y el pié pequeño en el zapato de tacones rojos.

Mirad las pupilas azules y húmedas, la boca de dibujo maravilloso, con una sonrisa enigmática de esfinge, quizá en recuerdo del amor galante, del madrigal recitado junto al tapiz de figuras pastoriles ó mitológicas, ó del beso á furto, tras la estátua de algún silvano, en la penumbra.

Vése la dama de piés á cabeza, entre dos grandes espejos: calcula el efecto de la mirada, del andar, de la sonrisa, del vello casi impalpable que agitará el viento de la danza en su nuca fragante y sonrosada. Y piensa, y suspira; y flota aquel suspiro en ese aire impregnado de aroma femenino que hay en un tocador de mujer.

Entretanto, la contempla con sus ojos de mármol una Diana que se alza irresistible y desnuda sobre su plinto; y le ríe con audacia un sátiro de bronce que sostiene entre los pámpanos de su cabeza un candelabro; y en el ansa de un jarrón de Rouen lleno de agua perfumada, le tiende los brazos y los pechos una sirena con la cola corva y brillante de escamas argentinas, mientras en en el plafond en forma de óvalo, va por el fondo inmenso y azulado sobre el lomo de un toro robusto y divino la bella Europa, entre delfines áureos y tritones corpulentos, que sobre el vasto ruido de las ondas hacen vibrar el ronco estrépito de sus resonantes caracoles.

La hermosa está satisfecha; ya pone perlas en la garganta y calza las manos en seda; ya rápida se dirige á la puerta donde el carruaje espera y el tronco piafa. Y héla ahí, vanidosa y gentil, á esa aristocrática santiaguesa, que se dirige á un baile de fantasía, de manera que el gran Watteau le dedicaría sus pinceles.

III

NATURALEZA MUERTA

He visto ayer por una ventana un tiesto lleno de

lilas y de rosas pálidas, sobre un trípode. Por fondo tenía uno de esos cortinajes amarillos y opulentos, que hacen pensar en los mantos de los príncipes orientales. Las lilas recién cortadas resaltaban con su lindo color apacible, junto á los pétalos esponjados de las rosas té.

Junto al tiesto, en una copa de laca ornada con ibis de oro incrustados, incitaban á la gula manzanas frescas, medio coloradas, con la pelusilla de la fruta nueva y la sabrosa carne hinchada que toca el deseo; peras doradas y apetitosas, que daban indicios de ser todas jugo y como esperando el cuchillo de plata que debía rebanar la pulpa almibarada; y un ramillete de uvas negras, hasta con el polvillo ceniciento de los racimos acabados de arrancar de la viña.

Acerquéme, vílo de cerca todo. Las lilas y las rosas eran de cera, las manzanas y las peras de mármol pintado, y las uvas de cristal.

Naturaleza muerta!

IV

AL CARBÓN

Vibraba el órgano con sus voces trémulas, vibraba

acompañando la antífona, llenando la nave con su armonía gloriosa. Los cirios ardían goteando sus lágrimas de cera entre la nube de incienso que inundaba los ámbitos del templo con su aroma sagrado; y allá en el altar el sacerdote, todo resplandeciente de oro, alzaba la custodia cubierta de pedrería, bendiciendo á la muchedumbre arrodillada.

De pronto, volví la vista cerca de mí, al lado de un ángulo de sombra. Había una mujer que oraba. Vestida de negro, envuelta en un manto, su rostro se destacaba severo, sublime, teniendo por fondo la vaga oscuridad de un confesionario. Era una bella faz de ángel, con la plegaria en los ojos y en los labios. Había en su frente una palidez de flor de lis, y en la negrura de su manto resaltaban juntas, pequeñas, las manos blancas y adorables. Las luces se iban extinguiendo, y á cada momento aumentaba lo oscuro del fondo, y entonces por un ofuscamiento, me parecía ver aquella faz iluminarse con una luz blanca y misteriosa, como la que debe de haber en la región de los coros prosternados y de los querubines ardientes; luz alba, polvo de nieve, claridad celeste, onda santa que baña los ramos de lirio de los bienaventurados.

Y aquel pálido rostro de virgen, envuelta ella en el manto y en la noche, en aquel rincón de sombra,

habría sido un tema admirable para un estudio al carbón.

V

PAISAJE

Hay allá, en las orillas de la laguna de la Quinta, un sauce melancólico que moja de contínuo su cabellera verde en el agua que refleja el cielo y los ramajes, como si tuviese en su fondo un país encantado.

Al viejo sauce llegan aparejados los pájaros y los amantes. Allí es donde escuché una tarde,—cuando del sol quedaba apenas en el cielo un tinte violeta que se esfumaba por ondas, y sobre el gran Andes nevado un decreciente color de rosa que era como una tímida caricia de la luz enamorada,—un rumor de besos cerca del tronco agobiado y un aleteo en la cumbre.

Estaban los dos, la amada y el amado, en un banco rústico, bajo el toldo del sauce. Al frente, se extendía la laguna tranquila, con su puente enarcado y los

árboles temblorosos de la ribera; y más allá se alzaba entre el verdor de las hojas, la fachada del palacio de la Exposición, con sus cóndores de bronce en actitud de volar.

La dama era hermosa; él un gentil muchacho, que le acariciaba con los dedos y los labios los cabellos negros y las manos gráciles de ninfa.

Y sobre las dos almas ardientes y sobre los dos cuerpos juntos, cuchicheaban en lengua rítmica y alada las dos aves. Y arriba el cielo con su inmensidad y con su fiesta de nubes, plumas de oro, alas de fuego, vellones de púrpura, fondos azules, flordelisados de ópalo, derramaba la magnificencia de su pompa, la soberbia de su grandeza augusta.

Bajo las aguas se agitaban, como en un remolino de sangre viva, los peces veloces de aletas doradas.

Al resplandor crepuscular, todo el paisaje se veía como envuelto en una polvareda de sol tamizado, y eran el alma del cuadro aquellos dos amantes, él moreno, gallardo, vigoroso, con una barba fina y sedosa, de esas que gustan de tocar las mujeres; ella rubia— un verso de Gœthe!—vestida con un traje gris, lustroso, y en el pecho una rosa fresca, como su boca roja que pedía el beso.

VI

EL IDEAL

Y luego, una torre de marfil, una flor mística, una estrella á quien enamorar. . . . Pasó, la ví como quien viera un alba, huyente, rápida, implacable.

Era una estatua antigua con un alma que se asomaba á los ojos, ojos angelicales, todos ternura, todos cielo azul, todos enigma.

Sintió que la besaba con mis miradas y me castigó con la majestad de su belleza, y me vió como una reina y como una paloma. Pero pasó arrebatadora, triunfante, como una visión que deslumbra. Y yo, el pobre pintor de la naturaleza y de Psyquis, hacedor de ritmos y de castillos aéreos, vi el vestido luminoso de la hada, la estrella de su diadema, y pensé en la promesa ansiada del amor hermoso. Más de aquel rayo supremo y fatal, solo quedó en el fondo de mi cerebro un rostro de mujer, un sueño azul.

LA MUERTE

DE LA

EMPERATRIZ DE LA CHINA

AL DUQUE JOB, DE MÉXICO

Delicada y fina como una joya humana, vivía aquella muchachita de carne rosada, en la pequeña casa que tenía un saloncito con los tapices de color azul desfalleciente. Era su estuche.

¿Quién era el dueño de aquel delicioso pájaro alegre, de ojos negros y boca roja? Para quién cantaba su canción divina, cuando la señorita Primavera mostraba en el triunfo del sol su bello rostro riente, y abría las flores del campo, y alborotaba la nidada?

Susette se llamaba la avecita que había puesto en jaula de seda, peluches y encajes, un soñador artista cazador, que la había cazado una mañana de mayo en que había mucha luz en el aire y muchas rosas abiertas.

Recaredo —¿capricho paternal. Él no tenía la culpa de llamarse Recaredo!—se había casado hacía año y medio. ¿Me amas? Te amo. Y tú? Con todo el alma. Hermoso el día dorado, después de lo del cura! Habían ido luego al campo nuevo: á gozar libres, del gozo del amor. Murmuraban allá en sus ventanas de hojas verdes, las campanillas y las violetas silvestres que olían cerca del riachuelo, cuando pasaban los dos amantes, el brazo de él en la cintura de ella, el brazo de ella en la cintura de él, los rojos labios en flor dejando escapar los besos. Después, fué la vuelta á la gran ciudad, al nido lleno de perfume de juventud y de calor dichoso.

Dije ya que Recaredo era escultor? Pues, si no lo he dicho, sabedlo.

* * *

Era escultor. En la pequeña casa tenía su taller, con profusión de mármoles, yesos, bronces y terracotas.

A veces, los que pasaban oían á través de las rejas y persianas una voz que cantaba y un martilleo vibrante y metálico. Susette, Recaredo; la boca que emergía el cántico, y el golpe del cincel.

Luego el incesante idilio nupcial. En puntillas, llegar donde él trabajaba, é inundándole de cabellos la nuca, besarle rápidamente. Quieto, quietecito, llegar donde ella duerme en su chaise-longue, los piecesitos calzados y con medias negras, uno sobre otro, el libro abierto sobre el regazo, medio dormida; y allí el beso es en los labios, beso que sorbe el aliento y hace que se abran los ojos, inefablemente luminosos. Y á todo esto, las carcajadas del mirlo, un mirlo enjaulado que cuando Susette toca de Chopín, se pone triste y no canta. ¡Las carcajadas del mirlo! No era poca cosa.—Me quieres? -No lo sabes?—Me amas?—Te adoro! Ya estaba el animalucho echando toda la risa del pico. Se le sacaba de la jaula, revolaba por el saloncito azulado, se detenía en la cabeza de un Apolo de yeso, ó en la frámea de un viejo germano de bronce oscuro. Tiiiiiirit. . . . rrrrrrtch fiii. . . . Vaya que á veces era maleriado é insolente en su algarabía! Pero era lindo sobre la mano de Susette que le mimaba, le apretaba el pico entre sus dientes hasta hacerlo desesperar, y le decía á veces con una voz severa que

temblaba de terneza: Señor Mirlo, es usted un picarón!

Cuando los dos amados estaban juntos, se arreglaban uno á otro el cabello. "Canta" decía él. Y ella cantaba, lentamente, lentamente; y aunque no eran sino pobres muchachos enamorados, se veían hermosos, gloriosos y reales; él la miraba como á una Elsa y ella le miraba como á un Lohengrin. Porque el Amor, oh jóvenes llenos de sangre y de sueños, pone un azul cristal ante los ojos, y da las infinitas alegrías.

Cómo se amaban! Él la contemplaba sobre las estrellas de Dios; su amor recorría toda la escala de la pasión, y era ya contenido, ya tempestuoso en su querer, á veces casi místico. En ocasiones dijérase aquel artista un theósofo, que veía en la amada mujer algo supremo y extrahumano, como la Ayesha de Rider Haggard; la aspiraba como una flor, le sonreía como á un astro, y se sentía soberbiamente vencedor al estrechar contra su pecho aquella adorable cabeza, que cuando estaba pensativa y quieta, era comparable al perfil hierático de la medalla de una emperatriz bizantina.

* * *

Recaredo amaba su arte. Tenía la pasión de la forma: hacía brotar del mármol gallardas diosas desnudas de ojos blancos, serenos y sin pupilas: su taller estaba poblado de un pueblo de estatuas silenciosas, animales de metal, gárgolas terroríficas, grifos de largas colas vegetales, creaciones góticas quizás inspiradas por el ocultismo. Y sobre todo, ¡la gran afición! japonerías y chinerías. Recaredo era en esto un original. No sé qué habría dado por hablar chino ó japonés. Conocía los mejores álbumes: había leído buenos exotistas, adoraba á Loti y á Judith Gautier, y hacía sacrificios por adquirir trabajos legítimos, de Yokoama, de Nagasaki, de Kioto, ó de Nankin ó Pekín: los cuchillos, las pipas, las máscaras feas y misteriosas como las caras de los sueños hípnicos, los mandarinitos enanos con panzas de cucurbitáceos y ojos circunflejos, los monstruos de grandes bocas de batracios, abiertas y dentadas, y diminutos soldados de Tartaria, con faces foscas.

—Oh, le decía Susette: aborrezco tu casa de brujo, ese terrible taller, arca extraña que te roba á mis caricias. Él sonreía, dejaba su lugar de labor, su templo de raras chucherías, y corría al pequeño salón azul, á ver y mimar su gracioso dije vivo, y oír cantar y reír al loco mirlo jovial.

Aquella mañana, cuando entró, vió que estaba su dulce Susette, soñolienta y tendida, cerca de un tazón de rosas que sostenía un trípode. Era la Bella del bosque durmiente? Medio dormida, el delicado cuerpo modelado bajo una bata blanca, la cabellera castaña apelotonada sobre uno de los hombros, toda ella exhalando su suave olor femenino, era como una deliciosa figura de los amables cuentos que empiezan: Este era un rey ....

La despertó:

—Susette, mi bella!

Traía la cara alegre; le brillaban los ojos negros bajo su fez rojo de labor; llevaba una carta en la mano.

—Carta de Robert, Susette. El bribonazo está en la China! Hong Kong, 18 de enero....

Susette, un tanto amodorrada se había sentado y le había quitado el papel. Con que aquel andariego había llegado tan lejos! Hong Kong, 18 de enero.... Era gracioso. Un excelente muchacho el tal Robert, con la manía de viajar! Llegaría al fin del mundo. Robert, un grande amigo. Le veían como de la familia. Había partido hacía dos años para San Francisco de California. Habráse visto loco igual!

Comenzó á leer.

* * *

Hon Kong, 18 de enero de 1888.

Mi buen Recaredo:

Vine, y ví. No he vencido aún.

En San Francisco supe vuestro matrimonio y me alegré. Dí un salto y caí en la China. He venido como agente de una casa californiana, importadora de sedas, lacas, marfiles y demás chinerías. Junto con esta carta debes recibir un regalo mío que, dada tu afición por las cosas de este país amarillo, te llegará de perlas. Ponme á los piés de Susette, y conserva el obsequio en memoria de tu

ROBERT.

Ni más, ni menos. Ambos soltaron la carcajada. El mirlo á su vez hizo estallar la jaula en una explosión de gritos musicales.

La caja había llegado, una caja de regular tamaño,

llena de marchamos, de números y letras negras que decían y daban á entender que el contenido era muy frágil. Cuando la caja se abrió, apareció el misterio. Era un fino busto de porcelana, un admirable busto de mujer sonriente, pálido y encantador. En la base tenía tres inscripciones, una en caracteres chinescos, otra en inglés y otra en francés: *La emperatriz de la China*. La emperatriz de la China! Qué manos de artista asiático habían modelado aquellas formas atrayentes de misterio? Era una cabellera recogida y apretada, una faz enigmática, ojos bajos y extraños, de princesa celeste, sonrisa de esfinge, cuello erguido sobre los hombros columbinos, cubiertos por una onda de seda bordada de dragones: todo dando magia á la porcelana blanca, con tonos de cera, inmaculada y cándida. La emperatriz de la China! Susette pasaba sus dedos de rosa sobre los ojos de aquella graciosa soberana, un tanto inclinados, con sus curvos epicantus bajo los puros y nobles arcos de las cejas. Estaba contenta. Y Recaredo sentía orgullo de poseer su porcelana.—Le haría un gabinete especial, para que viviese y reinase sola, como en el Louvre la Venus de Milo, triunfadora, cobijada imperialmente por el plafond de su cuarto azul.

Así lo hizo. En un extremo del taller, formó un ga-

binete minúsculo, con biombos cubiertos de arrozales y de grullas. Predominaba la nota amarilla. Toda la gama, oro, fuego, ocre de oriente, hoja de otoño, hasta el pálido que agoniza fundido en la blancura. En el centro, sobre un pedestal dorado y negro, se alzaba sonriendo la exótica imperial. Al rededor de ella había colocado Recaredo todas sus japonerías y curiosidades chinas. La cubría un gran quitasol nippon, pintado de camelias y de anchas rosas sangrientas. Era cosa de risa, cuando el artista soñador después de dejar la pipa y los cinceles, llegaba frente á la emperatriz, con las manos cruzadas sobre el pecho, á hacer zalemas. Una, dos, diez, veinte veces la visitaba. Era una pasión. En un plato de laca yokoamesa le ponía flores frescas, todos los días. Tenía en momentos, verdaderos arrobos delante del busto asiático que le conmovía en su deleitable é inmóvil magestad. Estudiaba sus menores detalles, el caracol de la oreja, el arco del labio, la nariz pulida, el epicantus del párpado. Un ídolo, la famosa emperatriz! Susette le llamaba de lejos: —Recaredo!—Voy!—Y seguía en la contemplación de su obra de arte. Hasta que Susette llegaba á llevárselo á rastras y á besos.

Un día, las flores del plato de laca desaparecieron como por encanto.

—Quién ha quitado las flores?—gritó el artista desde el taller.

—Yo,—dijo una voz vibradora.

Era Susette que entreabría una cortina, toda sonrosada y haciendo relampaguear sus ojos negros.

* * *

Allá en lo hondo de su cerebro, se decía el señor Recaredo, artista escultor:—Qué tendrá mi mujercita? No comía casi. Aquellos buenos libros desflorados por su espátula de marfil, estaban en el pequeño estante negro, con sus hojas cerradas, sufriendo la nostalgia de las blandas manos de rosa, y del tibio regazo perfumado. El señor Recaredo la veía triste. Qué tendrá mi mujercita? En la mesa no quería comer. Estaba séria; qué séria! Le miraba á veces con el rabo del ojo, y el marido veía aquellas pupilas oscuras, húmedas como que querían llorar. Y ella al responder, hablaba como los niños á quienes se ha negado un dulce. Qué tendrá mi mujercita? Nada! Aquel "nada," lo decía ella con voz de queja, y entre sílaba y sílaba había lágrimas.

Oh señor Recaredo!, lo que tiene vuestra mujercita es que sois un hombre abominable. No habéis notado que desde que esa buena de la emperatriz de la China ha llegado á vuestra casa, el salonecito azul se ha entristecido, y el mirlo no canta ni ríe con su risa perlada? Susette despierta á Chopín, y lentamente lentamente, hace brotar la melodía enferma y melancólica del negro piano sonoro. Tiene celos, señor Recaredo! Tiene el mal de los celos, ahogador y quemante, como una serpiente encendida que aprieta el alma. Celos! Quizás él lo comprendió, porque una tarde, dijo á la muchachita de su corazón, estas palabras, frente á frente, á través del humo de una taza de café:—Eres demasiado injusta. Acaso no te amo con toda mi alma; acaso no sabes leer en mis ojos lo que hay dentro de mi corazón?

Susette rompió á llorar. Que la amaba! No, ya no la amaba. Habían huido las buenas y radiantes horas, y los besos que chasqueaban también eran idos, como pájaros en fuga. Ya no la quería. Y á ella, á la que en él veía su religión, su delicia, su ensueño, su rey, á ella, á su Susette, la había dejado por la otra.

La otra! Recaredo dió un salto. Estaba engañada. Lo diría por la rubia Eulogia, á quien en un tiempo había dirigido madrigales?

Ella movió la cabeza:—No.

Por la ricachona Gabriela, de largos cabellos negros, blanca como un alabastro y cuyo busto había hecho? O por aquella Luisa, la danzarina, que tenía una cintura de abispa, un seno de buena nodriza y unos ojos incendiarios? O por la viudita Andrea, que al reír sacaba la punta de la lengua, roja y felina, entre sus dientes brillantes y amarfilados?

No, no era ninguna de esas. Recaredo se quedó con gran asombro.—Mira chiquilla, dime la verdad. Quién es ella? Sabes cuanto te adoro. Mi Elsa, mi Julieta, alma, amor mío....

Temblaba tanta verdad de amor en aquellas palabras entrecortadas y trémulas, que Susette, con los ojos enrojecidos, secos ya de las lágrimas, se levantó irguiendo su linda cabeza heráldica.

—Me amas?

—Bien lo sabes!

—Deja, pues, que me vengue de mi rival. Ella ó yo: escoje. Si es cierto que me adoras ¿querrás permitir que la aparte para siempre de tu camino, que quede yo sola, confiada en tu pasión?

—Sea, dijo Recaredo. Y viendo irse á su avecita celosa y terca, prosiguió sorbiendo el café, tan negro como la tinta.

No había tomado tres sorbos, cuando oyó un gran ruido de fracaso, en el recinto de su taller.

Fué. Qué miraron sus ojos? El busto había desaparecido del pedestal de negro y oro, y entre minúsculos mandarines caídos y descolgados abanicos, se veían por el suelo pedazos de porcelana que crujían bajo los pequeños zapatos de Susette, quien toda encendida y con el cabello suelto, aguardando los besos, decía entre carcajadas argentinas al maridito asustado: —Estoy vengada! Ha muerto ya para tí la emperatriz de la China!

Y cuando comenzó la ardiente reconciliación de los labios, en el saloncito azul, todo lleno de regocijo el mirlo, en su jaula primorosa, se moría de risa.

Á UNA ESTRELLA

ROMANZA EN PROSA

*

Princesa del divino imperio azul, quién besara tus labios luminosos!

Yo soy el enamorado extático que soñando mi sueño de amor, estoy de rodillas, con los ojos fijos en tu inefable claridad, estrella mía, que estás tan lejos! Oh, cómo ardo en celos, cómo tiembla mi alma cuando pienso que tú, cándida hija de la aurora, puedes fijar tus miradas en el hermoso Príncipe Sol que viene del Oriente, gallardo y bello en su carro de oro, celeste

flechero triunfador, de coraza adamantina, que trae á la espalda el carcaj brillante lleno de flechas de fuego! Pero no, tú me has sonreído bajo tu palio, y tu sonrisa era dulce como la esperanza. Cuántas veces mi espíritu quiso volar hacia tí y quedó desalentado. Está tan lejano tu alcázar! He cantado en mis sonetos y en mis madrigales tu místico florecimiento, tus cabellos de luz, tu alba vestidura. Te he visto como una pálida Beatriz del firmamento, lírica y amorosa en tu sublime resplandor. Princesa del divino imperio azul, quién besara tus labios luminosos!

*

Recuerdo aquella negra noche, oh genio Desaliento! en que visitaste mi cuarto de trajo para darme tortura, para dejarme casi desolado el pobre jardín de mi ilusión, donde me segaste tantos frescos ideales en flor. Tu voz me sonó á hierro y te escuché temblando, porque tu palabra era cortante y fría y caía como una hacha. Me hablaste del camino de la Gloria, donde hay que andar descalzo sobre cambroneras y abrojos; y desnudo, bajo una eterna granizada; y á oscuras, cerca de hondos abismos, llenos de som-

bra como la muerte. Me hablaste del verjel Amor, donde es casi imposible cortar una rosa sin morir, porque es rara la flor en que no anida un áspid. Y me dijiste de la terrible y muda esfinge de bronce que está á la entrada de la tumba. Y yo estaba espantado, porque la gloria me había atraído, con su hermosa palma en la mano, y el Amor me llenaba con su embriaguez, y la vida era para mí encantadora y alegre como la ven las flores y los pájaros. Y ya presa de mi desesperanza, esclavo tuyo, oscuro genio Desaliento, huí de mi triste lugar de labor,—donde entre una corte de bardos antiguos y de poetas modernos, resplandecía el dios Hugo, en la edición de Hetzel—y busqué el aire libre bajo el cielo de la noche. Entónces fué, adorable y blanca princesa, cuando tuviste compasión de aquel pobre poeta, y le miraste con tu mirada inefable y le sonreíste, y de tu sonrisa emergía el divino verso de la esperanza! Estrella mía que estás tan lejos, quién besara tus labios luminosos!

*

Quería cantarte un poema sideral que tú pudieras oír, quería ser tu amante ruiseñor, y darte mi apasio-

nado ritornelo, mi etérea y rubia soñadora. Y así, desde la tierra donde caminamos sobre el limo, enviarte mi ofrenda de armonía á tu regiún en que deslumbra la apoteosis y reina sin cesar el prodigio.

Tu diadema asombra á los astros y tu luz hace cantar á los poetas, perla en el oceano infinito, flor de lís del oriflama inmenso del gran Dios.

Te he visto una noche aparecer en el horizonte sobre el mar, y el gigantesco viejo ébrio de sal, te saludó con las salvas de sus olas sonantes y roncas. Tú caminabas con un manto ténue y dorado: tus reflejos alegraban las vastas aguas palpitantes.

Otra vez era en una selva oscura donde poblaban el aire los grillos monótonos, con las notas chillonas de sus nocturnos y rudos violines. A través de un ramaje, te contemplé en tu deleitable serenidad, y ví sobre los árboles negros, trémulos hilos de luz, como si hubiesen caído de la altura, hebras de tu cabellera. Princesa del divino imperio azul, quién besara tus labios luminosos!

*

Te canta y vuela á tí la alondra matinal en el alba de la primavera, en que el viento lleva vibracio-

nes de liras eólicas, y el eco de los tímpanos de plata que suenan los silfos. Desde tu región derrama las perlas armónicas y cristalinas de su buche, que caen y se juntan á la universal y grandiosa sinfonía que llena la despierta tierra.

Y en esa hora pienso en tí, porque es la hora de supremas citas en el profundo cielo y de ocultos y ardorosos oarystis en los tibios parajes del bosque donde florece el citiso que alegra la égloga! Estrella mía, que estás tan lejos, quién besara tus labios luminosos!

EL AÑO LÍRICO

PRIMAVERAL

Mes de rosas. Van mis rimas
en ronda, á la vasta selva,
á recoger miel y aromas
en las flores entreabiertas.
Amada, ven. El gran bosque
es nuestro templo: allí ondea
y flota un santo perfume
de amor. El pájaro vuela
de un árbol á otro y saluda
tu frente rosada y bella
como á un alba; y las encinas
robustas, altas, soberbias,
cuando tú pasas agitan
sus ojas verdes y trémulas,
y enarcan sus ramas como

para que pase una reina.
Oh amada mía! Es el dulce
tiempo de la primavera.

*

Mira: en tus ojos, los míos:
da al viento la cabellera,
y que bañe el sol ese oro
de luz salvaje y espléndida.
Dame que aprieten mis manos
las tuyas de rosa y seda,
y ríe, y muestren tus labios
su púrpura húmeda y fresca.
Yo voy á decirte rimas,
tú vas á escuchar risueña;
si acaso algún ruiseñor
viniese á posarse cerca,
y á contar alguna historia
de ninfas, rosas ó estrellas,
tú no oirás notas ni trinos,
sino enamorada y regia,
escucharás mis canciones

fija en mis labios que tiemblan.
Oh amada mía! Es el dulce
tiempo de la primavera.

*

Allá hay una clara fuente
que brota de una caverna,
donde se bañan desnudas
las blancas ninfas que juegan.
Ríen al son de la espuma,
hienden la linfa serena;
entre polvo cristalino
esponjan sus cabelleras;
y saben himnos de amores
en hermosa lengua griega,
que en glorioso tiempo antiguo
Pan inventó en las florestas.
Amada, pondré en mis rimas
la palabra más soberbia
de las frases de los versos
de los himnos de esa lengua;
y te diré esa palabra

empapada en miel bíblea.....
oh amada mía! en el dulce
tiempo de la primavera.

*

Van en sus grupos vibrantes
revolando las abejas
como un áureo torbellino
que la blanca luz alegra;
y sobre el agua sonora
pasan radiantes, ligeras,
con sus alas cristalinas
las irisadas libélulas.
Oye: canta la cigarra
porque ama al sol, que en la selva
su polvo de oro tamiza,
entre las hojas espesas.
Su aliento nos da en un soplo
fecundo la madre tierra,
con el alma de los cálices
y el aroma de las yerbas.

*

Ves aquel nido? Hay un ave.
Son dos: el macho y la hembra.
Ella tiene el buche blanco,
él tiene las plumas negras.
En la garganta el gorjeo,
las alas blandas y trémulas;
y los picos que se chocan
como labios que se besan.
El nido es cántico. El ave
incuba el trino, oh poetas!
de la lira universal
el ave pulsa una cuerda.
Bendito el calor sagrado
que hizo reventar las yemas,
oh amada mía, en el dulce
tiempo de la primavera!

*

Mi dulce musa Delicia
me trajo un ánfora griega
cincelada en alabastro,
de vino de Naxos llena;

y una hermosa copa de oro,
la base henchida de perlas,
para que bebiese el vino
que es propicio á los poetas.
En la ánfora está Diana,
real, orgullosa y esbelta,
con su desnudez divina
y en su actitud cinegética.
Y en la copa luminosa
está Venus Citerea
tendida cerca de Adonis
que sus caricias desdeña.
No quiero el vino de Naxos
ni el ánfora de ansas bellas,
ni la copa donde Cipria
al gallardo Adonis ruega.
Quiero beber del amor
sólo en tu boca bermeja,
oh amada mía! en el dulce
tiempo de la primavera!

ESTIVAL

I

La tigre de Bengala,
con su lustrosa piel manchada á trechos,
está alegre y gentil, está de gala.
Salta de los repechos
de un ribazo, al tupido
carrizal de un bambú; luego á la roca
que se yergue á la entrada de su gruta.
Allí lanza un rugido,
se agita como loca
y eriza de placer su piel hirsuta.

*

La fiera virgen ama.
Es el mes del ardor. Parece el suelo

rescoldo; y en el cielo
el sol inmensa llama.
Por el ramaje oscuro
salta huyendo el kanguro.
El boa se infla, duerme, se calienta
á la tórrida lumbre;
el pájaro se sienta
á reposar sobre la verde cumbre.

*

Siéntense vahos de horno;
y la selva indiana
en alas del bochorno,
lanza, bajo el sereno
cielo, un soplo de sí. La tigre ufana
respira á pulmón lleno,
y al verse hermosa, altiva, soberana,
le late el corazón, se le hincha el seno.

*

Contempla su gran zarpa, en ella la uña
de marfil; luego toca

el filo de una roca,
y prueba y lo rasguña.
Mírase luego el flanco
que azota con el rabo puntiagudo
de color negro y blanco,
y móvil y felpudo;
luego el vientre. En seguida
abre las anchas fauces, altanera
como reina que exige vasallaje;
después husmea, busca, va. La fiera
exhala algo á manera
de un suspiro salvaje.
Un rugido callado
escuchó. Con presteza
volvió la vista de uno y otro lado.
Y chispeó su ojo verde y dilatado
cuando miró de un tigre la cabeza
surgir sobre la cima de un collado.
El tigre se acercaba.

*

Era muy bello.
Gigantesca la talla, el pelo fino,
apretado el hijar, robusto el cuello,

era un don Juan felino
en el bosque. Anda á trancos
callados: ve á la tigre inquieta, sola,
y le muestra los blancos
dientes, y luego arbola
con donaire la cola.
Al caminar se vía
su cuerpo ondear, con garbo y bizarría.
Se miraban los músculos hinchados
debajo de la piel. Y se diría
ser aquella alimaña
un rudo gladiador de la montaña.
Los pelos erizados
del labio relamía. Cuando andaba,
con su peso chafaba
la yerba verde y muelle;
y el ruído de su aliento semejaba
el resollar de un fuelle.
El es, él es el rey. Cetro de oro
no, sinó la ancha garra
que se hinca recia en el testuz del toro
y las carnes desgarra.
La negra águila enorme, de pupilas
de fuego y corvo pico relumbrante,
tiene á Aquilón; las hondas y tranquilas

aguas el gran caimán; el elefante
la cañada y la estepa;
la víbora, los juncos por do trepa;
y su caliente nido
del árbol suspendido,
el ave dulce y tierna
que ama la primer luz.
El, la caverna.

*

No envidia al león la crin, ni al potro rudo
el casco, ni al membrudo
hipopótamo el lomo corpulento,
quién bajo los ramajes del copudo
baobab, ruje al viento.

*

Así va el orgulloso, llega, halaga;
corresponde la tigre que le espera,
y con caricias las caricias paga
en su salvaje ardor, la carnicera.

*

Después, el misterioso
tacto, las impulsivas
fuerzas que arrastran con poder pasmoso;
y ¡oh gran Pan! el idilio monstruoso
bajo las vastas selvas primitivas.
No el de las musas de las blandas horas,
suaves, expresivas,
en las rientes auroras
y las azules noches pensativas;
sino el que todo enciende, anima, exalta,
vuelen, savia, calor, nervio, corteza,
y en torrentes de vida brota y salta
del seno de la gran naturaleza.

IV

El príncipe de Gales va de caza
por bosques y por cerros,
con su gran servidumbre y con sus perros
de la más fina raza.

*

Acallando el tropel de los vasallos,
deteniendo trahillas y caballos,
con la mirada inquieta,
contempla á los dos tigres, de la gruta
á la entrada. Requiere la escopeta,
y avanza, y no se inmuta.

*

Las fieras se acarician. No han oído
tropel de cazadores.
A esos terribles seres,
embriagados de amores,
con cadenas de flores
se les hubiera uncido
á la nevada concha de Citeres,
ó al carro de Cupido.

*

El príncipe atrevido
adelanta, se acerca, ya se pára;
ya apunta y cierra un ojo; ya dispara;

ya del arma el estruendo
por el espeso bosque ha resonado.
El tigre sale huyendo,
y la hembra queda, el vientre desgarrado.
Oh, va á morir!.... Pero antes, débil yerta,
chorreando sangre por la herida abierta,
con ojo dolorido,
miró á aquel cazador; lanzó un gemido
como un ay! de mujer.... y cayó muerta.

V.

Aquel macho que huyó, bravo y zahareño
á los rayos ardientes
del sol, en su cubil después dormía.
Entonces tuvo un sueño:
que enterraba las garras y los dientes
en vientres sonrosados
y pechos de mujer; y que engullía
por postres delicados
de comidas y cenas,—
como tigre goloso entre golosos,—
unas cuantas docenas
de niños tiernos, rubios y sabrosos.

AUTUMNAL

EROS, VITA, LUMEN.

*

En las pálidas tardes
yerran nubes tranquilas
en el azul; en las ardientes manos
se posan las cabezas pensativas.
¡Ah los suspiros! ¡Ah los dulces sueños!
¡Ah las tristezas íntimas!
¡Ah el polvo de oro que en el aire flota,
tras cuyas ondas trémulas se miran
los ojos tiernos y húmedos,
las bocas inundadas de sonrisas,

las crespas cabelleras
y los dedos de rosa que acarician!

*

En las pálidas tardes
me cuenta una hada amiga
las historias secretas
llenas de poesía;
lo que cantan los pájaros,
lo que llevan las brisas,
lo que vaga en las nieblas,
lo que sueñan las niñas.

*

Una vez sentí el ansia
de una sed infinita.
Dije al hada amorosa:
—Quiero en el alma mía
tener la inspiración honda, profunda,
inmensa: luz, calor, aroma, vida.
Ella me dijo:—Ven! con el acento
con que hablaría un arpa. En él había

un divino idioma de esperanza.
Oh sed del ideal!

*

Sobre la cima
de un monte, á media noche,
me mostró las estrellas encendidas.
Era un jardín de oro
con pétalos de llama que titilan.
Exclamé:—Más....

*

La aurora
vino después. La aurora sonreía,
con la luz en la frente,
como la joven tímida
que abre la reja, y la sorprenden luego
ciertas curiosas, mágicas pupilas.
Y dije:—Más.... Sonriendo
la celeste hada amiga
prorrumpió:—Y bien!.... Las flores!

*

Y las flores
estaban frescas, lindas,
empapadas de olor: la rosa vírgen,
la blanca margarita,
la azucena gentil, y las volúbilis
que cuelgan de la rama extremecida.
Y dije:—Más....

*

El viento
arrastraba rumores, ecos, risas,
murmullos misteriosos, aleteos,
músicas nunca oídas.
El hada entonces me llevó hasta el velo
que nos cubre las ansias infinitas,
la inspiración profunda,
y el alma de las liras,
Y lo rasgó. Y allí todo era aurora.
En el fondo se vía
un bello rostro de mujer.

*

Oh, nunca.
Piérides, diréis las sacras dichas
que en el alma sintiera!
Con su vaga sonrisa:-
Más....? dijo el hada. Y yo tenía entonces,
clavadas las pupilas
en el azul; y en mis ardientes manos
se posó mi cabeza pensativa ....

INVERNAL

Noche. Este viento vagabundo lleva
las alas entumidas
y heladas. El gran Andes
yergue al inmenso azul su blanca cima.
La nieve cae en copos,
sus rosas trasparentes cristaliza;
en la ciudad, los delicados hombros
y gargantas se abrigan;
ruedan y van los coches,
suenan alegres pianos, el gas brilla;
y, si no hay un fogón que le caliente,
el que es pobre tirita.

*

Yo estoy con mis radiantes ilusiones
y mis nostalgias íntimas,
junto á la chimenea
bien harta de tizones que crepitan.
Y me pongo á pensar: oh! si estuviese
ella, la de mis ansias infinitas,
la de mis sueños locos,
y mis azules noches pensativas!
Cómo! Mirad:
De la apacible estancia
en la extensión tranquila
vertería la lámpara reflejos
de luces opalinas.
Dentro, el amor que abrasa;
fuera, la noche fría;
el golpe de la lluvia en los cristales,
y el vendedor que grita
su monótona y triste melopea
á las glaciales brisas
dentro, la ronda de mis mil delirios,
las canciones de notas cristalinas,
unas manos que toquen mis cabellos,
un aliento que roce mis mejillas,
un perfume de amor, mil conmociones.

mil ardientes caricias;
ella y yo: los dos juntos, los dos sólos;
la amada y el amado, oh Poesía!
los besos de sus labios,
la música triunfante de mis rimas
y en la negra y cercana chimenea
el fuego brillador que estalla en chispas.

*

Oh! bien haya el brasero
lleno de pedrería!
Topacios y carbunclos,
rubíes y amatistas
en la ancha copa etrusca
repleta de ceniza.
Los lechos abrigados,
las almohadas mullidas,
las pieles de Astrakán, los besos cálidos
que dan las bocas húmedas y tibias!
Oh, viejo Invierno, salve!
puesto que traes con las nieves frígidas
el amor embriagante
y el vino del placer en tu mochila.

*

Sí, estaría á mi lado,
dándome sus sonrisas,
ella, la que hace falta á mis estrofas,
esa que mi cerebro se imagina;
la que, si estoy en sueños,
se acerca y me visita;
ella que, hermosa, tiene
una carne ideal, grandes pupilas,
algo del mármol, blanca luz de estrella;
nerviosa, sensitiva,
muestra el cuello gentil y delicado
de las Hebes antiguas,
bellos gestos de diosa,
tersos brazos de ninfa,
lustrosa cabellera
en la nuca encrespada y recogida,
y ojeras que denuncian
ansias profundas y pasiones vivas.
Ah, por verla encarnada,
por gozar sus caricias,
por sentir en mis labios
los besos de su amor, diera la vida!
Entre tanto, hace frío.
Yo contemplo las llamas que se agitan,
cantando alegres con sus lenguas de oro,

móviles, caprichosas é intranquilas,
en la negra y cercana chimenea
do el tuero brillador estalla en chispas.

*

Luego pienso en el coro
de las alegres liras,
en la copa labrada el vino negro,
la copa hirviente cuyos bordes brillan
con iris temblorosos y cambiantes
como un collar de prismas;
el vino negro que la sangre enciende
y pone el corazón con alegría,
y hace escribir á los poetas locos
sonetos áureos y flamantes silvas.
El Invierno es beodo.
Cuando soplan sus brisas,
brotan las viejas cubas
la sangre de las viñas.
Sí, yo pintara su cabeza cana
con corona de pámpanos guarnida.
El Invierno es galeoto,
porque en las noches frías

Paolo besa á Francesca
en la boca encendida,
miéntras su sangre como fuego corre
y el corazón ardiendo le palpita.
Oh, crudo Invierno, salve!
puesto que traes con las nieves frígidas
el amor embriagante
y el vino del placer en tu mochila!

*

Ardor adolescente,
miradas y caricias:
cómo estaría trémula en mis brazos
la dulce amada mía,
dándome con sus ojos luz sagrada,
con su aroma de flor, savia divina!
En la alcoba la lámpara
derramando sus luces opalinas;
oyéndose tan sólo
suspiros, ecos, risas;
el rnido de los besos;
la música triunfante de mis rimas

y en la negra y cercana chimenea
el tuero brillador que estalla chispas.
Dentro, el amor que abrasa;
fuera, la noche fría!

PENSAMIENTO DE OTOÑO

DE ARMAND SILVESTRE

Huye el año á su término
como arroyo que pasa,
llevando del poniente
luz fugitiva y pálida.
Y así como el del pájaro
que triste tiende el ala,
el vuelo del recuerdo
que al espacio se lanza
languidece en lo inmenso
del azul por do vaga.
Huye el año á su término
como arroyo que pasa.

*

Un algo de alma aun yerra
por los cálices muertos
de las tardas volúbilis
y los rosales trémulos.
Y de luces lejanas
al hondo firmamento,
en alas del perfume
aun se remonta un sueño.
Un algo de alma aun yerra
por los cálices muertos.

*

Canción de despedida
fingen las fuentes túrbidas.
Si te place, amor mio,
volvamos á la ruta
que allá en la primavera
ambos, las manos juntas,
seguimos embriagados
de amor y de ternura
por los gratos senderos

do sus ramas columpian
olientes avenidas
que las flores perfuman.
Canción de despedida
fingen las fuentes túrbidas.

*

Un cántico de amores
brota mi pecho ardiente
que eterno abril fecundo
de juventud florece.
Que mueran en buen hora
los bellos dias! Llegue
otra vez el invierno;
renazca áspero y fuerte.
Del viento entre el quejido,
cual mágico himno alegre,
un cántico de amores
brota mi pecho ardiente.

*

Un cántico de amores
á tu sacra beldad,

mujer, eterno estío,
primavera inmortal!
Hermana del ígneo astro
que por la inmensidad
en toda estación vierte
fecundo, sin cesar,
de su luz esplendente
el dorado raudal.
Un cántico de amores
á tu sacra beldad,
mujer, eterno estío!
primavera inmortal!

Á UN POETA

Nada más triste que un titán que llora,
Hombre-montaña encadenado á un lirio,
Que gime, fuerte, que pujante, implora:
Víctima propia en su fatal martirio.

Hércules loco que á los pies de Onfalia
La clava deja y el luchar rehusa,
Héroe que calza femenil sandalia,
Vate que olvida la vibrante musa.

¡Quién desquijada los robustos leones,
Hilando esclavo con la débil rueca;
Sin labor, sin empuje, sin acciones
Puños de fierro y áspera muñeca!

No es tal poeta para hollar alfombras
Por donde triunfan femeniles danzas:
Que vibre rayos para herir las sombras,
Que escriba versos que parezcan lanzas.

Relampagueando la soberbia estrofa,
Su surco deje de esplendente lumbre;
Y el pantano de escándalo y de mofa
Que no lo vea el águila en su cumbre.

Bravo soldado con su casco de oro
Lance el dardo que quema y que desgarra,
Que embista rudo como embiste el toro,
Que clave firme, como el león, la garra.

Cante valiente y al cantar trabaje,
Que ofrezca robles si se juzga monte;
Que su idea, en el mal rompa y desgaje
Como en la selva virgen el bisonte.

Que lo que diga la inspirada boca
Suene en el pueblo con palabra extraña;
Ruido de oleaje al azotar la roca,
Voz de caverna y soplo de montaña.

Deje Sansón de Dálila el regazo:
Dálila engaña y corta los cabellos.
No pierda el fuerte el rayo de su brazo
Por ser esclavo de unos ojos bellos.

ANAGKE

Y dijo la paloma:
Yo soy feliz. Bajo el inmenso cielo,
En el árbol en flor, junto á la poma
Llena de miel, junto al retoño suave
Y húmedo por las gotas de rocío,
Tengo mi hogar. Y vuelo,
Con mis anhelos de ave,
Del amado árbol mío
Hasta el bosque lejano,
Cuando al himno jocundo
Del despertar de Oriente,
Sale el alba desnuda, y muestra al mundo
El pudor de la luz sobre su frente.
Mi ala es blanca y sedosa;
La luz la dora y baña

Y céfiro la peina.
Son mis piés como pétalos de rosa.
Yo soy la dulce reina
Que arrulla á su palomo en la montaña.
En el fondo del bosque pintoresco
Está el alerce en que formé mi nido:
Y tengo allí bajo el follaje fresco,
Un polluelo sin par, recién nacido.
Soy la promesa alada.
El juramento vivo:
Soy quien lleva el recuerdo de la amada
Para el enamorado pensativo;
Yo soy la mensajera
De los tristes y ardientes soñadores,
Que va á revolotear diciendo amores
Junto á una perfumada cabellera.
Soy el lirio del viento.
Bajo el azul del hondo firmamento
Muestro de mi tesoro bello y rico
Las preseas y galas:
El arrullo en el pico,
La caricia en las alas.
Yo despierto á los pájaros parleros
Y entonan sus melódicos cantares:
Me poso en los floridos limoneros

Y derramo una lluvia de azahares.
Yo soy toda inocente, toda pura.
Yo me esponjo en las ansias del deseo,
Y me estremezco en la íntima ternura
De un roce, de un rumor, de un aleteo.
¡Oh inmenso azul! Yo te amo. Porque á Flora
Das la lluvia y el sol siempre encendido:
Porque, siendo el palacio de la Aurora,
También eres el techo de mi nido.
¡Oh inmenso azul! Yo adoro
Tus celajes risueños,
Y esa niebla sutil de polvo de oro
Donde van los perfumes y los sueños.
Amo los velos tenues, vagarosos,
De las flotantes brumas,
Donde tiendo á los aires cariñosos
El sedeño abanico de mis plumas.
Soy feliz! porque es mía la floresta,
Donde el misterio de los nidos se halla;
Porque el alba es mi fiesta
Y el amor mi ejercicio y mi batalla.
Feliz, porque de dulces ansias llena
Calentar mis polluelos es mi orgullo;
Porque en las selvas vírgenes resuena
La música celeste de mi arrullo.

Porque no hay una rosa que no me ame,
Ni pájaro gentil que no me escuche,
Ni garrido cantor que no me llame.
—Sí? dijo entonce un gavilán infame.
Y con furor se la metió en el buche.
Entónces el buen Dios allá en su trono,
(mientras Satán, para distraer su encono
Aplaudía á aquel pájaro zahareño,)
Se puso á meditar. Arrugó el ceño,
Y pensó, al recordar sus vastos planes,
Y recorrer sus puntos y sus comas,
Que cuando creó palomas
No debía haber creado gavilanes.

SONETOS ÁUREOS

CAUPOLICÁN

á Enrique Fernández Miyares

Es algo formidable que vió la vieja raza:
Robusto tronco de árbol al hombro de un campeón
Salvaje y aguerrido, cuya fornida maza
Blandiera el brazo de Hércules, ó el brazo de Sansón.
Por casco sus cabellos, su pecho por coraza,
Pudiera tal guerrero, de Aráuco en la región,
Lancero de los bosques, Nemrod que todo caza,
Desjarretar un toro, ó estrangular un león.
Anduvo, anduvo, anduvo. Le vió la luz del día,
Le vió la tarde pálida, le vió la noche fría,
Y siempre el tronco de árbol á cuestas del titán.
"¡El Toqui, el Toqui!" clama la conmovida casta.
Anduvo, anduvo, anduvo. La Aurora dijo: "Basta."
E irguióse la alta frente del gran Caupolicán.

VENUS

*

En la tranquila noche, mis nostalgias amargas sufría.
En busca de quietud bajé al fresco y callado jardín.
En el oscuro cielo Venus bella temblando lucía,
Como incrustado en ébano un dorado y divino jazmín.
A mi alma enamorada, una reina oriental parecía,
Que esperaba á su amante, bajo el techo de su camarín;
O que, llevada en hombros la profunda extensión recorría,
Triunfante y luminosa, recostada sobre un palanquín.
"Oh reina rubia!-díjele-mi alma quiere dejar su crisálida,
Y volar hacia tí, y tus labios de fuego besar;
Y flotar en el nimbo que derrama en tu frente luz pálida
Y en siderales éxtasis no dejarte un momento de amar."
El aire de la noche refrescaba la atmósfera cálida.
Venus, desde el abismo, me miraba con triste mirar.

DE INVIERNO

ACUARELA

En invernales horas, mirad á Carolina.
Medio apelotonada, descansa en el sillón,
Envuelta con su abrigo de marta cibelina
Y no lejos del fuego que brilla en el salón.
El fino angora blanco junto á ella se reclina,
Rozando con su hocico la falda de Alençon.
No lejos de las jarras de porcelana china
Que medio oculta un biombo de seda del Japón.
Con sus sutiles filtros la invade un dulce sueño:
Entro, sin hacer ruido; dejo mi capa grís;
Voy á besar su rostro rosado y halagüeño
Como una rosa roja que fuera flor de lís;
Abre los ojos, mírame con su mirar risueño,
Y en tanto cae la nieve del cielo de París.

MEDALLONES

I

LECONTE DE LISLE

De las eternas musas el reino soberano
Recorres, bajo un soplo de vasta inspiración,
Como un rajah soberbio que en su elefante indiano
Por sus dominios pasa de rudo viento al son.
Tú tienes en tu canto como ecos de oceano:
Se vé en tu poesía la selva y el león;
Salvaje luz irradia la lira que en tu mano
Derrama su sonora, robusta vibración.
Tú del fakir conoces secretos y avatares:
A tu alma dió el Oriente misterios seculares.
Visiones legendarias y espíritu oriental.
Tu verso está nutrido con savia de la tierra;
Fulgor de Ramayanas tu viva estrofa encierra,
Y cantas en la lengua del bosque colosal.

II

CATULLE MENDÈS

Puede ajustarse al pecho coraza férrea y dura;
Puede regir la lanza, la rienda del corcel;
Sus músculos de atleta soportan la armadura ....
Pero él busca en las bocas rosadas, leche y miel.
Artista hijo de Cápua, que adora la hermosura,
La carne femenina prefiere su pincel;
Y en el recinto oculto de tibia alcoba oscura
Agrega mirto y rosas á su triunfal laurel.
Canta de los oarystis el delicioso instante.
Los besos y el delirio de la mujer amante:
Y en sus palabras tiene perfume, alma, color.
Su ave es la venusina, la tímida paloma.
Vencido hubiera en Grecia, vencido hubiera en Roma,
En todos los combates del arte, ó del amor.

III

WALT WHITMAN

En su país de hierro vive el gran viejo,
Bello como un patriarca, sereno y santo.
Tiene en la arruga olímpica de su entrecejo
Algo que impera y vence con noble encanto.
Su alma del infinito parece espejo;
Son sus cansados hombros dignos del manto;
Y con arpa labrada de un roble añejo
Como un profeta nuevo canta su canto.
Sacerdote que alienta soplo divino,
Anuncia en el futuro, tiempo mejor.
Dice el águila: "Vuela!" "Boga!" al marino,
Y "Trabaja!" al robusto trabajador.
Así va ese poeta por su camino,
Con su soberbio rostro de emperador!

IV

J. J. PALMA

Ya de un corintio templo cincela una metopa,
Ya de un morisco alcázar el capitel sutil,
Ya como Benvenuto, del oro de una copa
Forma un joyel artístico, prodigio del buril.
Pinta las dulces Gracias, ó la desnuda Europa,
En el pulido borde de un vaso de marfil,
O á Diana, diosa virgen de desceñida ropa,
Con aire cinegético, ó en grupo pastoril.
La musa que al poeta sus cánticos inspira
No lleva la vibrante trompeta de metal,
Ni es la bacante loca que canta y que delira,
En el amor fogosa, y en el placer triunfal:
Ella al cantor ofrece la septicorde lira,
O, rítmica y sonora, la flauta de cristal.

V

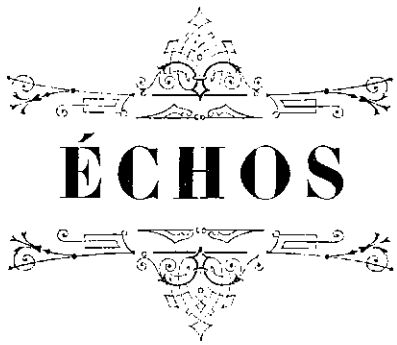
PARODI

Dió luz á sus estrofas el cielo azul de Italia,
Le atrajo con su inmenso fulgor el gran París:
Ciñeron su cabeza los lauros de la Galia
Y fueron sus hermanos los hijos de San Luis.
Las máscaras le dieron las gracias de Tesalia:
Cantó el valor, un astro; y la virtud, un lis.
Y luego dió á los vientos su rítmica familia.
Y el cielo antes rosado tornóse cielo gris.
Los gritos de su carne son gritos de bacante.
Las voces de su alma dan vida á la ilusión;
A la esperanza muerta levántala radiante
De su pectide helénica al desusado son
Y en medio de la Francia, magnífico y vibrante
Su espíritu está lleno de aurora y de visión.

VI

SALVADOR DIAZ MIRÓN

Tu cuarteto es cuadriga de águilas bravas
Que aman las tempestades, los oceanos;
Las pesadas tizonas, las férreas clavas,
Son las armas forjadas para tus manos.
Tu idea tiene cráteres y vierte lavas;
Del Arte recorriendo montes y llanos
Van tus rudas estrofas jamás esclavas,
Como un tropel de búfalos americanos.
Lo que suena en tu lira lejos resuena,
Como cuando habla el bóreas, ó cuando truena.
¡Hijo del Nuevo Mundo! la humanidad
Oiga, sobre la frente de las naciones,
La hímnica pompa lírica de tus canciones
Que saludan triunfantes la Libertad!


ÉCHOS

A MADEMOISELLE....

J'aime la belle fleur d'or
Pour tes cheveux, mon trésor,
Et un lys pour ton corset.
Veux-tu d'autre fleur alors?
Mes lèvres pour ton baiser.

PENSÉE

Les yeux à l'horizon sublime de l'Histoire,
J'étais sous un grand souffle peuplé d'illusion.
Et j'ai vu, frémissant, ta palme d'or, ô Gloire,
Et j'ecouté, ô Fame, la voix de ton clairon!

CHANSON CRÉPUSCULAIRE

Le bois vierge éveillé, de sa langue sonore
Chante, tout frémissant, la chanson de l'aurore.
Vibrent les jeunes arbres, éclate la lumière
Qui décore le front de l'aube printanière.
Dans une gloire d'or, semblable á un empereur,
Le grand soleil caresse et l'oiseau et la fleur.
O sève! ó volupté! Je vois un noir taureau
Manger de la pature au bord d'un frais ruisseau
Tandis que sur des feuilles où la lumière tombe,
A plein air, amoureuse, roucoule une colombe.
Là bas je vois la mer grisâtre et l'horizon
Doré par le matin: et là bas le vallon:
Partout la joie de vie comme un souffle mystique,
Partout l'ivresse ardente, l'haleine du tropique.

On dirait une fête suprême, un plaisir pur,
Sous le regard profond de l'éternel azur.

*

L'aube émaille de perles son beau peplum de rose
Dans les vagues d'opale qui font l'apothéose.
On voit la plaine verte dans une reverie
Comme le champ de riz d'une chinoiserie.
C'est l'heure de l'Orient et du doux crépuscule.
L'heure du papillon et de la libellule,
Et du nid qui gazouille et des petits enfants.
Les prés ont des sourirs et des cris triomphants.
On voit sur les collines pitoresques, sauvages,
Comme de cygnes blancs les humides nuages.
Partout la vie, partout la joie, partout l'amour.
Seulement dans mon cœur est triste ce beau jour.

*

Hélas, ma bien aimée! L'implacable destin
A empoisonné ma coupe, a empoisonné mon vin.
Je ne vois pas tes yeux, adorable trésor,
Je ne vois pas ta bouche charmante, à la voix d'or,

Ta chevelure blonde, ton profil séraphique.
Et ton corps delicat de canéphore antique.
Loin de toi, je suis triste, et je suis solitaire;
Je chante ma plaintive chanson crépusculaire.
Champ fleuri! Mon printemps est plein de ma souffrance.

*

Maintenant, je vois l'aube! L'aube, c'est l'éspérance.....

FIN

NOTAS

I

Cartas de Don Juan Valera, de la Real Academia Española

El ilustre autor de PEPITA JIMENEZ comenzó á publicar en *El Imparcial* de Madrid una serie de cartas que llamó *Americanas*, por referirse á obras y autores de América. Esto fué en el año de 1888.

Me encontraba en Valparaiso, y á la sazón era cónsul de España en aquel puerto(1) el señor don Antonio Alcalá Galiano y Miranda, hijo del insigne orador y

(1) Hoy es cónsul general de S. M. C. en Argel, después de haber tenido igual representación en la China.

hombre público del mismo nombre, y primo de don Juan Valera. Por medio de don Antonio remití al autor famoso y crítico eminente un ejemplar de mi AZUL.... que acababa de aparecer, impreso en la tipografía Excelsior. Poco tiempo después tuve la honra de que Valera escribiese respecto á mi libro las dos cartas que encabezan esta edición.

II

PÁG. XXXV

L'art, c'est l'azur.

Esta frase de Víctor Hugo que sirve de epígrafe al prólogo de don Eduardo de la Barra, explica el porqué del título de la obra. Evocado por la palabra azul, surje del fondo de nuestro ser "lo ideal, lo etéreo, lo infinito, la serenidad del cielo sin nubes, la luz difusa, la amplitud vaga y sin límites, donde nacen, viven, brillan y se mueven los astros." Palabras de Valera. Y dice el primero de los poetas: *L'art, c'est l'azur.*

Recuerdo aquella canción del mismo Víctor Hugo en LES CHATIMANTS, *Le chant de ceux qui s'en vont sur mer*, que comienza

Adieu patrie!
L'onde est en furie.
Adieu patrie!
Azur!

Jean Aicard ha escrito después: *L'amour, c'est l'azur.....*

III

PÁG. XLIV

"Junto al gran anciano, *bardo* un día de los románticos, coloca en su afecto á la secta moderna de los simbolistas y decadentes."

A estas palabras de mi egregio amigo el poeta chileno de la Barra, tengo que responder lo siguiente. No puedo colocar á la par de Víctor Hugo á los decadentes, porque estos, como los parnasianos, los neo-románticos, no son sino retoños del gran roble. Esos zíngaros, como les llama el Sr. de la Barra, descienden "de Ramses el grande."

IV

PÁG. LII

Es Rubén Darío decadente? El lo creé así; yo lo niego.

No lo creo. Admiro el delicado procedimiento de

esos refinados artistas que hoy tiene Francia, pero bien sé hasta donde llegan sus exageraciones y exquisiteces. Entre José María de Heredia, parnasiano, y Mallarmé, Valabregue, ú otro de los decadentes, me quedo con el rey de los sonetistas.

V

PÁG. 1

Imaginadlo enjaulado en el pandemonium de la Aduana de Valparaiso, tratando de fardos, contando barricas, alineando números en negras columnas! Imposible! Y hay sinembargo, que dar vuelta el manubrio! Ah, creedme, yo lo comprendo.....pero, al menos, él, lleno de juventud, lleva en el pecho la esperanza.....!

Cuando en 1887 llegó por primera vez el cólera á Santiago de Chile, puse pies en polvorosa, huyendo del terrible enemigo, y me trasladé á Valparaiso, donde de periodista me trasformé en empleado de Aduana. De mi ineptitud en tal campo pueden dar razón aquellos excelentes muchachos, mis compañeros! Pero había que dar vueltas al manubrio del trabajo, y á falta de pruebas de imprenta, buenas son pólizas.

De la Barra deja ver cierta justa tristeza, y harta razón tiene, en verdad. Ese hombre eminente que honra á su país, ha vivido una vida de luchas por las

ideas liberales, ha sido maestro de la juventud, difusor de luz, poeta de las glorias patrias, y sinembargo, ¡cuantos hombres nulos fueron profetas antes que él! Ley dura. Por desgracia, peor que en ninguna parte en nuestros países de la América latina!

VI

Pág. LXV

Eh! dejad á los clérigos del *Estandarte* la gloria de tejer fajas púdicas para la Venus de Milo.....

Se refiere á los escritores del diario santiagués *El Estandarte Católico*, magistralmente redactado por clérigos y en cuyas columnas se ha combatido duramente el desnudo en el arte.

VII

Pág. LXXV

Por la propiedad quisiéramos que la escena pasara en la India, cuna de tigres bengaleses, y soto de caza de los príncipes de Inglaterra.....

Está atendido lo indicado por el prologuista, en esta segunda edición.

VIII

PÁG. LXXIX

La envidia se pondrá pálida; Nicaragua se encogerá de hombros, que nadie es profeta en su tierra.

Oh, poeta! tú lo fuiste al escribir esas palabras.

IX

PÁG. 7

Y bien! Los ritmos se prostituyen y se fabrican jarabes poéticos. Además, señor, el zapatero critica mis endecasílabos y el señor profesor de farmacia pone puntos y comas á mi inspiración.

Circunscribiéndonos á la América latina: Nunca se había visto una plaga de versificadores anodinos y tontos, como la que ha aparecido en estos últimos tiempos. Imitadores desmañados de obras inimitables, poetastros á la antigua, fabricantes de octavas reales, confiteros en verso, etc.

Y luego, la crítica, arte digno y elevado, en manos de cualquier ratón de imprenta, ó dómine trasnochado. Por fortuna, no falta uno que otro escritor noble y entendido entre los hombres de la pasada generación y en la juventud que se levanta.

No obstante, cualquiera buena reputación está expuesta á ser manoseada por el zapatero de aquí, el sastre de allí y el dependientucho de más allá.....

X

PÁG. 13

El asno, (aunque entonces no había conversado con Kant.....)

Referencia al poema de Víctor Hugo, *L'âne*.

XI

PÁG. 16

Filomela había volado á posarse en la lira, como la paloma anacreóntica.....

En la oda IX de Anacreonte, *A una paloma*, se encuentra la delicada figura de la avecita adormecida sobre la lira del poeta.

XII

PÁG. 22

Alguien dijo:—Ah, sí, Fremiet!

Emmanuel Fremiet, el famoso escultor francés contemporáneo, cuya especialidad son los animales. Fué discípulo del célebre Rude.

Se recuerda una buena obra de su juventud, la *Gacela*, y es bien conocida su preciosa obra maestra, *Un perro herido*. Entre sus otros trabajos notabilísimos, el *Centauro Tereo*, el *Caballo de Montfaucon*, etc. Ultimamente, la estátua de Juana de Arco.

XIII

PÁG. 29

EL FARDO. Este es un episodio verdadero, que me fué narrado por un viejo lanchero en el muelle fiscal de Valparaiso, en él tiempo de mi empleo en la Aduana de aquel puerto. No he hecho sino darle una forma conveniente.

XIV

PÁG. 33

.....cantando en baja voz alguna triste.

Las "tristes" son unas canciones populares en el Perú, Bolivia y aun en Chile. Y en verdad que merecen el nombre que tienen, por la melancolía de su

ritmo, algo como una dolorosa melopea. y por la letra, que, casi siempre expresa penas y quejas de amor. Algo semejante son los yaravíes.

XV

Pág. 37

.....cuando llevaban el cadaver á Playa-Ancha

Playa-Ancha es el cementerio de los pobres, en Valparaiso.

XVI

Pág. 39

El velo de la Reina Mab.

La reina Mab es una de las creaciones de la mitología inglesa. Es la reina de los sueños.

Shakespeare, se refiere á ella, por boca de Mercutio, en la escena IV del acto I de Romeo y Julieta. He aquí las palabras de Mercutio, según la excelente versión de Menendez Pelayo:

"Sin duda te ha visitado la Reina Mab, nodriza de las hadas. Es tan pequeña con el ágata que brilla en el anillo de un regidor. Su carroza va arrastrada por

caballos leves como átomos, y sus rádios son patas de taráutula; las correas son de gusano de seda, los frenos de rayos de luna; huesos de grillo é hilo de araña forman el látigo; y un mosquito de oscura librea, dos veces mas pequeño que el insecto que la aguja sutil extrae del dedo de ociosa dama, guía el espléndido equipaje. Una cáscara de avellana forma el coche elaborado por la ardilla, eterna carpintera de las hadas. En ese carro discurre de noche y día por cabezas enamoradas, y les hace concebir vanos deseos, y anda por las cabezas de los cortesanos, y les inspira vanas cortesías. Corre por los dedos de los abogados y sueñan con procesos. Recorre los labios de las damas y sueñan con besos. Anda por las narices de los pretendientes, y sueñan que han alcanzado un empleo. Azota con la punta de un rabo de puerco las orejas del cura, produciendo en ellas sabroso cosquilleo, indicio cierto de beneficio, ó canongía cercana. Se adhiere al cuello del soldado y le hace soñar que vence y triunfa de sus enemigos y los degüella con su truculento acero toledano, hasta que oyendo los sones del cercano atambor, se despierta sobresaltado, reza un padre nuestro y vuelve á dormirse. La reina Mab es quien enreda de noche las crines de los caballos, y enmaraña el pelo de los duendes, é infecta el

lecho de la cándida virgen y despierta en ella por primera vez impuros pensamientos."

Shelley escribió uno de sus mejores poemas titulado La Reina Mab.

Mi cuento *El velo de la Reina Mab* ha tenido mejor suerte que todos sus otros hermanos. El insigne poeta y afamado artista catalán Apeles Mestres, lo ilustró con tres admirables rasgos de su brillante lápiz, los que, como todo lo que autoriza su firma, tienen el sello de su ingenio poderoso.

XVII

Pág. 57

Puck se había entrometido en el asunto, el pícaro Puck!

Puck es un duende ó demonio, ó elemental, como dicen los theósofos, que aparece con mucha frecuencia en cuentos y leyendas de Suecia y Dinamarca. En sajón su nombre es Hodeken, y en sueco Nissegodreng, que quiere decir *Nisse, el buen muchacho*. Es un duende pícaro pero servicial. Shakespeare lo hace figurar en su Sueño de una noche de verano. Véase la pregunta que le hace una hada, en la escena 1ª del acto II de ese drama, magistralmente traducido por mi muy

querido amigo el poeta peruano José Arnaldo Márquez.

Hada.—"O yo equivoco enteramente vuestra forma, ó sois el astuto y maligno espíritu llamado Robin-Buen-Chico. ¿No sois aquel que asusta á las muchachas de aldea, espuma la leche, y á veces trabaja en el molino de mano echando á perder todo el contenido de la mantequera de la pobre mujer hacendosa, y en otras ocasiones hace que no espumée la cerveza? No extraviais á los que viajan de noche, y os reís del daño que sufren? Haceis el trabajo de los que os llaman buen duende y lindo Puck, y les dais la buena ventura. ¿No sois ese espíritu?

Puck.—Has hablado con acierto. Yo soy aquel alegre peregrino de la noche; yo hago chanzas que hacen sonreir á Oberón; como cuando atraigo algún caballo gordo y bien nutrido de grano, imitando el relincho de una potranca; y algunas veces me escondo en el tazón de alguna comadre, pareciendo en todo como un cangrejo asado; y cuando va á beber, choco contra su labio y hago caer la cerveza sobre su blanco delantal. Suele acontecer que la tía más prudente refiriendo un tristísimo cuento, me equivoca con su sitial de tres pies; me escurro al punto, y cae á plomo gritando y se apodera de ella un acceso de

tos. Entonces toda la concurrencia apretándose los costados, se ríe y estornuda, y jura que nunca se ha pasado allí hora más alegre."

XVIII

PÁG. 69

Se apoyó en el zócalo de un famo soberbio y bizarro cincelado por Plaza.

Nicanor Plaza, chileno, el primero de los escultores americanos, cuyas obras se han expuesto con gran éxito en el Salón de París. Entre sus obras, las más conocidas y de mayor mérito, están una *Susana* y *Caupolicán*, esta última, magnífica de fuerza y de audacia. La industria europea se aprovechó de esta creación de Plaza,—sin consultar con él para nada, por supuesto, y sin darle un centavo—y la multiplicó en el bronce y en la terracota. El *Caupolicán* de Plaza se vende en los almacenes de bric-a-brac, de Europa y América, con el nombre de *The last of the mohicans!*

Un grabado que representa esa obra maestra de Plaza, fué publicado en la *Ilustración Española y Americana*.

La gloria no ha sido esquiva con el amigo Plaza; pero no así la fortuna. . . .

XIX

PÁG. 95

En Chile. *El Album Porteño* y el *Album Santiagués*, debían formar parte de un libro que con el título de Dos años en Chile se anunció en Valparaiso cuando apareció Azul. . . . , y que no vió la luz pública, por circunstancias especiales.

XX

PÁG. 100

Un huaso robusto.

En Chile llaman "huasos" á los hombres del campo, como "rotos" á las gentes de la plebe.

XXI

PÁG. 101

.....los brazos gigantescos, donde, como en los de Amico, parecían los músculos redondas piedras de las que deslavan y pulen los torrentes.

Referencia hecha al gigante Amico, rey de los Bé-

brices que fué vencido por Polux en lucha singular. Véase el idilio XXII de Teócrito. En la traducción famosa del helenista mejicano Ipandro Acaico, se leé esta estrofa, entre las que describen á Amico:

Cerca del hombro, músculos salientes
Rudo ostentaba el gigantesco brazo.
Cual las redondas piedras que en su curso
Veloz torrente pule desbarando.

XXII

PÁG. 102

La Virgen de la paloma.—Este cuadrito, tan modesto en este libro, tengo la convicción de que daría motivo, tratado por un pintor de talento, á una obra artística original y de alto valor estético.

XXIII

PÁG. 105

La Alameda.—Es el nombre de uno de los lugares de paseo mas concurridos de la capital de Chile.

XXIV

PÁG. 115

LA MUERTE DE LA EMPERATRIZ DE LA CHINA.

Al duque Job, de México.

El duque Job es el pseudónimo con que se firma en la prensa de México, el admirable escritor y poeta Manuel Gutierrez Nájera.

XXV

PÁG. 129

A UNA ESTRELLA.—*Romanza en prosa.*

Este capricho fué publicado por primer vez en un diario de Guatemala, y apareció con una dedicatoria á Manuel Coronel Matus, excelente amigo, inteligencia brillante, y alma noble.

XXVI

PÁG. 148

Aquel macho que huyó bravo y zahareño
á los rayos ardientes

del sol, en su cubil después dormía.
Entonces tuvo un sueño:
que enterraba las garras y los dientes
en vientres sonrosados
y pechos de mujer; y que engullía
por postres delicados
de comidas y cenas.—
como tigre goloso entre golosos—
unas cuantas docenas
de niños tiernos, rubios y sabrosos.'

Mucho tiempo después de la publicación de Azul.... llegaron á mis manos las Odas bárbaras de Leconte de Lisle y entre ellas me llamó la atención *El sueño del jaguar*. Encontré, holgándome de ello, una coincidencia, aunque lejana, entre esa obra del maestro y la humildísima *Estival* mía. Para que se juzgue mejor, copiaré aquí los admirables versos del poeta francés.

Le Rêve du jaguar

Sous les noirs acajous, les lianes en fleur,
Dans l'air lourd, immobile, et saturé des mouches,
Pendent, et, s'enroulant en bas parmi les souches,
Bercent le perroquet splendide et querelleur.
L'araignée au dos jaune et les singes farouches.

C'est là que le tueur de bœufs et de chevaux,
Le long des vieux troncs morts à l'écorce moussue,
Sinistre et fatigué, revient à pas égaux.
Il va, frottant ses reins musculeux qu'il bossue;
Et du mufle béant par la soif alourdi,
Un souffle rauque et bref, d'une brusque secousse,
Trouble les grands lézards, chauds des feux de midi,
Dont la fuite étincelle travers à l'herbe rousse.
Eu un creux du bois sombre interdit au soleil
Il s'affaisse, allongé sur quelque roche plate;
D'un large coup de langue il se lustre la patte;
Il cligne ses yeux d'or hébétés de sommeil;
Et dans l'illusion de ses forces inertes,
Faisant mouvoir sa queue et frissonner ses flancs,
Il rêve qu'au milieu des plantations vertes,
Il enfonce d'un bond ses ongles ruisselants,
Dans la chair des taureaux effarés et beuglants.

XXVII

PÁG. 159

El invierno es galeoto,
porque en las noches frías
Paolo besa á Francesca
en la boca encendida.

mientras su sangre como fuego corre
y el corazón ardiendo le palpita.

Referencia al pasaje del Dante en que se encuentra el verso

Galeoto fu el libro e chi lo scrisse. . . .

que dió motivo al nombre de una de las obras maestras de Echegaray, El gran galeoto.

XXVIII

Pág. 177

Caupolican

El asunto de este soneto es un episodio de la Araucana de Ercilla. Caupolicán es el indio heróico que dió muerte al gran conquistador don Pedro de Valdivia.

XXIX

Pág. 183

Leconte de Lisle

Es uno de los más vigorosos poetas franceses. A él escribió Víctor Hugo enviándole uno de sus libros:

Jungamos dextras. Es de la aristocracia de los hombres de letras. Lo cual aisla, según decía Baudelaire al hablar de Gautier. El mismo autor de las FLORES DEL MAL, dijo de Leconte de Lisle: Il appartient d'ailleurs á cette famille d'esprits qui ont pour tout ce qui n'est pas supérieur un mépris si tranquille qu'il ne daigne mème pas s'exprimer.

XXX

PÁG. 185

CATULLE MENDÉS

Este maravilloso *conteur* y poeta desciende de una familia portuguesa judía. Ha publicado muchas obras que le han dado su título de príncipe de las letras. Víctor Hugo le amó paternalmente. Se casó con una hija de Theophile Gautier y se divorció al poco tiempo. Vive en París.

XXXI

PÁG. 187

WALT WHITMAN

En mi opinión el más grande de los poetas de la América del Norte. En Francia no se le conoce aún

lo suficiente. Un magistral estudio sobre su vida y obras de Whitman publicó en la *Revue de deux mondes* Gabriel Sarrazin. Así mismo José Martí le dedicó una de sus más bellas producciones en *La Nación* de Buenos Aires, y R. Mayorga R. un excelente artículo en la *Revista Ilustrada* de Nueva York.

XXXII

Pág. 189

J. J. Palma

Quién no conoce en la América Española los deliciosos versos del amigo Palma, el más sentimental de los poetas de Cuba?

De un juicio del escritor habanero Señor Sancho, copio los párrafos siguientes:

Árabe blondo, arrogante como un pirata escandinavo y femenil como un andrógino del celeste coro, místico y sensual como un ermitaño, José Joaquín Palma, cubano y poeta, es uno de los casos más originales de atavismo. Como Zorrilla, su inmediato antecesor en la raza, se siente africano y provenzal, y así piensa y se produce.

Poeta lírico, y en grado eminente, solo alcanza á

esbozar vagas siluetas sin perfiles ni colorido. Dotado de extraordinaria imaginación auditiva, traduce en armonías todas sus impresiones, como si cada contorno, cada línea, cada matiz, arrancase una nota al arpa de sus sensaciones. Si para Luaces era el mundo externo inmenso museo de formas escultúrales; espléndida y feérica paleta para el cubano francés José María de Heredia, para Palma es inefable y misterioso poema melódico. Podría atenuarse lo que han dicho de él fogosos admiradores, hipnotizados por la mágia de sus rimas, diciendo que es un caso de vocación desviada, que así como Gautier era un pintor entrometido á literato, Palma es un discípulo de Bellini extraviado en el Parnaso Cubano. Accionan sus versos sobre el yo sensitivo, sumergiendo el espíritu en lánguida y voluptuosa somnolencia, en brumoso crepúsculo, haciéndolo flotar entre albores de ideas y vislumbres de sentimientos.

XXXIII

PÁG. 191

PARODI

Poeta italiano, residente en París. En un diario de Guatemala, publiqué respecto á tan egregio hombre

de letras, las siguientes líneas, dedicadas á mi ilustre amigo Valero Pujol.

La primera vez que oí el nombre de Alejandro Parodi, fué cuando Sarah Bernhardt dió la *Roma cainene* en el teatro municipal de Santiago de Chile. Esta obra la sintetiza el autor en el siguiente alejandrino

Le mulheur demandait á la sorte des armes.

Admiré á la trágica incomparable, y quedó en mi memoria, lleno de gloriosa luz, el poeta de Italia que escribe en el idioma de Víctor Hugo, obras soberbias de inventiva y admirables de arte.

El gran París adopta á todos los expósitos de la gloria: la ciudad formidable de la lucha por la vida, suele ser la consoladora, alentadora y enriquecedora de más de un hijo desconocido por su madre, ó desgraciado en su propio terruño; sea judío alemán, como Alberto Wolff, cristiano aragonés, como Eusebio Blasco, ó poeta italiano como Alejandro Parodi.

Este artista del verso que hubiera podido subir á la altura apoyado en los tercetos del Dante, se ha acogido á los hemistiquios del dios Hugo y habita en la casa del gran Moliere.

El le dice al país de Francia: Mi corazón ha bebido tu savia y se ha arraigado en tu seno, oh patria en que no he nacido; ¿pero no tienes tú un hijo, donde quiera que piensa un hombre?

Y él, poeta heleno y romano, adora la claridad de esa "hermana de Atenas y de Roma."

Los parisienses le recibieron fraternalmente y le pusieron el plato en la mesa y el vino en el vaso. Los laureles que coronan su frente de pensador y de bardo, han brotado en el suelo de la poderosa y brillante Lutecia.

* * *

Conozco por un grabado de Le Nain, el retrato de Parodi, con su franco rostro de hombre superior, sus espejuelos, á través de los cua-

les se advierte la serena y potente mirada, su corbata de artista,—de esas que se descuelgan por el pecho dejando el lazo descuidado al cuello,—su aspecto, en fin, noble y simpático.

Escribió en Francia para el teatro y pasó el arduo rubicón de la fama. Escribió *Ulm el parricida:* "Humble voix, je disais le remords et ses larmes."

Se llenó del soplo de la Biblia, y de allí *Séphora:* "La vierge préférant l'homme qui souffre á l'ange." Escribió *Selpha:* "Le cygne dans la mort se lavant de la fange," y *François* 1er: "Marignan et Pavie et le roy qui se bat." Le aplaudió París y prosiguió por un camino de triunfos.

Lo que ante todo asombró y llamó la atención, fué el dominio de la lengua y de la rima, sus gallardas estrofas sonoras, por su factura como si fuesen labradas en alabastro, por su armonía como si cada verso fuese la cuerda de la lira estrofa.

No es mi intento estudiar ahora á Parodi, autor dramático. Me refiero al poeta lírico, al soberbio rimador y colorista, al autor de los GRITOS DE LA CARNE Y DEL ALMA. Vibra en la primera parte del libro la nota sensual; la musa es bacante, y el poeta es obsceno, aunque á veces se revista con la impasible y natural serenidad de Lucrecio. Verdad es que esos versos están precedidos por tres palabras de Petronio: *Cum insanientibus furere.* Parodi, en sus comienzos idealista, se deja arrastrar allí por la Bestialidad del "viejo siglo infame que ha matado su grandeza." Y lo que vale el arte! Las ideas groseras y torpes van triunfantes, en los extraños y atrevidos símiles y en las palabras bellas, como cortesanas impúdicas en palanquines de oro y de seda.

Comprendo que la poesía bañe de su divina luz el desnudo; admiro á Venus y á Leda; mas no comprendo á los poetas satiriacos, mitad hijos de Apolo, mitad hijos de Phallus. Tiene mucho de bello el impudor sagrado de las antiguas fiestas religiosas; el canto carnal del fauno, los saltos y gritos de ritual en las procesiones, porque en ello se advierte el culto de la naturaleza. Pero qué es eso de poner á nuestra poesía moderna á cantar la epopeya del burdel? En esto, á Parodi como á Catulo Mendés, el arte los salva. No así á tantos rabe-

losianos que á nombre de la vieja alegría francesa, ó del moderno naturalismo, hacen la propaganda de la cantárida, en libros y diarios.

Parodi ha sido arrastrado por la corriente. "Yo no amaba sino el azur, la luz, las cimas, donde sublimes pléyades de hombres divinos, buscaban el astro de la belleza en el horizonte de la verdad. Yo no soñaba sino á Dios en lo infinito del Sér." Estas son palabras suyas. Pero le llegó ese viento nuevo de escepticismo y de sensualismo que ha recorrido el mundo, porque nació en París, y á París lo escucha la tierra, sea que suene su campana de duelo ó su clarín de triunfo. Y dejó sus ideales y cantó la carne y el placer, y quemó en el altar de Epicuro su mirra y su incienso. De allí las locas cadencias de sus fanfalias y esas pinturas provocantes que dejó en su libro con deleite de sátiro.

Canta las cabelleras, los labios, el florecimiento de la belleza en la mujer, canta y se embriaga y deshoja rosas en el vino. Entre los *Gritos de la Carne* y las *Voces del Alma*, en el precio o libro hay un cuento oriental: *Médi-Carab*, y en él se notan los mismos colores cálidos, la misma descripción opulenta, la misma sangre que hierve. La invención es por todo extremo original, y se basa en este párrafo de Plutarco: "Empédocles afirma que la figura de los niños depende de las imágenes que la madre tiene presentes en la imaginación, en el momento en que concibe."

Ahora, este poeta de inspiración vigorosa y flexible, en las *Voces del Alma* sube á lo ideal y como llevado por alas celestes.

Parece que en este libro tuviese por objeto demostrar que por todas las sendas puede caminar vencedor. Tal como Zola, ese Hércules, que del fango de *L'Assommoir* sube al azul de *Le Rêve*.

Eh, ces-rats, voix de mon âme! Lamartine abre esta parte de la obra, y como un arcángel descorre la cortina blanca del ensueño. En el fondo resplandece la estrella de la esperanza.

Parodi habría escrito el *Salgárico*, pero también habría cultivado el jardín de Lamartine, donde los versos perfuman como rosas y cantan como palomas.

Pujol, que si ha demostrado pensar profundamente, escribiendo con fecundidad maravillosa obras sabias y hermosas, también tiene en su alma fuego de artista y nobles entusiasmos, me honró con el siguiente artículo, que apareció en el *Diario de Centro-América:*

Un ideal

En *El Imparcial* me dedicó un artículo Rubén Darío: artículo de un poeta biografiando á otro poeta, en cuatro rasgos, como el talento sabe hacerlo; y el talento de Darío es sobresaliente entre los primeros: á sus años, entrando en la juventud, es lo que pocos son en la madurez de la vida. Y tiene sobre el ingenio, el don, tan escaso hoy en el mundo, de la oportunidad.

Darío poetiza en verso y en prosa —en estos tiempos de mecanismo y de carcoma moral,— por que conoce que más que nunca ha menester el espíritu humano levadura de poesía y de sentimiento que le eleve y purifique. Nuestras generaciones no saldrán de su apocamiento, tibieza y escepticismo, sino por la acción enérgica de afectos independientes, de amor á lo bello, á lo grande, á lo ideal. Vivimos bajo el ropaje de una moral falsa, acaso muy afanados en convertir cosas y hacer química en la materia, y en toda realidad abandonando al hombre empequeñecido por artificialidades. Toda la civilización pasa hace cincuenta años una crisis dolorosa: en lo que se llama el gran mundo, casi es ridículo sentir y amar: y en el mundo grande y pequeño, casi es ridículo pensar. Las cosas se acumulan y crecen en las manos del hombre, y el hombre se descuida á sí mismo, y le sabe mal que le adviertan, cómo la mecanización de que alardea le disminuye y le inhabilita. Hay quien aplaude lo deforme por horror á lo bello: más tinieblas que luces, y lo que es peor, tinieblas buscadas en todos los desconcier-

tos, hasta en los desconciertos literarios, porque á la literatura se le va estrechando en una acepción y en un sentido distinto de su destino.

Un alma tan voladora, tan ágil como la de Darío, es una profecía, un augurio: llegarán otros tiempos, otro siglo: el tanto por ciento, puesto de objetivo y resumen de la vida, es una deplorable miseria; es la muerte vestida de cascabeles y relumbrones.

Nosotros los de otra generación que Darío, esperamos; sabemos que el porvenir brillará con más resplandor: pero estamos gastados: llevamos sobre nosotros el vahído de tantas conmociones, de tantos desengaños .....El humanismo de esta segunda mitad del siglo, es pura fórmula de dialéctica convencional: cada uno va tras un fin particular tras un egoísmo. Y teniendo yo el mío, voy á contárselo al poeta. Es un delito antiguo: antiguo como mi conocimiento del mundo.

He vivido en el ruido de las ideas, con un poco de las costumbres que se adquieren cuando se comienza pronto. Aquello me sostenía en cierta tirantez nerviosa, sin alegrarme y sin decidirme. Mi delicia, mi sueño, era la vida, la paz de la aldea: libros, flores, meditación; la soledad, el desierto, y en medio la familia, algunos vecinos con quienes departir y variar de motivos y de impresiones sencillas.

Al iniciarse el verano corría al Pirineo, á la vista de las nieves perpetuas, á los lugares frescos, vieja patria de los antiguos celtíberos, colmenas de trabajo sin malicias, noches apacibles, días serenos, naturaleza que pasa en panorama sus evoluciones sin velo que las oculte: á veces la temporada se alargaba hasta las primeras nevadas y los primeros fríos. Nunca salí de la aldea sin una melancolía profunda, y al despedirme, hacía votos por volver. Era el sentimiento de una vocación: después ha sido una idea y un propósito, una solicitud ambiciosa perseguida con ahinco, con impaciencia, con verdadero ardor del espíritu.

En los días de amargura, muchos para los desventurados que tercian en batallas políticas, he invocado los recuerdos de aquellas veraneadas de la aldea, y he sentido reverdecerse todas mis aficiones por la existencia tranquila, alejada de golpes estridentes, de polémicas

agrias, de la contradanza de los grandes centros, sean París ó Madrid, que menos se entienden cuanto hablan más de constituir la humanidad en una sola familia. Lo he recordado como el bien perdido, aunque bajo la esperanza de encontrarlo de nuevo.

Comprendo todas las ambiciones lícitas; la gloria, el saber, la fuerza si es guía del progreso y báculo de la justicia. Nada sin embargo me parece más hermoso que mi sueño, la aldea, el retiro, el pensamiento sin tropiezos ni enturbiado por preocupaciones; dialogar á solas con la naturaleza, seguir con la mirada el derrotero de las tempestades, preguntar á los astros que se mueven, analizar cuidadosamente en la historia los pasados de los hombres, al amparo y con la garantía de modesta subsistencia, sin celar ni envidiar, y sin ser envidiado ni celado, formando un mundo ideal en que el optimismo vigorice el corazón y alegre el ánimo.

En la generación á que pertenezco, la mitad por lo menos de los que han vivido vida intelectual y política, piensan lo mismo, acaso por el convencimiento de nuestra ineficacia, por la decepción de no haber encontrado en esta hora histórica la forma sensible de nuestros ensueños y de nuestras aspiraciones idealistas. He reflexionado si semejante tendencia, tan generalizada, no deriva de desgaste de fluido vital, como ha sucedido en todas las decadencias. Pero en las decadencias, no es común que broten vástagos enérgicos y estimuladores modelos. Acaso nuestro paréntesis, casi universal, de progresos positivos de moral y adelantos de justicia, sea cuestión fisiológica que se cobre y repare en las generaciones inmediatas. Y me inclino tanto á creerlo, cuanto que veo significarse la fuerza, el entusiasmo, la llamada al porvenir, en el acento de una parte de la juventud, mientras en el nuestro se nota languidez, cansancio, misantropía invencible.

Desearía vivir para contemplar cómo después marcha la humanidad más de prisa, empujada por la poesía y el idealismo. Y ojalá esa esperanza en el progreso no se aplace ó desvanezca, como va apeándose mi esperanza de ser tranquilo aldeano ó campesino; esperanza egoísta; que es tan fatal é ineludible el egoísmo en el principio de la

vejez, como lógica y justa la generosidad en la primavera de la vida. Darío tiene derecho de exigir mucho espacio, y mayor ha de necesitarlo; para mí la dicha será la aldea ó el campo en el sosiego soñado: la dicha..... dado que pueda existir; de todas maneras, más probabilidades y sumandos. Pedir bien poco es ir á la aldea cuando el campo se desvíe por agruparse en las modernas Babilonias; y aun ese poco, demanda de menor cuantía, tal vez no se conquiste ni gane, porque suelen en el proceso de nuestros gustos negarse en el mundo todas las solicitudes íntimas del sentimiento.

Darío es joven y tendrá días laureados que merece: deséome días tranquilos, y á las musas que tanto le quieren, pídales que por excepción me inspiren un método para hacer pronto mi prosa ideal.

XXXIV

PÁG. 193

SALVADOR DÍAZ MIRÓN

Onorate al'altissimo poeta! México es su país, y allí lucha y canta el lírico americano.

INDICE

Páginas

Cartas de Don Juan Valera, de la Real Academia Española III
Prólogo de Don Eduardo de la Barra XXXV

CUENTOS EN PROSA

El Rey Burgués 1
El Sátiro sordo 11
La ninfa 21
El fardo 29
El velo de la Reina Mab 39
La canción del oro 47
El rubí 55
El palacio del sol 67
El pájaro azul 75
Palomas blancas y garzas morenas 83

EN CHILE

I

ALBUM PORTEÑO 95
I. En busca de cuadros 95

Páginas

II. Acuarela 95
III. Paisaje 97
IV. Agua fuerte 101
V. La virgen de la paloma 102
VI. La cabeza 103

II

ALBUM SANTIAGUÉS. 105
I. Acuarela 105
II. Un retrato de Watteau 107
III. Naturaleza muerta 109
IV. Al carbón 110
V. Paisaje 112
VI. El ideal 114

La muerte de la emperatriz de la China 115
A una estrella 129

EL AÑO LIRICO

Primaveral 135
Estival 141
Autumnal 149
Invernal 156
Pensamiento de Otoño 163
A un poeta 167
Anagke 171

SONETOS AUREOS

Caupolicán 177

	Páginas
Venus	179
De invierno	181
MEDALLONES	183
I. Leconte de Lisle	183
II. Catulle Mendés	185
III. Walt Whitman	187
IV. J. J. Palma	189
V. Parodi	191
VI. Salvador Díaz Mirón	198
ÉCHOS	
A mademoiselle	195
Pensée	177
Chanson crépusculaire	199
NOTAS	205

Acabóse de imprimir
este libro, en la imprenta "La Union"
á cuatro de octubre
de MDCCCXC.